

CCIC
14

FEVAL.

AS HIJA

DE

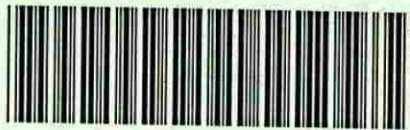
A LUNA

PQ2244

.F2

H558

v. 3



1020026443



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas	_____
Núm. Autor	_____ <i>F 284 w</i>
Núm. Adg.	_____ <i>30126</i>
Procedencia	_____ <i>-8-</i>
Precio	_____
Fecha	_____
Clasificó	_____ <i>64</i>
Catalogó	_____ <i>64</i>



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAS

HIJAS DE LA LUNA.



Mr. Paul Séval.

Edición de EL HERALDO
RICARDO COVARRUBIAS



AD 35. 1625 MON. CUBEN. MEJICO

098902

IMPRESA DE JUAN R. NAVARRO,
calle de Chiquis número 6.

1855.

30126

833
2
A.

P02244
P2
H558
V.3



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LAS HIJAS DE LA LUNA.

I.

YA SON RICAS.

Montalt se encontraba en el centro de una trama cuyos hilos iba cogiendo sucesivamente.

La casualidad habia atravesado en su camino uno despues de otro á todos los personajes de un solo y mismo drama, y cada uno de ellos le habia dicho bastante para que la suma de esas confidencias diversas pudiese formar casi una narracion completa.

El primero habia sido Vicente de Penhoel, el pobre marino breton del *Erebo*.

Luego Enrique y Roger en la diligencia por el camino de Rennes.

Después Roberto de Blois con sus acólitos Blasy Bibandier.

Y últimamente las dos hijas del tío Juan.

Pero Vicente, sombrío y orgulloso, había cubierto con un velo el nombre de su noble familia: Enrique y Roger, que tenían que quejarse de Penhoel, habían tenido cuidado de no pronunciar su nombre, conservándole su antigua afección: el caballero de Las Matas había puesto generosamente pseudónimos á los personajes de su historia.

En cuanto á Diana y su hermana, metidas en una empresa audaz, habían ocultado hasta sus nombres de pila.

A pesar de esa comun discrecion, hubiera seguramente descubierto Montalt la coincidencia de los acontecimientos referidos, si por una parte sus perpetuas ironías no hubiesen obligado desde mucho tiempo á Enrique y Roger á una completa reserva, y si por la otra Roberto no se hubiera cuidado de arreglar los hechos á su modo. Entre otras cosas ya hemos visto lo que había dicho sobre lo que tenía relación con las jóvenes.

Y sin embargo, dos ó tres veces atravesó la imaginación de Montalt una vaga sospecha.

Había el famoso mentís lanzado tras el follaje; había además aquella doble cita dada á Enrique y Roger cuando su llegada á Paris.

Pero no había medio de pensar que los dos jóve-

nes hubiesen andado cerca de cien leguas sin ver al menos una vez á las lindas viajeras.

Y luego los nombres de Luisa y Berta hacían perder al nabab la pista, lanzándolo en el campo de las conjeturas.

Montalt tenía una inteligencia viva y elevada, pero era hombre que no se dedicaba á indagar una cosa por mucho tiempo. Esa noche estaba aumentada su indolencia habitual por los efectos del opio, que obraba entonces con una fuerza creciente y envolvía ya sus ideas en una bruma confusa.

Resistía porque se sentía feliz, y quería prolongar el placer de aquella conversacion.

La situación había variado completamente; Montalt no pensaba ya en rebelarse contra el encanto que se había apoderado de él tan de improviso; no tenía ya la menor duda acerca de la romántica historia que acababa de contarle Diana.

Eran hechos estraños; pero ¿cómo no creer las palabras salidas de aquella encantadora boca, tan pura y tan sincera? ¿Podía acompañar á la mentira aquella hermosa mirada?

Montalt hubiera querido únicamente interrogar para oír mas aún aquella voz dulce y simpática que llegaba al fondo de su corazón.

Pero le faltaba el tiempo. Sentía al sueño vencedor doblegar su fuerte voluntad; se cerraban sus párpados; su pesada cabeza iba á caer sobre su pecho.

Todo en torno suyo vacilaba ya como los objetos que se ven en sueños.

En ese estado había algo de delicioso, y Montalt dejaba que le meciera voluptuosamente aquel medio sueño. No dormía aún, pero soñaba ya.

Apenas habían trascurrido algunos minutos desde el momento en que su voz irónica y dura llegaba á los oídos de las dos pobres niñas como un sarcasmo y una amenaza. Ahora era su voz dulce, tierna, casi sumisa, y sus ojos, que nadaban en una languidez deliciosa, parecían implorar el amor.

No el amor que el señor del haren pide á sus esclavas, no el amor que han puesto los jóvenes á los pies de una querida idolatrada. ¿Qué digo? Había una pasión profunda.

La ternura paternal es austera. Para encontrar un objeto de comparación sería preciso representar á la joven madre que se inclina feliz sobre la cuna de su hijo.

Y toda esta adoración había nacido, no á causa de la narración de Diana, sino durante el relato que le había servido únicamente de pretexto y de transición.

Mientras que el nabab se burlaba antes, amaba ya, y la ironía desgarraba su propio corazón.

Ese corazón cerrado por fuerza á todo cariño, y que desde hacía veinte años sufría una inmensa necesidad de amar.

Montalt proseguía teniendo entre las suyas las

manos de las dos jóvenes, estrechándolas dulcemente contra su pecho.

Diana y Elena sonreían sin temor ni desconfianza. No conocían bien lo que había de inexplicable en el giro que tomaban las cosas.

Y por lo demás, para intentar aquel temerario paso, preciso era que ellas hubiesen esperado un desenlace de ese género.

Concediendo la mayor parte posible á su romántica ignorancia, preciso era para explicar cómo aquella esperanza insensata había sobrevivido á su entrada en el palacio del nabab, suponer que había en ellas algún secreto pensamiento.

Así era en efecto. Mientras que las dos hermanas, ocultas por el follaje, contemplaban la hermosa figura de Montalt hablando con Roberto de Blois, había estrechado vivamente Diana el brazo de su hermana contra su corazón.

Algunas palabras rápidas habían salido de sus labios.

Luego había dicho:

—¡Mira! ¡oh! mira!

Y Elena había juntado sus diminutas manos murmurando:

—¡Quiéralo Dios!

Esto había tenido lugar en el momento en que Montalt, creyéndose al abrigo de toda mirada, variaba por algunos segundos su fisonomía, dejando ver el profundo disgusto que le causaba la narración de Roberto.

Y Dios sabe que para partir y lanzarse en los espacios infinitos no necesita de un gran punto de apoyo la imaginación de nuestras dos jóvenes. Imposible sería imaginar nada más tenue que la hipótesis hecha por Diana; pero era bastante, y á datar desde aquel momento no cesaba su imaginación de trabajar.

De manera que independientemente de sus caracteres, que tal vez hubieran bastado para hacerlas seguir la pendiente, el nabab por una parte y las dos jóvenes por otra, tenían para aproximarse secretos motivos.

Los del nabab eran sus recuerdos y los vagos remordimientos despertados en aquella noche; los de las dos hermanas una misteriosa promesa que les mostraba el cielo abierto.

—Mi hermosa Luisa, dijo Montalt besando sus manos, que ellas no cuidaban de retirar; mi bella Berta, ¿cuánto voy á amaros!

—¡Oh! tanto mejor! dijeron las dos hermanas, porque nosotras también os queremos mucho.

—¿Queréis ser mis hijas?

—¡Sí queremos! exclamó Diana! Dios tiene piedad de nosotras.

Y Elena murmuró con su sonrisa graciosa:

—¡Ya sabía yo que érais buenol! ¡Oh! ¡ahora no me causáis miedo!

—¡Escuchad! replicó el nabab, cuya voz iba apagándose; en este palacio va á cambiar todo. Vosotras sereis las señoras, las reinas. Hace mucho

tiempo que sufro. Vosotras me traéis la salud y el amor.

No me abandonareis nunca, ¿no es verdad?

Las jóvenes dudaron antes de responder.

—¿Y bien? preguntó Montalt.

—Es que.... replicó Diana, nuestro pobre padre y la Señora....

—¡Una vez que os creen muertas!

—¡Oh! exclamó vivamente Elena; ya no os lo ocultamos más; cuando nos háyais dado dinero para salvarlos.

Esta palabra hubiera sonado muy mal á otros oídos; Montalt atrajo á la joven á su corazón como para darle gracias.

Por delicioso que hubiese sido su sueño, parecía escederle la realidad.

—Os daré dinero, repuso el nabab, acariciando la mejilla de Elena.

—Puesto que sois tan bueno, replicó la joven, y que lo necesitamos para aliviar la suerte de los que sufren.

Luego añadió bruscamente como para no olvidar una idea:

—Si nos dais en el palacio una habitación iremos también á buscar al Angel!.... ¿no es verdad que no le rehusareis un asilo?....

Y como Montalt la contemplase sin responder, añadió uniendo las manos:

—¡Es nuestra primal!.... ¡oh! si la viérais!....

es aun mas bella que nosotras. Y su pobre madre llora porque unos malvados se la han robado.

—Tenemos todavia que deciros otras muchas cosas, prosiguió Diana; pero como pareceis tan fatigado....

En efecto, Montalt cedia á pesar suyo al efecto del opio.

—Tenemos para ello mañana, pasado, respondió; toda la vida para hablar, para amarnos.... vosotras para contarme vuestros deseos, yo para satisfacerlos al momento.... ¡Oh! hijas mias.... queridas hijas.... si supiérais cuán dichoso me haceis; pero esta noche no os escucharé mucho tiempo. Como tenia la muerte en el corazon, he tomado antes de venir aquí un brevaaje para llamar el sueño y va á acudir..... pero mientras pueda escucharos habladme; pedidme lo que querais.

Diana bajó los ojos.

—Queremos mucho dinero.... murmuró.

—¿Cómo? ¿dinero?

—Esa mujer que nos ha conducido aquí nos dijo que nos darian treinta mil libras de renta.

—¡Ah! dijo el nabab admirado.

—Y que treinta mil libras de renta, prosiguió Elena, constituyen seiscientos mil francos. ¡Seiscientos mil francos! ¡seiscientos mil francos! Es mas de lo que necesitamos para comprar el castillo donde hemos nacido! Se los llevaremos á la Señora, que volverá á ser feliz.

Las cejas de Montalt se habian arqueado por un

momento; pero á medida que hablaba la jóven se desarrugaba su frente, recobrando su sonrisa.

—Si no necesitais mas que eso, replicó, los encontraremos.

—¿De veras? exclamaron las dos jóvenes levantándose y saltando de alegría.

—Pero, prosiguió Montalt, cuando he tomado opio duermo hasta muy entrado el dia, y las pobres gentes de que me hablais tendrán indudablemente necesidad de socorro.... ¡Seid!

A esta palabra, pronunciada con voz lenta por el abatimiento, se mostró en el dintel la fisonomía del negro.

Las dos jóvenes retrocedieron asustadas.

—Toma dos bolsas de perlas, dijo el nabab, pon cien luises en cada una y vuelve al momento.

El negro desapareció, volviendo al cabo de un minuto trayendo las dos bolsas, que valian cuatro ó cinco veces lo que contenian.

Elena y Diana las miraban ruborizadas y radiantes de placer.

—Mira bien á esas dos niñas, dijo el nabab á Seid, que se retiraba..... eres su esclavo como mio; haz todo lo que te digan.

Los brillantes ojos del negro se fijaron en las dos hermanas, pero su rostro no espresó la menor sorpresa.

Se inclinó y salió.

—¿Son nuestras estas bolsas? preguntó Elena.

La cabeza del nabab oscilaba sobre sus hombros y sus ojos se cerraban.

—Todavía no, contestó, mientras que una vaga sonrisa erraba por sus labios; es preciso que las compreis....

Su dedo señaló el arpa de oro medio oculta por las colgaduras en un rincón del retrete.

—Una vez que pasaba.... prosiguió, mientras que su acento se impregnaba de melancolía, os oí cantar una canción que me agradó mucho, hijas mías....

¿Quereis cantarla?... Me dormiría escuchándola y soñaría con vosotras....

Elena se lanzó hacia el arpa.

—¿Qué canción?... preguntó Diana.

—¡Ya sé la que es!.... exclamó Elena, cuyos lindos dedos corrían por las cuerdas del arpa ejecutando el sencillo y dulce prelude de la melodía bretona *Las Hijas de la Luna*: ¿no es esta? añadió dirigiéndose al nabab.

Montalt hizo un signo afirmativo y su cabeza se recostó en el respaldo del sillón.

Las dos jóvenes estaban de pie en medio de la habitación.

Cuando terminó el prelude cantaron las dos, uniendo sus voces encantadoras á los acordes del arpa.

Montalt les dirigía una tierna mirada á través de sus párpados medio cerrados.

Mientras Elena y Diana recitaban las otras co-

plas, se extendía por las facciones de Montalt una expresión de felicidad íntima. Hubiérase dicho que la música y la letra de ese canto hacían revivir en él todo un mundo de recuerdos amados.

Sus labios se entreabrieron para dar paso fácil á su aliento. Su mejilla estaba dulcemente coloreada. Todo en él anunciaba el reposo bienhechor y feliz.

—¡Mas bajo!.... murmuró Diana.... ya se duerme.

La mano de Elena no hizo mas que acariciar el arpa, cuyos acordes se velaron.

La última copla salió de los labios de las dos jóvenes como un murmullo.

Las voces murieron al mismo tiempo que las últimas notas del arpa.

Montalt dormitaba. Sus ojos estaban cerrados. Un delicioso sueño parecía mecer su reposo.

Las dos hermanas se habían aproximado sobre la punta de los pies y permanecían á sus lados.

En esa posición se encontraban precisamente enfrente de la ventana del jardín, y la girándula las alumbraba vivamente á través de la puerta abierta de la habitación de trajes.

Elena, que se había vuelto por casualidad, creyó ver detrás de la girándula dos ó tres sombras que se movían.

Pero los brillantes reflejos de los cristales la deslumbraban. Y luego, ¿qué importaba lo que pasaba fuera?

No intentó ver mas.

Dirigió sus miradas á Montalt, á quien Diana pensativa contemplaba en silencio.

Las dos hermanas permanecieron así durante algunos minutos.

No hablaban, pero sus corazones se entendían. Se arrodillaron con objeto de pedir á Dios por él.

La felicidad imprimía en la frente de Montalt como una maravillosa aureola. Al ver la arrogante y hermosa belleza de su rostro entre aquellas encantadoras fisonomías de las jóvenes, hubiérais dicho que eran dos serafines del cielo velando el sueño de un arcángel.

—Dios nos ha oído. . . . dijo Diana levantándose; he aquí nuestro buen génio.

—¡Y cuánto debemos quererle, hermana mía! respondió Elena.

Diana llevó la mano de Montalt á sus lábios.

Elena se alzó sobre la punta de sus piés, y su boca rozó la frente del nabab.

Fuera se oyó un grito. Las sombras distinguidas por Elena y que el brillo de la girándula hacia no conocer, se agitaban y hablaban.

Diana se lanzó y corrió la colgadura que cerraba la habitación de los trajes.

Pero tal vez era demasiado tarde, porque un momento despues se dejó oír detrás de la puerta principal un ruido violento.

Las dos hermanas, pálidas y temblando, creían distinguir voces conocidas.—El nabab dormía pacíficamente, soñando á sus sueños.

II.

POR LA VENTANA.

Enrique y Roger bajaban por el jardín como almas en pena, buscando constantemente á las dos desconocidas que tan bruscamente habian interrumpido su entrevista con Mlles. Delfina y Hortensia.

En éstas no pensaban ya: estaban olvidadas, y el mismo Roger no se cuidaba de echar de menos á su blonda bayadera. Por su parte Mlle. Delfina y Mlle. Hortensia no manifestaban un sentimiento muy profundo por su contratiempo. Habian tomado el brazo del primero, que lo habia ofrecido, y en todo el baile hubiera sido punto mas que imposible hallar dos bailarinas mas alegres y entusiasmadas que las individuos de la Academia Real de música.

Dirigió sus miradas á Montalt, á quien Diana pensativa contemplaba en silencio.

Las dos hermanas permanecieron así durante algunos minutos.

No hablaban, pero sus corazones se entendían. Se arrodillaron con objeto de pedir á Dios por él.

La felicidad imprimía en la frente de Montalt como una maravillosa aureola. Al ver la arrogante y hermosa belleza de su rostro entre aquellas encantadoras fisonomías de las jóvenes, hubiérais dicho que eran dos serafines del cielo velando el sueño de un arcángel.

—Dios nos ha oído. . . . dijo Diana levantándose; he aquí nuestro buen génio.

—¡Y cuánto debemos quererle, hermana mía! respondió Elena.

Diana llevó la mano de Montalt á sus lábios.

Elena se alzó sobre la punta de sus piés, y su boca rozó la frente del nabab.

Fuera se oyó un grito. Las sombras distinguidas por Elena y que el brillo de la girándula hacia no conocer, se agitaban y hablaban.

Diana se lanzó y corrió la colgadura que cerraba la habitación de los trajes.

Pero tal vez era demasiado tarde, porque un momento despues se dejó oír detrás de la puerta principal un ruido violento.

Las dos hermanas, pálidas y temblando, creían distinguir voces conocidas.—El nabab dormía pacíficamente, soñando á sus sueños.

II.

POR LA VENTANA.

Enrique y Roger bajaban por el jardín como almas en pena, buscando constantemente á las dos desconocidas que tan bruscamente habian interrumpido su entrevista con Mlles. Delfina y Hortensia.

En éstas no pensaban ya: estaban olvidadas, y el mismo Roger no se cuidaba de echar de menos á su blonda bayadera. Por su parte Mlle. Delfina y Mlle. Hortensia no manifestaban un sentimiento muy profundo por su contratiempo. Habian tomado el brazo del primero, que lo habia ofrecido, y en todo el baile hubiera sido punto mas que imposible hallar dos bailarinas mas alegres y entusiasmadas que las individuos de la Academia Real de música.

Tal es el encantador carácter de esas damas. ¡Basta de melancolía! ¿Acaso se ama para llorar?

La única desgracia de esta vida es sentir encorvarse el cuerpo, ver caerse un diente y advertir en una hermosa cabellera ese hilo de plata que brilla y amenaza.

¿Pero dónde van nuestros malos pensamientos? Hortensia y Delfina no tenían veinte años....

Hacia mas de una hora que nuestros dos amigos recorrian el jardin en todas direcciones sin conseguir hallar á sus desconocidas. Habian registrado los últimos rincones y detenido una despues de otra todas las mujeres que llevaban el traje de bayaderas.

De estas ninguna faltaba en la fiesta. Eran las mismas doce que al comenzar el baile.

Pero esto no hacia mas que aumentar el misterio. Enrique y Roger habian adquirido la certidumbre de que sus dos desconocidas no se encontraban entre las doce bailarinas.

Mas de una vez habian perseguido en los bosques algún talle flexible oprimido por un cinturon de gasa roja con franjas de oro, ó por uno verde; pero la ilusion desaparecia al momento; á la primera palabra pronunciada se alejaban para proseguir sus vanas pesquisas.

No eran las voces tristes y melancólicas oídas bajo el bosque.

Desesperaban, y su imaginacion intentaba en vano descifrar la palabra del enigma.

Los dos tenían el mismo pensamiento. Cuanto mas reflexionaban mas se apoderaba de ellos una idea.

¿Quiénes podian ser aquellas mujeres sino las mismas Elena y Diana?

Esto no era entonces mas que una vaga sospecha que habian rechazado como una demencia, mientras las dos desconocidas habian permanecido en su presencia.

Estaban tan lejos de pensar que las dos hijas del tío Juan de Penhoel hubiesen podido abandonar el castillo!

Pero entonces recordaban aquellas largas conversaciones en que Diana y Elena no hacian mas que preguntar acerca de Paris. Daban su sentido á ciertos detalles que otras veces habian llamado su atencion; las adivinadas maravillas de la gran ciudad formaban en las dos jóvenes una especie de pasión.

Pero existia la carta de Redon, que decia que Marta y René de Penhoel habian sido echados del castillo.

¡Ay! La carta añadia tambien que Elena y Diana habian muerto.

La imaginacion de los dos jóvenes se perdia en un dédalo de emociones confusas.

¡Muertas! No se atrevian á pronunciar esta funesta palabra, pero sus preguntas espresaban lo que sentian en el fondo del corazón.

—Si hubiéramos podido ver.... decía Roger; pero estaba tan oscura aquella gruta!

—Además, esos trajes, replicó Roger, ¿nos hubiesen permitido reconocerlas?

—¡Oh! cuando el cinturón rojo se acercó á mí, estaba su diadema de perlas precisamente á la altura de mi boca, como otras veces los hermosos cabellos de Diana.

—¡Ellas son! ¡ellas son!

Luego comenzaban las dudas.

¿Por qué inexplicable casualidad hubieran podido hallarse en el palacio del nabab? ¿por qué se habían ocultado? ¿por qué huirían?

—¡Yo soy, yo soy! exclamaba Roger golpeando el pecho; tú conservas la razón, Enrique.... Pero yo estaba loco; esa Delfina me había embrujado. Si son ellas ¿qué han debido pensar de nosotros al vernos con esas mujeres?

—¡Dios mío! y no poder ni tranquilizarlas ni obtener nuestro perdón!

Habían entrado por casualidad en la gruta donde había tenido lugar su conversacion con las desconocidas.

—En este sitio recuerdo mejor lo que han dicho, replicó Roger; ninguna de sus palabras se me olvida... ¿Quién había de conocer mejor á Penhoel?

—Nada hemos contado con pormenores, prosiguió Enrique, en las confidencias que hemos hecho á milor.... Únicamente esa Lola, cuya fisonomía he visto hace un momento.

—Tal vez.... dijo Roger, que entraba en un nuevo orden de ideas. Durante una noche ha sido la querida de Montalt.... Pero entonces ignoraba nuestras relaciones con él. ¿Qué interés habría tenido en referir esa historia? y además, había detalles que le era imposible conocer.... ¡Oh! son ellas.

Enrique acababa de coger la carta que había recibido de Redon.

Allí estaban un breton y un parisiense; la idea bretona le ocurrió al parisiense.

Enrique estrechó el brazo de Roger y su voz tembló mientras murmuraba:

—Aquí es, detrás de esos árboles, donde hemos oído aquellas palabras: *Hijas de la Luna*.

Y se detuvo como si su boca se hubiese negado á pronunciar esas crueles palabras.

—¿Y bien? preguntó Roger.

—¿Y bien? preguntó Enrique con esfuerzo; si en efecto fuesen ellas.... ¡pero muertas!

Roger se estremeció, guardando silencio.

No se encontraba en aquellas horas de alegre escepticismo en que el placer resguardaba su imaginacion contra toda idea supersticiosa. Los recuerdos de Bretaña, de que tenía lleno el corazón, le producian aquella credulidad vaga en que había vivido desde su infancia.

—¡Hijas de la Luna! repitió; Enrique, ¿crees tú en ellas?

El pintor apoyaba en la mano su abrasada frente.

Soltó bruscamente el brazo de Enrique.

—No sé, replicó con una voz que hacia temblar la emocion; pero cuando he tocado su mano estaba fria cual si fuera de mármol.

Y se dejó caer sobre un banco de césped, cubriéndose el rostro.

Su exaltacion no podia ser mayor.

—¡Dios mío! murmuró con pasion; muerta ó viva, haced que la vea otra vez para que sepa cuanto pasa en mi alma... porque nunca le he dicho que la amaba. No sabe que era mi única esperanza de felicidad en el mundo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡haced que la vea muerta ó viva!

En el estado de fiebre en que se hallaba eran para él estas palabras una especie de evocacion. Levantó la cabeza como si hubiese esperado ver alguna forma blanca salir de la espesura y deslizarse por delante de él.

El mismo Roger miraba en torno de la gruta con supersticioso espanto.

Pero nada vieron sino dos cabezas masculinas y muy barbudas que parecian estar en observacion detrás de un árbol. Esas dos cabezas desaparecieron precipitadamente, pero su aspecto habia bastado para destruir el encanto. Enrique se levantó bruscamente despertado de su sueño y tomó el brazo de Roger para entrar en el baile.

Los propietarios de las dos cabezas masculinas y barbudas de que acabamos de hablar se perdie-

ron en la sombra para dejarles paso y seguirles desde lejos.

Hacia ya mucho tiempo que se entretenian en esto.

Parecian tener deseos de llegarse á los dos jóvenes sin atreverse á ello.

Eran el conde de Monteiro y el noble baron de Bibandier.

Ya sabemos que tambien ellos habian tenido su fantástica aparicion. Desde entonces habian estado muy inquietos, convencidos de que habia en el baile dos personas que poseian su secreto, y que indudablemente eran enemigas suyas.

Habian hecho cuanto habian podido en primer lugar para unirse á las dos bayaderas, y en seguida para llamar la atencion de Roberto, su habitual consejero y el hombre de recursos de la asociacion.

Todo inútilmente. Las dos bayaderas se habian evaporado como verdaderos fuegos fátuos, y Roberto habia rehusado obstinadamente romper su entrevista con el nabab.

Haciéndole señas para llamar la atencion se habian aproximado repetidas veces Blas y Bibandier, y algunas palabras que pudieron oír les dieron á conocer cuál era el objeto sobre que versaba la conversacion.

Esto les habia causado otra inquietud no menos grande. Roberto era hombre hábil y sobre todo prudente. Bebia mucho, pero siempre con el cuidado de no embriagarse nunca.

En este concepto habia tenido lugar de estar sobre sí, porque durante los tres años que habian pasado en Penhoel ni una sola vez se habia debilitado su cabeza.

Ordinariamente observaba un orden riguroso; sus compañeros le conocian. Pero tambien sabian que en una época mas remota habia sido muy distinto.

En el tiempo en que Bibandier era encubridor de robos, en que Blas merecia su sobrenombre de Zalamero, y en que el mismo Roberto vegetando en los grados subalternos de su profesion robaba todavía á la americana, se le conocian ya ciertas habilidades al almorzar.

Despues de beber no servia para nada; el vino le hacia fanfarron, charlatan, imprudente, todo esto en una proporcion terrible para él y sus camaradas.

Habia una cosa que formaba el peligro mas eminente; era que en esas circunstancias el Americano al perder sus facultades conservaba su carácter.

En medio de sus divagaciones se creia el mas profundo de los diplomáticos y trabajaba de todo corazon.

Blas y Bibandier no habian olvidado esto. Así á la vista de su encendido rostro, que se inclinaba hácia el nabab con aire importante y satisfecho, les ocurrió en seguida la idea del peligro.

Preguntábanse si no era prudente abandonar una partida que parecia complicarse fatalmente, y

tal vez hubiesen emprendido entonces la fuga si no los hubiese tranquilizado la fria indiferencia de Montalt.

Esperaron.

Cuando Montalt dejó la gruta se apresuraron á ocupar su puesto.

—¿Qué has dicho, desgraciado, dijo Blas, qué has dicho á ese hombre?

Roberto le miró con desden.

—¿Dónde diablos va á pescar vino ese bribon de Montalt, que se beberia uno un tonel sin temor de alegrarse un poco?

—¡Pero estás beodo, Americano! dijo Bibandier moviéndole.

—¡Muy bien, señor Bibandier! replicó Roberto; ¡estais locos! ¡quién sois vosotros para juzgar mis acciones?..... Le he trastornado el juicio; se ha vuelto loco y mi desquite no vale dos cuartos; ¡lo que es maravilloso es mi historia! ¡Capuletos, Montescos, el diablo y su cortejo! Muchachos, haced vuestros equipajes, que vamos á marchar al momento para comprar á Penhoel.

Blas y Bibandier escuchaban, procurando comprenderle.

—Haremos nuestras maletas, dijo Blas; pero se me figura que será para largarnos á la frontera. ¿No sabes lo que sucede aqui?

Roberto se encogió de hombros.

—Se bebe, se canta, se rie, replicó.

—¡El diablo es el que se ríe! murmuró Blas acercándose, y los muertos salen de sus tumbas.

Roberto se estremeció, porque las palabras oídas antes detrás del follaje le causaron un vago presentimiento.

—¡Oh!... ¡oh!... dijo con voz que cada vez se hacia mas confusa; ¿las habeis oído tambien vosotros?

—¡Las hemos visto!... dijo Blas... y consiento en que me den martirio si comprendo una palabra... Lo que hay de cierto es que en el palacio del nabab hay personas que pueden perdernos.

Bibandier calló. Su rostro como el de Blas expresaba el terror, pero un terror de otro género.

—¿No podriamos tener vino? preguntó Roberto. ¿Me creéis borracho para venir á contarme todas esas patrañas?...

Somos ricos y os prometo que Montalt nos dará su caja de diamantes, el imbécil, porque le hagamos negocios... ¡Estoy convencido!

Bibandier le dió un empujon.

—¡Escucha!... dijo; vámonos... Hace en este jardín un calor del infierno; el aire libre te serenará.

Lo tomó por un brazo, y Blas hizo otro tanto, y procuraron levantarlo.

Roberto reía á carcajadas.

—Ven... replicó Blas; es preciso que tengamos cuidado. ¡Quién sabe si mañana será demasiado tardel....

Roberto miró á los dos uno despues de otro con aire estúpido; luego se separó de ellos con un movimiento brusco y cruzó los brazos sobre la mesita para formarse con ellos una almohada.

—¡Buena historia!... murmuró. ¡Oh! sí... eso se llama tratar á un hombre...

Un momento despues roncaba como un bienaventurado.

Blas y Bibandier estaban mas turbados que antes.

El hombre que ordinariamente los sacaba de apuros en los casos difíciles, faltaba; no veian esperanza en el fondo de su situacion ni sabian qué partido tomar.

Una sola cosa les parecia probable, si no evidente; era que iban á tener que luchar con el nabab, y que el nabab sería mas peligroso que todos sus otros enemigos.

Mientras que así reflexionaban, evitando por instinto los sitios en que se oprimia la multitud, los condujo la casualidad delante de la ventana del gabinete de trajes.

Blas exhaló una exclamacion de asombro. Presentábase ante sus ojos un espectáculo particular.

Señaló con el dedo el interior del retrete, donde habia un grupo vivamente iluminado por la luz de la girándula.

—¡Helas allí! dijo en voz baja.

La mirada de Bibandier habia seguido la línea indicada, y habianse quedado pálidas sus mejillas.

El grupo se componía de Montalt y de las dos hijas del tío Juan.

La mano de Blas pesó sobre el hombro del antiguo bandido.

—¡Helas allí repitió, ¡y en cuerpo y alma!... ¿No las ahogaste tú, Bibandier?

—Te lo juro bajo palabra de honor, replicó éste. Las arrojé al fondo del agua con una piedra al cuello.... ya lo sabes.... Esas no pueden ser más que fantasmas.

Blas le miró de frente, moviendo la cabeza.

En ese momento Montalt estrechaba contra su corazón las manos unidas de las dos jóvenes.

—¡Fantasmas!... murmuró Blas; creo que te burlas de nosotros, señor barón!... Y si así fuere, te juro que no serás tú el que vayas al paraíso.... pero observemos, añadió, apretando los puños con cólera; cómo se hablan! Tengo el convencimiento de que Montalt conoce ya tan bien como nosotros la historia de la noche de San Luis.

—¡Si nos delatarán! observó Bibandier en voz baja.

Blas tenía también esa misma idea, pero confiaba en la habilidad de Roberto; comprendió que lo más prudente era reservar la situación para el día siguiente.

En ese tiempo pasaron muy cerca de ellos Enrique y Roger para internarse en la espesura.

Blas se golpeó la frente.

—Aun nos queda que hacer aquí algo, dijo.... ya ves allí á nuestros dos enamorados de Penhoel.

—Parece que buscan algo.

—Aquello es lo que buscan.

—No sé cómo Roberto arreglará esto mañana; pero me ocurre una idea.... ¿Piensas que no nos habrán reconocido?

—Pondría la mano en el fuego.

—Pues bien; ¡ya se la armaremos al nabab! Aun no estamos presos.... con los dos enamorados aquí.... el pequeño Pontalés, que está en Paris, y otros recursos que Roberto nos proporcionará, se puede dar un golpe magnífico.

—¿Cómo?

—Ya tendremos tiempo de hablar. Por ahora lo que debemos hacer es no estar parados. Sigamos á esos mozos y haz lo que te digo.

Bajaron la cuesta y se perdieron en los bosques hablando en voz baja.

Enrique y Roger estaban delante de ellos.

—Es que... dijo el barón Bibandier prosiguiendo la conversacion, no me atrevo á ir á presentarles mis respetos; ¿por qué no vas tú?

—¡Estás loco!... me veían todos los días; siempre estaba delante de ellos; solo mi voz bastara para que me reconociesen.

—No tal, Zalamero, no tal. Te aseguro que estás muy bien disfrazado. Tu barba y la peluca te hacen....

—¡Vamos! A tí apenas te han visto dos ó tres

veces, y estoy convencido de que no han fijado la atención en tí.

—Pero, hombre....

—¿Quieres?

—¡Bah!

—Ten presente que seremos dos contra tí en caso de que nos incomodemos, porque el Americano no cree en fantasmas.

Desde el momento en que la bayadera de cinturón verde se había aparecido, ó mas bien desde el encuentro que había tenido en los Campos Elíseos con las dos jóvenes tocando el arpa, había perdido el noble baron de Bibandier la mayor parte de su apariencia elegante y hasta de su tranquilidad. Apenas se hubiera podido hallar en él la sombra de aquel arrogante caballero de la fonda de las Cuatro Partes del Mundo, que tenía voz y voto y que hablaba aun mas alto que los otros.

Comprendía su falta, y cuanto mas comprendía las probabilidades de que sus dos asociados perdieran sus ventajas, temía mas la venganza de éstos.

—Ya sabes, Zalamero, dijo, que tanto me importan tus amenazas como las hojas que lleva el viento. El Americano y tú, y diez mas de vuestra calidad, no serian suficientes á causarme miedo.... pero estamos unidos y es preciso trabajar algo.... Consiento.

—¿Recuerdas lo que te he dicho?

—¿Me tomas por algun tonto? ¡déjame escoger y verás!

Blas y él siguieron á los dos jóvenes durante algunos minutos; luego, en el momento en que éstos entraban en el baile, abandonó Bibandier á su compañero y se acercó á ellos aparentando maneras exageradas de extranjero.

Lo que había previsto Blas sucedió: á los dos jóvenes no les ocurrió la idea de que hubiesen podido ver aquella fisonomía en ninguna parte.

—A vuestras órdenes, caballero, dijo Enrique.

—¡Muy amable, muy amable!.... dijo Bibandier; dispensadme que os interrumpa, pero se me figura que buscáis á alguno....

—¡Caballero!...

—Hablemos poco y bien. ¿Buscáis á esas señoritas disfrazadas con el lindo traje de bayaderas?

A estas últimas palabras tuvieron Enrique y Roger al mismo tiempo el pensamiento de una burla.

—¿Cómo sabeis eso? preguntó Enrique brusca- mente.

Y Roger añadió con tono de amenaza:

—Este señor es alguno de los actores de la farsa. Bibandier no comprendía. Pero en efecto, era actor de cierto mérito en comedia y no tenía ninguna pretension á la temeridad.

—Mis buenos amigos, dijo dando un paso hácia atrás para hacer su retirada posible en caso de desgracia; soy el baron de Bibandier, y me lisonjeo de poder serviros mostrándoos á esas niñas que buscáis con tanto empeño, y que están vestidas de bayaderas.

Pronunció estas palabras con tal acento de verdad y de buena fe, que Enrique y Roger se sintieron casi desarmados. Miraron fijamente al baron, que tenia muy buena figura, á pesar de su barba.

—¿Sabeis dónde están? murmuró Roger con tono de duda.

—Sí.

—Pues bien, conducidnos á ellas!

El antiguo bandido no se hizo repetir estas palabras. Dirigióse inmediatamente hácia la ventana y subió la cuestecita precediendo á los dos amigos.

Detúvose en el sitio desde donde se descubria el interior del gabinete.

Estendió el brazo é hizo un gesto solemne.

Enrique y Roger lanzaron un grito.

La casualidad habia favorecido á Bibandier. En el momento en que los dos jóvenes seguian con la vista su brazo estendido, terminaban su canto Elena y Diana, acercándose al nabab ya dormido.

Imposible era no reconocerlas esa vez, porque la girándula las alumbraba con una luz tan viva cual la del sol.

Fué un rayo que hirió á los dos jóvenes. Vieron á Diana levantar la mano del nabab hasta sus labios, mientras que Elena le besaba en la frente.

Volviéronse á su guia.

El prudente Bibandier habia emprendido la retirada.

En aquel momento corrian la cortina las dos jóvenes.

No se veia mas.

Enrique y Roger permanecieron aterrados un momento.

Luego Roger cogió el brazo de su amigo.

—Los dos hemos sido barlados, exclamaron con voz que la rabia hacia temblar. ¡Ah! ¡ahora comprendo la conducta de milor! Todo cuanto le hemos dicho de ellas escitaba su fantasía, y para que cegáramos y no viéramos su infamia atravesaban en nuestro camino mujeres perdidas..... ¡Su vida no es bastante á nuestra venganza!

Enrique permanecia inmóvil y con la cabeza baja.

—¡Diana! ¡Diana! murmuraba como si no hubiera querido creer lo que ante sus ojos tenia; ¡es posible!

Roger le cogió el brazo.

—¡Ven, exclamó, ven! Se abrasa mi cabeza.... ¡Oh! ¡Elena la querida de ese hombre!.... ¡menos aún que su querida, una de las sultanas pasajeras de su infame serrallo!.....

Y arrastraba á Enrique á través del jardin.

El joven pintor no oponia resistencia; su pensamiento estaba como muerto.

Entraron en el palacio y llegaron despues de algunos segundos á la puerta del gabinete.

Roger fué el primero que quiso forzar el paso.

Pero su furioso impetu se estrelló contra una especie de muro humano: los dos negros estaban delante del dintel.

—¡Miserables! ¡esclamó Roger, ¿osareis resistirnos? Paso... es preciso que yo hable á milor.

Seid y su compañero guardaron silencio sin hacer el menor movimiento.

Roger se lanzó de nuevo, pero no obtuvo mejor éxito.

Al ir á precipitarse por tercera vez, lo cogió por un brazo Enrique y lo detuvo.

—Milor está esta noche muy bien guardado.... murmuró con voz profunda y llena de amargura.

Despues añadió dirigiéndose á los dos negros:

—Decid á vuestro amo que nosotros abandonamos su casa para siempre.... Pero que no por eso nos despedimos de él.... Decidle que mañana nos verá.

Y á su vez arrastró á Roger mientras que los dos negros permanecian allí centinelas impasibles y mudos.....

Trascurrieron dos horas.

La fatiga y la embriaguez dieron fin á la fiesta del nabab.

Nadie habia ya en el jardín, en que penetraba el frio de la noche.

Los criados habian apagado todas las luces.

En el palacio, antes tan brillante, reinaba un silencio profundo.

Dormian todos.

Todos excepto Diana y Elena, que acababan de entrar en la habitacion de los trajes.

Diana cerró la ventana del jardín y escogió entre los vestidos colgados uno de un jóven elegante.

Elena la imitó.

Ambas emprendieron de una manera muy graciosa la difícil obra de vestirse de hombres.

Ciertamente no era por capricho, pues habia en proyecto alguna expedicion importante, porque hubièseis hallado en sus lindos y alegres rostros aquel alegre valor que las hacia sonreir otras veces en Penhoel cuando llegaba la hora de dar la batalla.

Eran buenos soldados, alegres al fuego y embriagándose con el olor de la pólvora.

—¡Qué duro es este grosero cuero! decia Elena intentando ponerse un par de botas; ya verás como no las encuentro tan pequeñas como mi pié.

—Caballerito, dijo Diana alegremente, sois muy presumido.

Y Elena soltó la carcajada.

Puestas las botas, se pasó al pantalon, cortado para mujer, pero cuya cintura no era muy delgada. Dios sabe que pasaron todos los trabajos del mundo para hacerse el lazo de la corbata.

Diana queria el clásico lazo. Elena gustaba mas de las dos puntas á lo calavera.

Disputaron por cuál habia de ser. Despues vieron el chaleco, el chal y la fina y delicada levita.

El tocador estaba terminado. Se miraron riendo como locas, y Diana repuso despues seria:

—¡Pobre Elena mial dijo; eres diez veces mas bella que un muchacho.

—Y tú tambien.... exclamó Elena; eres celosa y no quieres decirme que soy una gran figura.

Diana la tomó de la mano y la llevó delante de un espejo.

Preguntado el espejo, reflejó las dos caras mas lindas de caballeros que se puedan imaginar.

Movieron la cabeza con desaliento.

—Si aparentamos tener menos edad.... dijo Elena.... ¡Estamos aún en el colegio!

Despues en medio de su alegría exhalaron juntas un profundo suspiro.

—¡Dios mio! murmuró Elena, ¿qué haremos para ponernos feas?

Diana besó los hermosos cabellos castaños cuyos bucles ondeaban en torno de la cabeza de su hermana.

—He ahí lo imposible, dijo; pero para aparecer muchachos no necesitamos ser feas.

—¡Ya lo creo! exclamó Elena. ¡Era tan bello Roger!

—Antes de perseguir á aquella rubia....

—Como Enrique cuando no iba detrás de las morenas.

Perdieron su sonrisa, arrepentidas las dos de haber pronunciado esas palabras, que se asemejaban mucho á la ironía.

—Yo he empezado, hermanita, dijo tímidamente Diana.

—Y yo soy una pícara, porque sé que él te ama. Pero Roger.... ¡oh! Roger me pagará las lágrimas que he derramado esta noche bajo la careta.

Diana la estrechó contra su corazón.

—Te pido su perdon, murmuró; es un niño como tú, y yo sé que ahora está muy triste.

—¡Una idea! exclamó Elena; puesto que es preciso que seamos hombres por una hora, procuremos parecernos.

—¿A quién?

—Tú á Enrique, yo á ese calavera de Roger. Veamos; ponte ahí. Enrique tiene ojos grandes y melancólicos como tú. Imita su sonrisa y su cabeza inclinada. Así es; bravo, muy bien, Mr. Enrique.

Y la loca hacia reverendos saludos.

—Ahora me toca á mí, replicó. Os represento á Mr. Roger de Launoy con un ademan resuelto y mirada escrutadora.

—¡Bravo! dijo Diana á su vez; no te falta mas que un poquito de bigote.

—¡Oh! sí, pero poco.

—Algunas pulgadas mas.

—Andaré de puntillas.

—Y algunos bucles menos en torno de esa cabeza sin juicio.

Elena se lanzó hácia su velador, del que tomó un par de tijeras; despues tomando á manos llenas las sedosas masas de su cabellera, se puso á cortar sin misericordia.

Diana lanzó un grito y quiso detenerla, pero no era ya tiempo. Las masas, cortadas con mano firme, inundaban el pavimento.

—¡Oh hermana! dijo Diana; tus hermosos cabellos, que yo quería tanto!

—También yo los quería mucho, pero ya volverán á crecer, y además, no me compadezcas tanto, prosiguió introduciendo las tijeras implacables en la cabellera de Diana. Voy á ponerte como yo.

Las tijeras cortaban, cortaban. Había en el pavimento cabellos para hacer tres pelucas á lo Luis XIV.

Las dos hermanas se reían al despojarse de ese hermoso adorno.

Cuando hubo caído el último bucle, interrogaron de nuevo al espejo, que esta vez representó dos fisonomías vivas, alegres y maliciosas, dos verdaderos rostros de paje.

Saltaron de alegría.

—Ahora un poco de bigote, dijo Elena. En el tocador he visto los colores.

Abrió un cajón y trazó una línea oscura sobre su labio superior.

Diana no retrocedió ante este último detalle.

La metamorfosis era completa.

Restaban aún algunos accesorios.

Escogieron cada una entre las diminutas armas colocadas en un armario, dos pistolas que ocultaron bajo sus levitas.

Llenaron sus bolsillos con los luses de oro que

contenían las bolsitas del nabab, y después se dirigieron hácia la puerta con sus correspondientes sombreros redondos y el bastón en la mano.

Antes de salir, sus manos, cubiertas de finos guantes, enviaron un beso á Montalt.

La puerta se abrió.

Los dos negros, que velaban siempre de la parte de afuera, las miraron con sorpresa, haciendo como que se iban á oponer á su paso.

—¿No os ha mandado milor que obedezcais todas nuestras órdenes? dijo Diana con tono imperioso.

Seid dudó, inclinándose luego como en muestra de sumisión.

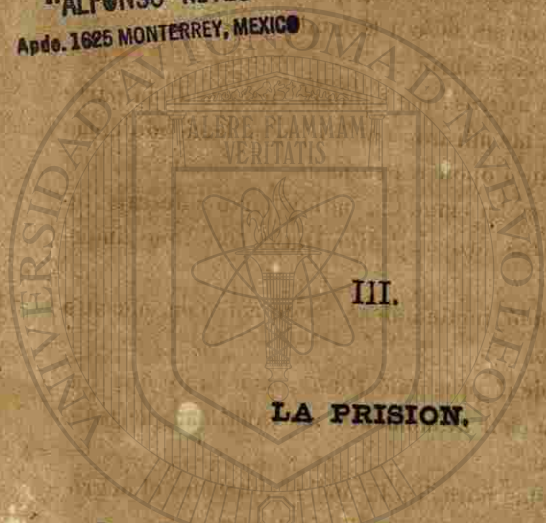
—¡Y bien! prosiguió Diana; os mando que hagáis enganchar al momento los caballos; queremos ir á pasear.

—¿A estas horas de la noche? murmuró el negro.

—¡Es nuestra voluntad! dijo Diana.

El negro se inclinó, alejándose para obedecer.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



III.

LA PRISION.

La señora marquesa de Urgel habitaba un segundo piso de una casa decente en apariencia, situada en la calle de Santa Margarita, precisamente frente á la prision militar.

Segun la opinion de las gentes del barrio, era una viuda de una fortuna bastante regular, pero que no se conducia cual debia y cual necesitaba la fama de su nombre. Tenia sin embargo una habitacion soberbia y un carruaje.

No salia nunca á no ser para cumplir sus devociones, como una castellana de buena sangre, y tambien por la noche, á veces á la hora en que acos-

tumbran abrirse los salones. Pero como nunca recibia á nadie, no se suponía que pudiera tener muchas relaciones.

Todos convenian en que era una de las mujeres mas bellas de Paris.

Su sobrina, linda niña de diez y seis á diez y siete años, de rostro dulce y enfermizo, vivia mucho mas retirada. Apenas se le veia salir dos ó tres veces y nunca á pié.

En las raras ocasiones en que la marquesa la llevaba consigo, iban cuidadosamente echadas las cortinillas del carruaje.

Pero en esto no habia el menor misterio; consistia únicamente en la débil salud de la jóven, que necesitaba estas precauciones.

Decíase en efecto que la pobre niña se moria de languidez.

La que pasaba por sobrina de la marquesa era Blanca de Penhoel.

Blanca estaba en esa casa desde hacia un mes. Con las semanas pasadas en la fonda de las Cuatro Partes del Mundo, hacia mas de dos meses que habia salido del castillo, y sin embargo, estaba persuadida de que iba á volver á los brazos de su madre.

Los caracteres débiles y crédulos son lentos en desesperar.

Lola, corazon frio en un cuerpo de fuego, no era propiamente hablando ni mala ni buena. La indiferencia con que miraba todo, la habia hecho co-

30126

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

meter en su vida muchas acciones culpables; pero la iniciativa del mal no estaba en ella.

Trataba á Blanca con bastante dulzura.

Tal vez no era por piedad. La hemos visto proseguir tranquilamente la ruina de un hombre que la adoraba, y esto sin poner el mayor empeño, y como pudiera haber ejecutado la acción mas buena y sencilla. Faltábale el sentido moral; en el fondo de su conciencia no hablaba ninguna voz.

Estas naturalezas, negativas en cierta parte, pululan en torno nuestro. Únicamente que como nada puede romper el inerte equilibrio que las retiene entre el bien y el mal, les basta la menor cosa para hacerlas entrar en el rebaño de la gente ordinaria, que no infringen ley alguna esencial y viven tranquilamente.

Son gentes honradas, negativas, pasivas, por mejor decir, inútiles para sí mismas, sin individualidad, sin valor propio, haciendo únicamente número y constituyendo la inmensa mayoría.

Pero la menor enseñanza perversa, ó hasta la falta de ésta, porque la debilidad humana tiene su inclinación al mal, puede lanzarlas para siempre en otro camino.

Entonces son instrumentos de vicio ó de crimen, pasivos también, pero terribles frecuentemente á causa de eso mismo.

Por lo demás, Blanca veía á Lola una sola vez al día cuando mas. La pretendida marquesa le decía entonces algunas palabras de su madre, que siem-

pre estaba á punto de llegar para llevársela consigo á Bretaña.

Blanca no tenia idea de lo que era la mentira.

Podíase engañarla sin que se cansara en sospecharlo.

Habia en casa de la marquesa una doncella de virtud dudosa, pero buena muchacha en el fondo y de carácter servicial, que habia cobrado afecto á Blanca.

¡Era tan dulce la pobre niña y se quejaba tan poco! Teresa la doncella la acompañaba, cuidándola al propio tiempo.

Pero Teresa tenia dos ó tres adoradores entre la juventud estudiosa del barrio; Blanca se quedaba sola con mucha frecuencia, y entonces se apoderaban de ella vagas tristezas.

Recordaba á Penhoel, donde se habia deslizado entre caricias su infancia. ¡Dios mio! ¡Cuánta felicidad y cuán adorada era! Creía ver la venerable fisonomía del tío Juan, que le sonreía como en otra época.

Al despertarse buscaba siempre las miradas de su madre.

Y Diana y Elena, sus primas queridas, tan complacientes, tan buenas, tan prontas á adivinar sus deseos y menores caprichos.

Cuando volviera al castillo despues que la hubiesen ido á buscar, encontraría en él al tío Juan y á su madre; pero Diana y Elena habian muerto.

Ellas, tan bellas, tan llenas de salud, de fuerza,

de juventud! Ellas, cuya alegría franca y feliz habia envidiado tanto su prima Blanca!

¡No estarian allí Dios las habia llamado á sí. Y Blanca lloraba, pensando en que iria á arrodillarse entre sus pobres tumbas detrás de la iglesia de Glenac.

¡Y Vicente! ¿Lo encontraría en el castillo? No sabia explicárselo; pero entre los recuerdos que visitaban su soledad el mas asiduo era el de Vicente.

Pensaba en él casi tanto como en su madre.

La desgracia enseña. En medio del reposo tranquilo de Penhoel hubiese tardado aún mucho tiempo la niña en ser mujer; pero en aquella estancia solitaria en que tan tristes trascurrían sus días, trabajaba con libertad su corazón.

Amaba no con aquella amistad dulce del primer amor. Era amor.

Cada vez que su pensamiento se fijaba en el porvenir, encontraba en él á Vicente compartiendo con ella los placeres como las penas.

No le parecia posible que pudiera faltarle nunca Vicente. Sobre esto no hacia pregunta alguna. El compañero natural de su destino estaba allí.

¡Pobre Vicente! Hacia mas de ocho meses que habia salido del castillo de Penhoel, arrancando á la niña algunas lágrimas discretas. ¿Qué habia sido de él? Durante ese largo plazo no habia habido noticias suyas; ¿si le habria sucedido alguna desgracia?

A esta idea sentia Blanca que se quedaba frio su

corazón. El valor que le quedaba la abandonaba. Desaparecia casi para ella el porvenir.

Las cosas habian cambiado mucho durante esos ocho meses, y habia nacido el amor en medio de la ausencia.

La tristeza que se habia apoderado de la pálida frente del Angel de Penhoel, no era únicamente hija de la idea de estar separada de las personas que queria.

Habia en ella una inquietud confusa que tenia su origen en el sufrimiento físico. El mal que sobre ella pesaba no tenia nombre para su ignorancia. No lo conocia; pero era mujer, y á veces se encendía en su imaginación una sagaz luz.

Cuando se conmovían sus caderas, cuando sentía interiormente un estremecimiento, hacia un esfuerzo para revelarse el instinto que Dios pone en el corazón de una madre.

A veces Blanca, arrodillada, llena de dolores, suplicaba á Dios que le quitase una idea que era una blasfemia.

Escusado es decir que Lola, Teresa y nuestros tres caballeros habian descubierto desde hacia mucho tiempo su estado. La señora Marta por lo demás habia dado la primera idea á Roberto en la conversacion que habian tenido juntos durante el baile de la noche de San Luis bajo la torre del Primogénito.

Roberto habia ido mas lejos. Sabia á qué atener-

se acerca de las estrañas circunstancias de aquel embarazo.

Y como era hombre que se aprovechaba de todo, habia hecho entrar la ignorancia de la jóven madre en los cálculos de su partida.

Pero la inocencia de Blanca era tan manifiesta tan radiante, que á veces dudaba Roberto.

Bastaba esto.

Habiase dicho: si efectivamente la muchacha es virgen de corazon y víctima de alguna diablura, represento el papel de diablo y me coloco en la posicion de caballero generoso que repara noblemente su falta.... ¡Pardiez!.... Reconozco mi hijo y me hago el modelo de los padres.... Si por el contrario, la chiquilla está representando una farsa, porque todas son unas cómicas consumadas.... si ha tenido en Penhoel el capricho de tener un amante, soy aun mas generoso y cargo con la falta del culpable... Doy á la cándida criatura, no importa cuál de los nombres ilustres que llevo.... me caso y recibo con mi traje de boda las lágrimas de placer de toda una familia.

Suponiendo siempre que el tal tio americano no nos haga la estupidez de no venir.... porque como se llegue á quedar en el camino, es cosa segura que se le juega de puño.

Roberto habia obrado en consecuencia de este razonamiento, y ya sabemos de qué manera cumplia Lola sus órdenes.

De manera que el Angel conservaba su ignorancia. Nadie le habia dado nunca lecciones.

Pero por discreta que se pueda ser, hablan los hechos, y en presencia de la evidencia tienen su elocuente significacion los indicios.

Lola no podia contener siempre sus miradas, y los ojos de Teresa decian muchas cosas al fijarse en el engruesado cuerpo de la jóven.

Para que Blanca continuara rechazando las vagas sospechas que la asediaban, era preciso el apoyo de su conciencia virginal y la pureza limpia de sus recuerdos.

La estancia que habitaba en la casa de la marquesa daba á la calle, porque no se la trataba como prisionera, y su angelical dulzura hacia superflua toda precaucion.

Si se hubiera querido tomar precauciones tampoco estaba mal escogida su habitacion, porque en el otro lado de la calle no habia en efecto ninguna ventana desde donde se pudiera espiar la soledad de la jóven.

Al menos tal era la apariencia, puesto que la ventana de Blanca daba á aquel espacio vacío que se encuentra detrás de la puerta lateral de la posicion militar.

Desde el interior de su habitacion veia únicamente las accesorias de la Abadía y el perfil de la fachada interior de la prision, es decir, algunos barrotes de hierro salientes de la muralla.

Pero á causa de esta misma posicion no podía ver y podía ser vista.

Y en efecto, detrás de una de las ventanas que defendia una sólida reja, habia un prisionero cuyos ojos permanecian fijos en ella durante una gran parte del dia.

Blanca lo habia visto una ó dos veces en el momento en que los rayos del sol, penetrando en el interior de la prision, iluminaban á plomo su rostro. Pero no habia podido distinguir sus facciones porque entre sus miradas y el prisionero habia gruesos barrotes de hierro.

Además, no tenia la imaginacion bastante libre para entregarse á una curiosidad vana.

Como su alma era buena, solia pedir á Dios por el prisionero.

Esto era todo.

El prisionero al contrario, se ocupaba de ella sin cesar.

Tenia en su poder la hoja de un cuchillo que le habia servido para limar los hierros. Todas las horas de la noche las pasaba en este penoso trabajo; pero desde que se abria la ventana de Blanca lo suspendia; adelantaba la cabeza ávida y parecia que su alma volaba hácia la jóven.

Durante horas enteras permanecia en contemplacion delante de ella, y á veces, cuando la frente de Blanca se apoyaba mas triste sobre la mano, inundábanse de lágrimas los ojos del prisionero.

Con mas frecuencia aún habia intentado llamar

la atencion de la jóven, bien llamándola por su nombre, porque lo sabia, bien agitando sus manos á través de los barrotes.

Pero su voz se habia perdido entre los cánticos de los demás cautivos, y en cuanto á sus señales, Blanca no las advertia, ignorando que le fuesen dirigidas.

El preso se llamaba Vicente de Penhoel.

En esa casa encontrábase la pobre Blanca sin saberlo rodeada de todas las personas que amaba.

Vicente, á quien llamaban sus lágrimas, podia verla llorar; algunos pasos y dos ó tres muros la separaban de su madre, que ella pedia á Dios diariamente en sus fervorosas oraciones....

Vicente habia llegado hasta Paris, bien á pié, bien en la carreta de algun pobre carretero, en fin, como habia podido.

De Redon hasta Rennes le habia sido fácil seguir las huellas de los raptores. En Rennes habia adquirido en las administraciones de diligencias la prueba de que Blanca se encontraba en el camino de Paris.

Los que la llevaban habian cambiado desde entonces de nombre, y Vicente no podia adivinar en ellos á los antiguos huéspedes de Penhoel.

¿Pero qué le importaba?

Adquirida una vez la certidumbre de que Blanca estaba en Paris, no calculó Vicente ni sus recursos ni sus fuerzas. Se lanzó al camino como si

hubiera esperado alcanzar al carruaje, que le llevaba de ventaja veinticinco leguas.

Del dinero del nabab le quedaba ya muy corta cantidad. Lejos de poder pagar un asiento en la diligencia, no tenia ni aun con que vivir durante el viaje.

No pensaba en esto.

Correr, correr, alcanzar á los infames que le robaban á Blanca, hé aquí únicamente lo que le ocupaba; pero el entusiasmo se cansa, y desde Rennes á Paris hay muy cerca de cien leguas.

Mas de una vez durante el camino se vió obligado Vicente á mendigar un albergue y un pedazo de pan.

Mas de una vez se detuvo rendido por la fatiga ó por la necesidad.

El camino se prolongaba delante de él hasta perderse de vista y se le inundaban los ojos de lágrimas.

Al fin llegó.

¡Oh! ese gran Paris no le asustó.

A los primeros pasos pensaba encontrar indicios. Se decia: Correré todas las calles, entraré en todas las casas, visitaré los menores rincones. Encontraré!... encontraré!...

Como dormia estenuado de fatiga sobre un banco de los bulevares, encontró la misma tarde á un gendarme, curioso por estado, el cual interrumpió su sueño para pedirle su pasaporte y preguntarle su nombre.

El pobre Vicente habia empleado seis dias en trasladarse desde Rennes á Paris, seis dias de lluvia y de polvo. Con corta diferencia estaba como nuestro amigo Bibandier en la época en que el noble baron no era mas que general de bandidos en las malezas de Ille-et-Vilaine. Olia á vagabundo desde una legua.

A la peticion del gendarme se quedó muy turbado; pasaporte no tenia, y su desercion despues del desgraciado duelo de Madera no le alentaba mucho para manifestar su nombre.

Como dudaba el curioso gendarme, le invitó políticamente á que le siguiera. Vicente quiso huir; esto le perdió. El agente se puso en comunicacion con algunos otros que se ocupaban en tomar el fresco por casualidad, y el pobre Vicente tuvo un albergue.

Encontrábase con que la relacion del comandante de Madera habia llegado hacia poco tiempo al ministerio de marina. Las oficinas acababan de terminar sus trabajos y la policia tenia notas muy recientes.

Vicente intentó mentir, pero era un oficio nuevo para él; le asediaron á preguntas y se cortó. La prision de la Abadía le abrió sus grandes puertas hasta el momento en que el consejo de guerra decidiera su suerte.

Hacia siete semanas que estaba encerrado.

Durante la primera mitad de ese pesado tiempo se habia apoderado de él el mas completo desalient-

to. La idea de Blanca perdida, de Blanca á quien no podía intentar socorrer, le asesinaba. Quería dejarse morir. Pero un día que intentaba entrever á través de los barrotes de hierro de su celda un rincón de aquella inmensa ciudad donde tal vez Blanca sufría abandonada, la única ventana que pudo distinguir en el lado opuesto de la calle se abrió repentinamente, asomándose á ella dos mujeres.

Tan grande y profunda fué su sorpresa, que estuvo para caer desmayado.

Una de esas dos mujeres era Lola, la otra Blanca.

Lanzó un grito de alegría y asomaron las lágrimas á sus ojos. Despues sacudieron sus crispadas manos los sólidos barrotes.

Quería precipitarse.

Llamaba.

—¡Blanca!... ¡Blanca!...

La jóven no oía, pero se quedó á la ventana. Vicente la vió á la mañana siguiente en el mismo sitio; al otro día la volvió á ver.

Vivía allí.

¡Cuán cambiada estaba, pero siempre bella!

Vicente la amaba mil veces mas que en los tiempos de felicidad.

Y todas sus ideas se dirigieron desde entonces á un solo objeto, huir para acercarse á ella, huir para protegerla y salvarla.

Recobró su valor; redobláronse sus fuerzas.

¡Oh! si hubiera cambiado con Blanca una palabra, solamente una señal....

Su trabajo hubiera ido con mucha mas rapidez. Pero entre la jóven y él se elevaba el mismo y difícil obstáculo. La pobre hoja mellada que la casualidad habia puesto entre sus manos, se gastaba frotándose contra el hierro. La empresa marchaba con lentitud. Pero Vicente no se cansaba y la obra adelantaba un poco cada día.

Cortado una vez el barrote ¿qué debía hacer? No lo sabia.

A la gracia de Dios.

Esa noche, mientras que el preso trabajaba sin ruido y probaba que su hoja entraba toda entera en el hierro del barrote, velaba Blanca tambien, presa de los dolores mas vivos.

Estaba sola. La marquesa de Urgel habia dejado la casa al anoecer para asistir á la fiesta del nabab, y Teresa, aprovechando la ocasion, habia dedicado la noche á alguno de sus estudiosos amantes.

Blanca estaba vestida sobre su lecho. Sentíase mas adolorida de espíritu y de cuerpo. Sordos dolores desgarraban sus caderas, y su boca exhalaba débiles quejidos á que no respondía ninguna voz.

El ruido de la calle disminuía poco á poco. Las tiendas se cerraban; no se oía mas que á raros intervalos el rodar de los carruajes retrasados.

Nadie entraba en casa de la marquesa.

La pobre Blanca tenia miedo.

Conocia que las fuerzas le iban á faltar para sufrir y ofrecia su alma á Dios, pensando que iba á sonar la última hora de su vida.

Acudia la fiebre acompañada de visiones agradables ó terribles. El Angel veia en torno de su cama á todos aquellos que amaba; pero estaban pálidos y tenian los ojos llenos de lágrimas.

Blanca se decia:

—¡Muertos! ¡muertos como voy á morir yo!

E intentaba orar. Las palabras de la oracion se mezclaban en su boca.

No podia.

Aterrorizada llamaba, y su cambiada voz en medio del silencio la asustaba mas.

Hacia la una de la mañana la fatiga, mas fuerte que el sufrimiento, cerró al fin sus ojos. Durmió el sueño del cansancio.

Teresa volvió, y luego la misma marquesa.

Blanca no la oyó.

Su sueño, que nada habia podido turbar, fué sin embargo interrumpido cerca de las cinco de la mañana por un repiqueteo diabólico que daban en la puerta de la casa.

Blanca despertó sobresaltada.

Llamaban á la puerta; hacian sonar el aldabon y llamaban á gritos al portero.

IV.

UN PAR DE CALAVERAS.

El ruido que habia turbado el sueño de la pobre Blanca provenia de la puerta, cuyo aldabon, agitado con rapidez, producía un repiqueteo del infierno.

Acababan de tocar las cinco de la mañana en San German de los Prados. Es el momento en que las parejas de porteros, mecidas en su mejor sueño, roncan intrépidamente y sueñan el delicioso paraíso de la pequeña propiedad.

Obstinábanse en llamar y un silencio profundo reinaba en la portería.

Pero los huéspedes parecían gente dispuesta á

La pobre Blanca tenía miedo.

Conocía que las fuerzas le iban á faltar para sufrir y ofrecía su alma á Dios, pensando que iba á sonar la última hora de su vida.

Acudía la fiebre acompañada de visiones agradables ó terribles. El Angel veía en torno de su cama á todos aquellos que amaba; pero estaban pálidos y tenían los ojos llenos de lágrimas.

Blanca se decía:

—¡Muertos! ¡muertos como voy á morir yo!

E intentaba orar. Las palabras de la oracion se mezclaban en su boca.

No podía.

Aterrorizada llamaba, y su cambiada voz en medio del silencio la asustaba mas.

Hacia la una de la mañana la fatiga, mas fuerte que el sufrimiento, cerró al fin sus ojos. Durmió el sueño del cansancio.

Teresa volvió, y luego la misma marquesa.

Blanca no la oyó.

Su sueño, que nada habia podido turbar, fué sin embargo interrumpido cerca de las cinco de la mañana por un repiqueteo diabólico que daban en la puerta de la casa.

Blanca despertó sobresaltada.

Llamaban á la puerta; hacían sonar el aldabon y llamaban á gritos al portero.

IV.

UN PAR DE CALAVERAS.

El ruido que habia turbado el sueño de la pobre Blanca provenia de la puerta, cuyo aldabon, agitado con rapidez, producía un repiqueteo del infierno.

Acababan de tocar las cinco de la mañana en San German de los Prados. Es el momento en que las parejas de porteros, mecidas en su mejor sueño, roncan intrépidamente y sueñan el delicioso paraíso de la pequeña propiedad.

Obstinábanse en llamar y un silencio profundo reinaba en la portería.

Pero los huéspedes parecían gente dispuesta á

—Abrid, Mad. Gonelle.

La portera se decidió á obedecer.

—¡Oh! oh! exclamó frotándose los ojos á la vista de dos jóvenes que habian entrado vivamente y que habian cerrado la puerta tras ellos, ¿qué quiere decir esto?

Mr. Leon se acercó hasta tocar con su bella boca la nariz de la buena mujer.

—Os confesamos, mi querida Mad. Gonelle, dijo riendo, que no somos la marquesa.

—¡Ese aplomol

—Pero, replicó Mr. Leon, somos sus amigos íntimos.

—Sus primos hermanos, añadió Eduardo.

—Sus hermanos de leche, Mad. Gonelle.

—¡Tá, tá, tá!... hizo la portera; nunca os he visto y la señora no acostumbra recibir á estas horas... Volved despues.

—¿Nunca nos habeis visto? exclamó Mr. Eduardo.

—¿Y bien, palomita? preguntó el portero desde la cama.

—Escuchad, replicó Mr. Leon; no queremos teneros aquí entre dos vientos, noble matrona. Es preciso que veamos á la marquesa ahora mismo.

—Imposible.

Mr. Eduardo sacó de su bolsillo media docena de luises, poniéndolos en la mano de la portera.

Esta retrocedió hasta el farolillo encendido junto á la puerta de la portería.

Si hubiese sido moneda blanca tal vez hubiese

parlamentado por pura fórmula únicamente; pero el reflejo del oro le saltó á los ojos.

Soltó la escoba para hacer una reverencia.

—Es decir, replicó... entendámonos. Aparentais ser dos jóvenes señores honrados y es preciso que háyais venido alguna otra vez mas á la casa cuando me llamais Mad. Gonelle.

—¿Pero qué haces ahí, palomita? gritaba el conserje.

—Silencio, Mr. Gonelle. Es un poco temprano, pero los parientes se reciben á cualquier hora, y tal vez no se haya acostado aún la marquesa.

Hizo la segunda reverencia.

Mr. Leon y Mr. Eduardo subian los escalones de cuatro en cuatro.

La camarera de la marquesa de Urgel acababa de desnudar á su señora, y ella estaba ya medio desnuda.

La vista de los dos jóvenes la sorprendió casi tanto como á la portera; pero era una muchacha intrépida y no perdía la cabeza por bagatelas.

—Os equivocais, señores, dijo alumbrando sucesivamente las fisonomías de Mr. Leon y Mr. Eduardo; me parece que no es aquí donde quereis llamar.

Los dos jóvenes al subir la escalera habian hecho algunas reformas en sus trajes.

Sus camisas de fina batista dejaban salir fuera de sus chalecos las pecheras ajadas; sus cabellos estaban muy despeinados y habian inclinado sus

sombreros sobre la oreja como determinados calaveras.

En lugar de responder dió Eduardo dos ó tres pasos aparentando vacilar.

Durante esto acariciaba Leon con desenvoltura y con el dorso de la mano la mejilla de la linda camarera.

—Buenos dias, Luisa, dijo.

—Adios, María, adios, añadía Mr. Eduardo; no nos engañamos, hija mia; venimos á hacer una visita á tu ama.

Y dió varias vueltas, estampando por detrás un beso en el cuello desnudo de la camarera.

Teresa no era mujer de excesiva austeridad. Comprendía perfectamente las bromas; pero en aquel momento estaba mas bien para incomodarse que para reir.

—¡Vayal niños, dijo; estais beodos ó locos. ¿Me haceis el gusto de decirme por quién nos tomáis?

—A tí, María, por la muchacha mas linda que he abrazado de una semana acá, respondió Eduardo.

—Y en cuanto á tu ama, añadió Leon, la tomamos por lo que es, por la bella de las bellas, la seductora de las seductoras. Entra á anunciarnos, ángel mio. El vizconde Leon de Saint-Remy, secretario de embajada.

—Y el caballero Eduardo de Saint-Remy, gentil-hombre de cámara del rey de Baviera.

Teresa se encogió de hombros.

—Dos escapados del colegio, murmuró.

Desgraciadamente no era ya tiempo de darles con la puerta en los hocicos. El enemigo estaba en la plaza. Leon permanecía entre ella y la puerta; pero el vizconde Eduardo, secretario de embajada, daba vueltas en su derredor afectando las maneras del mas consumado calavera.

La pobre muchacha estaba embarazada con lo ligero de su traje y con la palmatoria que tenia en la mano.

Cada vez que queria protestar ó incomodarse le tomaba riendo Leon la barba y Eduardo se apoderaba de su delicada cintura.

—¡Pero esto es indecente! gritaba. En mi vida he visto cosa semejante. Acabais ó grito socorro.

Y á pesar de todo, no podia conseguir ponerse seria ni enfadada.

Esa buena Teresa era muy práctica, y sus dos adversarios dos jóvenes de figura muy bella.

En todo el barrio de las Escuelas, del que conocia el personal muy bien, no hubiera podido hallar ojos semejantes á los del caballero.

Habia en los dos jóvenes una elegancia tan viva, tan graciosa, que era imposible resistir.

Tenian una alegría tan franca.... ¡Hacian su calaverada con tanto gusto y entusiasmo!

En aquellas cabezas habia gran cantidad de champaña, y Teresa acostumbraba respetar ese liquido.

—¡Pedir socorro? exclamó Mr. Eduardo; ¿estás en tu juicio, muchacha? ¿quieres reunir aquí todas

las malas lenguas que hay, desde la del portero hasta las del sexto piso? ¿Qué te ha hecho la marquesa?

—¿Y qué te hemos hecho nosotros, ángel? replicó Leon parodiando el tono suplicante; nos encontramos aquí para hacer tu felicidad. ¿Te parece á tí que tenemos traza de bribones?

—Teneis traza de dos calaveras locos que merecerian pasar la noche en el cuerpo de guardia; y advertid que no está muy lejos.

—¡No hay mas que atravesar la calle! exclamó el vizconde. ¿Cómo, cómo? con que nos amenazas... Hija mia, hemos cenado como dos dioses.

—Ya se conoce.

—Calumnia, muchacha; mi hermano y yo podríamos bebernos aún doce botellas de Champaña sin siquiera perder el equilibrio. Pero por mi parte, Luisa, te he abrazado ya bastante, y me parece tiempo de hablar con formalidad.

—¿Os vais á marchar?

—Indudablemente, respondió Eduardo.

—¡Ah! dijo Teresa consolada.

—Nos iremos, replicó el vizconde, en cuanto nos hayas dejado ponernos á los piés de tu encantadora ama.

—¿Todavía?

—Por supuesto, hija mia... es una resolución irrevocable, y ahora vas á ser de los nuestros. Vamos, Luisita, ¿cuánto dinero es preciso para seducirte?

—¿Dinero á mí?

—¿Te gustan mas los besos? Pues tendrás uno y otro.

—¡Habrá fatuos! exclamó Teresa.

El caballero Leon, que estaba en frente de ella, sacó de su bolsillo un puñado de oro.

Teresa se ruborizó y volvió la cara.

Este movimiento la puso en frente del vizconde Eduardo, á cuya boca asomaba una maliciosa sonrisa, y que tenía la mano llena de oro.

—Entre hermanos, preciosa mia, dijo, no veo de qué modo te vas á escapar.

Teresa, ruborizada y sonriendo, miraba sucesivamente á los dos calaveras, que hacian sonar dulcemente las monedas de oro en el hueco de su mano, eubierta por el guante.

—¡Vaya! se dijo la jóven; son muy agradables, y á Mad. no le desagrada la broma. Vamos, mis bellos señores, prosiguió en voz alta; ni por oro ni por plata quisiera vender á mi ama.

—Ya se conoce, interrumpió el caballero.

—Nunca lo pensé, añadió el vizconde; al momento he conocido que eres la perla de las doncellas.

Al decir esto le tomaba la mano derecha el vizconde, mientras que el caballero se apoderaba de la izquierda.

Teresa sintió un dulce estremecimiento al contacto del oro.

—Si estuviera segura, murmuró,

—¿Segura de qué, querida? exclamó el vizconde; ¿de nuestra moralidad?

Somos conocidos por los peores jóvenes de Paris. Ya ves que no tienes motivos para temer.

Teresa reflexionó un momento. Despues dejó su candelero sobre un mueble y se quitó tranquilamente su gorra de dormir, despues de haber tenido cuidado de guardar en su bolsillo la doble ofrenda,

Mr. Eduardo y Leon de Saint-Remy la observaban con sorpresa.

Desató despues sus cabellos, que cayeron esparcidos por las espaldas.

—Si es lo que me figuro.... dijo el vizconde, eres una adorable picaruela, Luisa.

Teresa en lugar de responder arrancó dos ó tres pliegues de su camisa y desgarró de un tiron una manga desde alto á abajo.

Despues miró á los dos jóvenes con aire resuelto.

—Veamos si sois verdaderos calaveras, dijo.

Antes que hubiesen tenido tiempo de responder, se lanzó hácia la habitacion de su ama pidiendo socorro.

A pesar de sus diez y seis años, el vizconde y el caballero parecian á la verdad conocer bastante bien á las mujeres. No parecieron desconcertados por esta repentina fuga, y entraron al momento en la farsa.

—¡Adelantel exclamó Eduardo.

Esa muchacha hubiera debido prevenirnos....

pero nos ha juzgado dignos de improvisar nuestro papel.

Siguieron los pasos de la doncella y sé introdujeron, siguiéndola de cerca, hasta la habitacion de la marquesa.

Teresa proseguia gritando y temblaba como la hoja de un árbol.

Lola, cogida de improviso, se habia sobresaltado.

—¿Qué es eso?... habia preguntado en el momento en que la doncella se habia precipitado en el mayor desórden en su habitacion como en el último asilo.

—¡Oh señora! ¡oh señora! replicó Teresa con voz entrecortada; ¡los demonios! creo que voy á morir.

Las bellas cabezas de los dos jóvenes se mostraron en aquel momento á la puerta.

Lola, calzado un pié y desnudo el otro, estaba en disposicion de meterse en la cama. La visita de los dos jóvenes moderó muy claramente su espanto, porque habia temido un peligro de otra naturaleza.

Sin embargo, lanzó un grito y echó un peinador sobre sus espaldas desnudas, tomando una posicion de paloma asustada.

Teresa estaba de pié en medio de la estancia exhalando grandes ayes y buscando la ocasion de ponerse mala.

Eduardo y Leon habian entrado cerrando con cerrojo la puerta.

—¡Señores! ¡señores!... dijo la marquesa; esta conducta es infame... No os conozco.

—¡Dios mío, Dios mío! suspiraba Teresa; qué demonios!

Y se dejó caer en un sillón.

Eduardo y Leon se habían quedado cerca de la puerta. Se inclinaron respetuosamente, dando algunas pasos con el sombrero en la mano.

—Señora, marquesa... dijo Eduardo con lentitud y como si la emoción hubiese embargado su voz, dignaos perdonarnos.

—¿Perdonaros, señor...?

—Tal vez somos más culpables de lo que pensáis. Hemos violentado la puerta de vuestra casa... fingido embriaguez para tener el pretexto de usar de la violencia con esa pobre muchacha...

—¡Los monstruos no habían bebido champañal pensó Teresa, que se hacía aire con un pañuelo; ¡ya no hay niños!

—La hemos amenazado, replicó Eduardo; la hubiéramos muerto, señora, si no nos hubiera dejado el paso franco.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... dijo Teresa; de buena he escapado.

—Pero, balbuceó la marquesa, ¿cuál es vuestro objeto, señores?

—Vamos á decíroslo ahora mismo, y os suplicamos que consideréis que tenemos tanta sangre fría como se puede tener al lado de una mujer deliciosa... Lo que prometamos lo haremos, y nada en

el mundo será capaz de oponerse á nuestros desig-nios.

Lola, fingiendo bajar los ojos, los miraba á hurtadillas. Eran ellos como el amor, y á decir verdad, no le desagradaba del todo la aventura. Sin embargo, tenía una vaga duda; agitábanse sus recuerdos y le parecía haber visto ya en alguna otra parte aquellos encantadores rostros.

Pero no se sabía decir en qué lugar ni época.

Los dos hermanos sin embargo permanecían inclinados delante de ellos. El caballero Leon bajaba sus grandes ojos tímidos, y el vizconde la provocaba con una mirada de fuego.

Este último replicó:

—Ya podeis comprender, señora, que para llegar á la situación en que nos encontramos ha sido preciso hacer salir de nuestro corazón toda clase de dudas y temores... Los dos amamos con una pasión irresistible y absoluta. Es preciso que uno de nosotros sea feliz, y venimos á suplicaros que escojais.

La marquesa se sonrió irónicamente.

—Señora, replicó el vizconde Eduardo con una sonrisa respetuosa, os suplico que comprendais bien mis expresiones: he dicho. Es preciso.

—De manera que en todo esto, replicó la marquesa, que se incorporó, no entra por nada mi voluntad!

—Si tal, señora; he tenido el honor de deciros que teneis la libertad de escoger entre los dos.

—Estais locos, dijo secamente Lola, y os invito á que os retireis, señores.

El vizconde hizo rodar un sillón hasta cerca de la marquesa, y le besó reverenciosamente la punta de los dedos, invitándola á tomar asiento.

—Esa no es vuestra última decision, dijo, conservando el tono suplicante; somos jóvenes, ricos, nobles....

—Y lo que es mas que todo eso, exclamó el caballero Leon, que no habia dicho aún nada, os amamos, señora.... ¡Os amamos!.... Y por mí, pasaria contento mi vida siendo vuestro esclavo.

—Este va por mal camino, pensó Teresa; mas fuerte es el otro.

Eduardo dirigió á su hermano una mirada de celos.

—¿Crees tú amar mas que yo? exclamó. Si hablo de mi fortuna y de mi nombre, es para ponerlos á vuestros piés, añadió dirigiéndose á Lola.... quisiera doblar, triplicar, cuadruplicar, centuplicar mis cien mil libras de renta para que fuérais tan poderosa como una diosa, y para hacer que vuestros caprichos fuesen la ley del mundo.

—Así, así, seguid.... se dijo Teresa, y vereis como termina el negocio agradablemente.

La fisonomía de Lola, que se iba dulcificando visiblemente, permitia tener esta esperanza.

Sin embargo, no podia ceder tan fácilmente á la primera intimacion; al menos le era preciso guardar los honores de la guerra.

Lola cambió de táctica y se puso á sonreír.

—Señores, dijo, es muy difícil la apuesta, y para vuestra edad habeis salido con bastante lucimiento. Vuestros amigos os esperan sin duda para felicitaros por vuestro valor. Id á reunirlos con ellos, pues por esta noche habeis hecho ya bastante..... Pero soy curiosa y desearia saber cuánto habeis apostado, señor vizconde.

—¿Apostar? señora, por nuestro honor....

La marquesa se levantó.

—No jureis en falso, dijo; habeis venido aquí para conquistarme.... Unicamente que yo como os encuentro á los dos bellos y de buena figura, necesito algun tiempo para hacer mi eleccion en un negocio tan grave.

El vizconde y el caballero se miraron á hurtadillas; este golpe era muy difícil de parar.

—No creais que me chanceo, prosiguió la marquesa con una amable sonrisa.... volved mañana.... pasado mañana, cuando querais; mi casa os estará siempre abierta.

Los dos hermanos permanecian inmóviles y unidos.

—¿Y bien? preguntó la marquesa; ¿casi es una exigencia excesiva pedir os un plazo de algunas horas?

—Nuestro amor.... comenzó el vizconde.

—Convenido. Vuestro amor es excesivo, fogoso, incomparable. Pero estoy mala y os suplico que tengais piedad de mí.

Cambiaba la escena. Teresa, que iba señalando los puntos, podía probar que los dos jóvenes perdían terreno.

Pasó algún tiempo antes que Eduardo respondiera.

—Señora, dijo, es evidente que debiéramos caer de rodillas y daros gracias; ¿pero qué quereis? somos dos niños muy tercios. Se nos ha metido en la cabeza, dispensadme que os diga esto, señora marquesa, que no saldrá de aquí esta noche alguno de los dos costare lo que costare.

Lola arqueó las cejas.

—Así pues, dijo, ¿no quereis obedecer?

—Os pedimos de rodillas mil perdones.

Lola dió un paso hácia la chimenea.

—Fuerza es que acabe por donde debí haber comenzado, murmuró. Voy á llamar á mis gentes.

Lejos de contrariar esto, á nuestros dos jóvenes pareció causarles un placer evidente el giro que tomaba la escena; ambos tuvieron que violentarse para comprimir la triunfante sonrisa que quería asomar á sus lábios.

El vizconde Eduardo se habia colocado de un salto entre la marquesa y la chimenea.

Lola quiso pasar mas adelante. El vizconde en lugar de detenerla siguió al pié de la letra las buenas tradiciones recomendadas por los maestros en esas circunstancias; tomó de la chimenea un par de tijeras damasquinas y cortó con mano hábil los dos cordones de la campanilla.

—Á mí, Teresa, exclamó la marquesa.

—¡Calla!... dijo el caballero Leon... ¡María no se llama Luisa!...

Como la doncella aparentaba acudir al socorro de su ama, la rodeó él con sus brazos.

Se empeñó una lucha. El caballero Leon no brillaba por el vigor, porque la victoria iba á quedar por Teresa sin la intervencion del vizconde.

Este llegaba teniendo en la mano los dos cordones de la campanilla.

—¡Veinte luises si te dejas vencer!... murmuró al oido de la camarera.

Teresa cesó de resistir y se puso á exhalar gemidos lamentables.

El vizconde le ató fuertemente los brazos y las piernas.

—¡Ah!... decia Teresa llorando, ¡pobre ama mia!... ¡pobre ama mia!.....

Esta habia tomado el partido de dejarse caer en un sillón en una postura agradable y pronta á desmayarse.

Quando el vizconde y el caballero volvieron hácia ella despues de haber anudado un pañuelo á la boca de Teresa, levantó hácia ellos la marquesa sus hermosos y moribundos ojos.

—Estoy á merced vuestra, señores, dijo; tened piedad de mí....

El vizconde y el caballero no parecían muy dispuestos á abusar de su victoria. Acercaron dos sillas y se sentaron enfrente de la infortunada mar

quesa, que habia cerrado los ojos, esperando la catástrofe.

—Señora.... dijo Eduardo.

—¡Dejadme!.... dejadme.... exclamó la marquesa haciendo retroceder su sillón.

El caballero Leon se sonreía.

—Calmaos, señora, replicó Eduardo. Ahora que vuestra doncella no puede defenderos ó escaparse para pedir socorro, no teneis que temer absolutamente nada de nosotros.

El vizconde se interrumpió para dibujar con la punta de su bota algunos arabescos en la alfombra.... su semblante, tan resuelto antes, espresaba ahora alguna turbacion.

—Lo que nos resta por decir es estremadamente delicado.... prosiguió; pero no os lo puedo ocultar por mas tiempo. No hemos venido por vos.

Lola se estremeció débilmente, dirigiendo una furtiva mirada.

No respondió.

El vizconde sudaba.

—¡Vamos! dijo el caballero frunciendo sus bellas cejas.... creo que es preciso que hable.... Sois muy galante, hermano mio.... He aquí el hecho, señora marquesa.... En vuestra casa teneis una jóven por la que nos interesamos los dos en el mas alto grado.

La marquesa no le dejó acabar. Olvidando su debilidad y su desmayo, saltó sobre sus piés como una leona.

—¡Ah! dijo entre dientes.... no venís por mí.

A su vez se levantó Leon con un movimiento violento, como si hubiese soltado repentinamente la brida á una cólera reprimida por mucho tiempo.

El vizconde lo obligó á sentarse.

—Señora, prosiguió dirigiendo una mirada hácia las ventanas, por donde comenzaban á penetrar los primeros albores de la mañana; el tiempo vuela y es preciso apresurar el desenlace de todo esto.... Esa jóven de que acaba de hablaros mi hermano no debe permanecer á vuestro lado.... Venimos á buscarla.

Ya no se trataba de ataques mas ó menos andaces ni de locas galanterias. La marquesa entreveía el lazo. Hasta entonces se habia obligado á temblar y su cólera como su terror eran prestados.

Pero ahora cólera y terror eran verdaderos.

Estaba muy pálida; sus negras cejas se arqueaban violentamente. Sus miradas, que antes se habian dirigido á Teresa, maniatada, se fijaban ahora en el suelo.

—¿Queréis respondernos, señora? dijo el vizconde, que recobraba su sangre fria.... ¿nos entregais esa jóven?

—¡No! replicó Lola en voz baja.

—Reflexionad, exclamó Leon; lo que no se obtiene de grado se consigue por la fuerza.

La marquesa intentó reír.

—Esto, señores, es un juego de niños, dijo. Hacedme maniatado á mi doncella y cortado los tirado-

res de las campanillas.... estos medios se usaban únicamente hace muchos años.... Si yo levantara la voz acudirían los vecinos.

—Podrá suceder así, señora, replicó friamente Eduardo; pero os aseguro que no lo hareis.

Separó el forro de su levita y tomó una diminuta pistola; su hermano hizo lo mismo.

Teresa abrió desde su rincón desmesurados ojos. En el momento en que habia cambiado de aspecto la escena de una manera tan completamente inesperada, habia intentado desembarazarse de sus lazos; pero se encontraba con que el vizconde y el caballero la habian atado en broma con la mayor seguridad.

A la vista de las pistolas se encogió de hombros Lola.

—¡Contra una mujer! dijo con desden.

—Convengo en que es poco caballeresco, replicó el vizconde; pero la necesidad no tiene ley. Vamos á ponerlos lo mas respetuosamente posible, al lo permitís, en el mismo estado que á vuestra criada.

Lola estaba de pié, mientras que los hermanos permanecian sentados. Tenia la cabeza baja, y al parecer meditaba el modo de huir.

Decia: Si entre ellos y yo puedo interponer una puerta, estoy salvada.

Porque sus sospechas no iban mas allá de la apariencia; para ella habia cambiado el objeto de los dos jóvenes: hé aquí todo. En lugar de atacarla á

ella era á Blanca; pero á sus ojos no se trataba más que de un capricho amoroso.

La idea que habia atravesado su imaginacion al principio de su entrevista, y aquel recuerdo vago que se habia despertado en ella al aspecto de los dos jóvenes, no existia desde las bruscas emociones sufridas. No lo recordaba ya.

En el momento en que podia pensar que los dos hermanos confiaban en su inmovilidad, dió un salto y llegó al otro extremo de la habitacion, donde se abría la puerta de las habitaciones interiores.

El caballero la acechaba, y como era un muchacho ágil; hizo una evolucion.

Lola lo encontró entre ella y la puerta.

Lola quiso gritar, pero él le puso la mano en la boca.

—Silencio, señora, dijo al mismo tiempo el vizconde, ó ¡ay de vos!

—No me asesinareis, gritaba la marquesa forcejeando; sois hombres.

El caballero soltó la carcajada, y en este exceso de alegría su voz, que ya no engruesaba, tenia notas poco masculinas.

—Si es esa vuestra última esperanza, dijo el vizconde, siento mucho quitárosla. Vuestra escésiva modestia no os habrá permitido tal vez examinarnos bien, y yo por mi parte soy incapaz de engañaros: miradme.

El vizconde habia echado hácia atrás sus cabellos, y volvió el rostro á la lámpara.

Los brazos de Loja cayeron de pronto.

—¡Estoy loco! balbuceó: ¡Diana!

El caballero la cogió de los hombros, volviéndola hácia sí.

—A mi vez, Lola, dijo; miradme también con detención. Mi hermana es demasiado buena y pudiera ser que temblara su mano; pero yo me encuentro muy bien con este traje de hombre, y al menor grito que deis os levanto la tapa de los sesos!

—¡Elenal! murmuró la marquesa con voz apagada; ¡y no las he conocido!

Estaba entre las dos jóvenes, que tenían erguida la cabeza, y en cuyos ojos brillaba una determinación exaltada.

No había que esperar compasión.

Miraba con excesivo terror los cañones de las pistolas, que no se separaban de su cuerpo.

Dobláronsele las rodillas bajo el peso del cuerpo, y cayó desmayada real y efectivamente esta vez.

En un segundo fueron atadas sus manos y piés como los de Teresa, y cubierta su boca con un pañuelo.

—¿Dónde está la habitación de la señorita de Penhoel? preguntó Diana á Teresa.

Esta no tenía libres mas que los ojos, é indicó con la mirada una puerta que las jóvenes no tardaron en franquear.

Algunos minutos despues partia á galope el car-

ruaje que llevaba las iniciales de B M, acompañado de los dos negros.

Estaba decidido que había de ser turbado mas de una vez en la noche el sueño de los pacíficos habitantes de la calle de Santa Margarita.

En efecto, apenas se alejaba el carruaje en dirección de la Cruz Roja, cuando á los nacieses rayos del dia pudo verse á un hombre lanzarse sobre sus huellas corriendo con todas sus fuerzas.

El centinela de la prision militar había dado algunos pasos fuera de su garita.

Dudó un momento y gritó tres veces:

—¡Detente, preso!

Como el fugitivo corria cada vez mas, apoyó el soldado la culata del fusil en el hombro é hizo fuego para tranquilizar su conciencia.

Todas las ventanas de la vecindad se llenaron en un momento de gorras de dormir y de gorros de algodón.

Solo la marquesa de Urgel y su criada Teresa permanecieron con justa razon en el interior de sus habitaciones.

Al mismo tiempo salió una patrulla del cuerpo de guardia.

La causa de todo ese movimiento era la evasión del pobre Vicente de Penhoel.

Vicente había acabado de limar el hierro hácia las cinco de la mañana, pocos momentos antes que el carruaje del nabab se detuviera delante de la marquesa de Urgel.

No tenía ningún plan y contaba confiarse á la inspiración del momento cuando llegara la hora de partir.

Desde que pudo pasar la cabeza á través de los barrotes, miró y distinguió vagamente en la acera una gran masa negra.

Era el dogo de la guardia, centinela cuya vigilancia no se engaña nunca.

Vicente entró en su calabozo y formó una cuerda con sus ropas; era preciso partir. Blanca estaba al otro lado de la calle sufriendo y llamándole.

Ató la cuerda á dos barrotes sujetos en la piedra y se dejó deslizar, no hasta el suelo de la calle, sino hasta el primer piso de la prisión.

Al primer ruido se había movido la masa negra; el dogo se había levantado.

Pero no ladraba. Contentábase con gruñir como si no hubiera querido espantar á su presa.

Esperaba con la boca abierta.

Vicente veía brillar en medio de la oscuridad sus ojos con un rojo sombrío como carbones medio encendidos.

El día, que comenzaba á despuntar, no alumbraba aún el patio de la prisión; pero en la calle se distinguían ya, aunque débilmente, los objetos.

Vicente marchaba de una ventana á otra desgarrándose las manos y las rodillas, pero sosteniéndose sin perder el valor.

Mucho tiempo tardó en llegar á la puerta que

había á la calle de Santa Margarita. Esa puerta estaba situada entre dos murallas.

Vicente se echó sobre la cornisa para recobrar aliento y medir la distancia del salto que debía dar.

Dirigió una mirada en torno suyo. No había llamado la atención del centinela.

Explorando las cercanías de la prisión, apercibió el carruaje detenido enfrente de él.

El día aparecía. Veíase ya bastante para que pudiera distinguir los negros rostros del carruaje. En otro momento tal vez los hubiera reconocido al instante, porque sus fisonomías le habían chocado en la cubierta del Erebo.

Pero tenía otra cosa en que pensar. Además, antes de que hubiera podido hacer ninguna reflexión, se abrió la puerta de la marquesa para dar paso á dos jóvenes que llevaban en sus brazos una mujer enferma ó desmayada.

El alma de Vicente estaba en su mirada.

A la primera mirada reconoció á Blanca de Penhoel.

En cuanto á los jóvenes, no los había mirado.

Un ronco grito se escapó de su pecho. Sin pensar ya en tomar precaución alguna, se colgó con las dos manos de la cornisa y saltó á la calle.

El ruido del carruaje que partía, impidió al centinela oír el grito de Vicente. Pero la caída del prisionero despertó al fin su atención, y al menos demostró buena intención enviando una onza de plomo en busca del fugitivo. Vicente corría si-

guiendo las huellas del carruaje, y volví ya la esquina de la calle de Erfurth.

Ya estaba lejos de la prisión militar de la calle de San Honorato. Los caballos de Berry Mentalt corrían como el viento. Pero la pasión sostenía las fuerzas de Vicente, que luchaba en rapidez con el carruaje.

Iba perdiendo la respiración y un sudor frío brillaba en su frente.

Llamaba sin saberlo, lanzando desesperados gritos.

En el momento en que Dios le enviaba la libertad, iba á perder á Blanca para siempre.

El carruaje atravesó el puente real y siguió el canal de las Tullerías.

Vicente redoblaba sus esfuerzos, pero sentía agotarse su vigor.

Pudo aún seguir el carruaje toda la plaza de la Concordia y la calle de Gabriela; pero cuando llegó á la esquina de la avenida Marigny había desaparecido.

Continuó por un momento su rápida carrera sin objeto ni idea, y después se dejó caer sobre el frío suelo.

EL ENCUENTRO.

Roberto, Bibandier, Blas y Lola estaban reunidos en una sala de la fonda de las Cuatro Partes del Mundo, donde hemos visto al antiguo bandido tomar del honrado Graff lecciones del habla germánica.

Blas y Bibandier estaban juntos á uno de los lados de la chimenea; aparentaban estar muy abatidos. El noble baron no pensaba aquella mañana en peinar su cabellera, y el señor conde de Monteiro no se cuidaba de hacer juegos de cartas.

Al otro extremo de la chimenea estaba sentada en una butaca la marquesa de Urgel, teniendo fijas

guiendo las huellas del carruaje, y volvia ya la esquina de la calle de Erfurth.

Ya estaba lejos de la prision militar de la calle de San Honorato. Los caballos de Berry Mentalt corrian como el viento. Pero la pasion sostenia las fuerzas de Vicente, que luchaba en rapidez con el carruaje.

Iba perdiendo la respiracion y un sudor frio brillaba en su frente.

Llamaba sin saberlo, lanzando desesperados gritos.

En el momento en que Dios le enviaba la libertad, iba á perder á Blanca para siempre.

El carruaje atravesó el puente real y siguió el canal de las Tullerías.

Vicente redoblaba sus esfuerzos, pero sentia agotarse su vigor.

Pudo aún seguir el carruaje toda la plaza de la Concordia y la calle de Gabriela; pero cuando llegó á la esquina de la avenida Marigny habia desaparecido.

Continuó por un momento su rápida carrera sin objeto ni idea, y despues se dejó caer sobre el frio suelo.

EL ENCUENTRO.

Roberto, Bibandier, Blas y Lola estaban reunidos en una sala de la fonda de las Cuatro Partes del Mundo, donde hemos visto al antiguo bandido tomar del honrado Graff lecciones del habla germanica.

Blas y Bibandier estaban juntos á uno de los lados de la chimenea; aparentaban estar muy abatidos. El noble baron no pensaba aquella mañana en peinar su cabellera, y el señor conde de Monteiro no se cuidaba de hacer juegos de cartas.

Al otro extremo de la chimenea estaba sentada en una butaca la marquesa de Urgel, teniendo fijas

las miradas en el suelo. Tenia en la mano un pomo de sales de que se servia con frecuencia.

Su rostro estaba muy pálido; toda su persona conservaba huellas visibles de la emocion que la habia agitado durante la noche.

Roberto estaba tambien pálido, tal vez mas que la marquesa, pero tenia la cabeza erguida y se leia en sus ojos una sombría resolucion.

Podrian ser las nueve de la mañana.

Nuestros cuatro compañeros acababan de tener una conversacion en que amargas recriminaciones se habian cruzado en todos sentidos.

El mas maltratado habia sido el pobre Bibandier, que no sabia cómo escusar su debilidad.

Sin él no hubieran vuelto nunca á inquietar á la asociacion las dos hijas del tio Juan.

Sin embargo, habia intentado protestar su inocencia; habia afirmado bajo juramento que Diana y Elena habian bajado al fondo del agua con una piedra al cuello la noche de San Luis.

Pero la evidencia le anonadaba.

Diana y Elena vivian.

—Escuchad, dijo al fin con la emocion de un culpable que confiesa un crimen; habia bebido tanta sidra aquella noche! y luego comprendia que habian terminado mis miserias, porque haciéndome tomar parte en semejante golpe, me entregábais las llaves de vuestras arcas, y os creia tan ricos!

Cuando uno es feliz tiene naturalmente el corazon tierno; no quiero escusar el asunto, pero lo es-

plico. Al entrar en la barca no sé qué ideas se apoderaron de mí, pero es el caso que el gancho me temblaba en las manos.

Las dos estaban allí tan lindas, tan bellas!

Me dirigieron una mirada tierna y melancólica.

La barca se deslizaba por la corriente y oia el ruido de la Dama Blanca, que parecia llamar su presa. Sabeis las ideas que cruzan la imaginacion de un hombre en ese endiablado país! Yo soy algo poeta y temo bastante á los aparecidos.

Cuando era enterrador de la aldea de Glenac, ví mas de una vez por la ventana de mi cuarto á las Hijas de la Luna pasearse por debajo de los grandes árboles del cementerio.

Aquella noche á través del horrendo rumor de la Dama Blanca, oí tambien cantar á las Hijas de la Luna. Creedlo: lo juraria.

Llamaban á sus hermanas.

Yo hacia la señal de la cruz como un tonto y rezaba padres nuestros.

¡Ah, ah! hubiera querido veros allí.

Al llegar cerca de la Dama Blanca se me opri-
mió el corazon y me faltó el valor. Desaté á las chiquillas, que consiguieron ganar á nado la orilla opuesta. Despues no sé mas.

El buen Bibandier calló, omitiendo el detalle de las cincuenta piezas de seis libras ofrecidas y aceptadas.

En el momento en que introducimos al lector en la fonda de las Cuatro Partes del Mundo, estaban

ya cambiadas todas estas esplicaciones. Roberto habia confesado sin muchas restricciones lo que habia pasado entre el nabab y él.

Para disculparse pretendia que Berry Montalt habia mezclado una droga embriagadora en el licor; pero esto no implicaba para el negocio.

Lo cierto era que habia contado al nabab los acontecimientos de Penhoel, y que el velo trasparente con que habia cubierto su historia podia muy bien ser desgarrado por las dos hijas del tio Juan, que un azar diabólico ponía á disposicion del nabab.

¿Por qué cadena de circunstancias habia tenido lugar esa estraña reunion? Eso es lo que nadie podia decirse aún.

Además, poco importaba.

Sabiase, en fin, para colmo de desgracia, que Blanca habia escapado de la vigilancia de Lola.

Los dos demonios de Penhoel, como en otra época llamaban á Elena y Diana, demostraban ya su presencia.

No era difícil adivinar que habian puesto á Blanca bajo la proteccion del nabab.

¿Y qué hacer entonces? La partida parecia comprometida de tal manera, que les ocurrió á todas la idea de huir.

Aun no era muy tarde, y suponiendo que Berry Montalt tomase bajo su proteccion los intereses de la familia de Penhoel, no habia tenido aún tiempo de dar parte á la policia; las puertas estaban abier-

tas, y una buena silla de posta con buenos caballos podia zanjar de una vez todas las dificultades.

Pero Roberto de Blois tenia una estraña naturaleza de bribon; no conocia la debilidad mas que en las horas de su apogeo. Cuando se embrollaban las cartas, cuando nacia las dificultades, aumentándose de pronto para impedirle el paso, despertaba; no era el mismo hombre; acudiale el valor, y el vulgar ratero se elevaba á la altura de los héroes mas valientes de los tribunales.

No queria huir; pretendia ver claros todos los peligros que oscurecian el horizonte; contentábase con el dinero guardado en el bolsillo, y se preparaba para recomenzar la partida.

¿En suma, qué habia? la probabilidad de un adversario mas: ¿qué podria decirse si este adversario se hacia un amigo en circunstancias dadas?

¿Era forzoso renunciar á toda esperanza? La lucha era posible, y al enemigo que no queria reconciliarse era necesario perderlo.

Al pronto parecia por demás formidable la liga del nabab con los Penhoel; ¿pero era acaso real?

¿Cuántas mujeres se habian extraviado en ese voluptuoso gabinete en que Blas y Bibandier habian visto á las hijas del tio Juan!

La marquesa de Urgel podia dar su opinion; allí no se entraba mas que una vez. Lola, tan bella y tan maestra en el arte de seducir, no habia podido nunca trasponer su dintel.

Habia en las fantasias amorosas del nabab un

elemento de desden tan amargo y profundo, que la esperanza y el temor fundados sobre esa base eran igualmente locos.

Tal vez á aquellas horas estuviesen ya fuera del palacio las hijas del tío Juan, y el grave Mr. Smith en busca de alguna nueva huri.

Admitido una vez este caso probable, perdían las jóvenes las tres cuartas partes de su fuerza. No eran otra cosa que dos pobres niñas aisladas en Paris y mas fáciles de perder allí que en el mismo fondo de la Bretaña.

Hacia mucho tiempo que Roberto, gracias á la marquesa de Urgel, conocia la morada de los demás miembros de la familia Penhoel.

Lola, como ya lo hemos dicho, vivia á algunos pasos de la pobre casa en que René, la Señora y el tío Juan se morian en la mas completa miseria. Roberto conocia perfectamente su estado, y esto le prestaba un argumento perentorio.

En efecto, era manifiesto que á lo menos esa parte de la familia Penhoel escapaba á la accion del nabab; Penhoel, su mujer y el tío Juan estaban perdidos en ese agujero.

Lola y Roberto ignoraban que Diana y Elena habian habitado justamente la misma casa que los antiguos dueños de Penhoel. Desde su llegada á Paris salian las dos jóvenes por la mañana y no volvian á su casa hasta la noche; así pues, no las conocia nadie en el barrio.

Blas y Bibandier tenian en los talentos de Ro-

berto una confianza que su contratiempo de la víspera no habia bastado á quitar; por lo que hace á Lola, pertenecia á Roberto, que la habia formado y dirigido.

A pesar de las recriminaciones y quejas, el Americano permanecia el jefe de la cuadrilla y se esperaban sus palabras para saber con precision lo que era forzoso esperar ó temer.

Aun no se habia explicado y continuaba silenciosamente su paseo.

Cuando al fin se detuvo delante de la chimenea prestaron todos la mayor atencion.

—Estamos locos, dijo en voz baja y como hablando consigo mismo; queremos andar haciendo los diplomáticos cuando el buen sentido hubiera debido aconsejarnos que era preciso terminar de una vez.... Estos medios salen bien á veces, pero exigen mucho tiempo, y apenas contamos con seis dias, de que es preciso descontar tres para viajes.

—¿Piensas aún en Penhoel? dijo Blas.

—¡Cómo qué! ¡si pienso!... exclamó Roberto; ¡allí es donde hemos gastado nuestros mejores años!... aquel es el dominio conquistado por nuestro trabajo; se nos ha despojado, robado, vendido, y preguntas si pienso en volver á ver nuestra herencia!....

—Es que, murmuró Blas, nuestra posicion desde ayer....

—Nuestra posicion es mejor; vamos á perdernos

por tantas precauciones; el azar ó mi imprudencia, como queráis, ha precipitado las cosas y nos obliga á jugar el todo por el todo; así es como me gustan á mí los negocios.... ¡con obstáculos!

Apoyóse en la chimenea con la espalda vuelta al fuego y las manos cruzadas sobre los bolsillos de su frac. Su cabeza pálida estaba erguida; sus miradas despedían fuego; hubiérase reconocido en él al audaz tunante que llegó á la posada de Redon marchando á la conquista de una fortuna sin otras armas que su audacia.

Blas y Bibandier conocían que iban recobrando el valor.

—Ayer, prosiguió el Americano, os burlásteis de mis cálculos algebráicos y teníais razon, hijos míos.... Mi desquite ha hecho fiasco; el nabab es mas fuerte de lo que yo creía; tanto peor para él; en lugar de quedarse sin algunos miles de francos, se quedará sin toda su fortuna.... lo que es más lógico y mas franco.

Bibandier movió la cabeza.

—Cuando se trata de hablar.... comenzó.

—Cállate, interrumpió el Americano; se te perdona el asunto de las muchachas.... pero con la condicion de que desde ahora guardarás el respeto conveniente á los que valen mas que tú.... Veamos, hijos míos; ¿hemos hecho ayer nuestro deber? El Zalameró conoce algo las vueltas del palacio.

—Así, así.... replicó Blas; en cada puerta se encontraba uno de esos cipayos.

—Y tú, baron, ¿sabes la pista de los millones?

Bibandier respondió:

—Estaba allí esa endiablada mujer que se colgó de mi brazo, y que no lo hubiera soltado ni á cañonazos.

—¿Hablais de la caja de diamantes? preguntó Lola.

Todos se volvieron hácia ella, interrogándola con la vista.

—¿Sabéis?.... comenzó Roberto.

—Sé, replicó la marquesa, que ordinariamente la lleva consigo.... cuando así no sucede, está la caja bajo llave en un pequeño mueble de palo-santo, situado al pié de su cama.

—¿Y cómo se llega á su alcoba?

Lola tomó una hoja de papel blanco y un lápiz, y con cinco ó seis rayas trazó una especie de plano grosero figurando el primer piso del palacio de Montalt.

Nuestros tres caballeros se habían levantado y la rodeaban, siguiendo su trabajo con ávidas miradas.

Al acabar entreabrió un criado las puertas del salon.

—Una carta urgente para el señor caballero de Las Matas, dijo.

El Americano miró el sobre; no conocía la letra y tuvo que romper el lema.

A las primeras líneas leídas se sonrió, y luego su fisonomía espresó repentinamente la incertidumbre y la duda.

El billete estaba concebido en estos términos:

“Berry Montalt ofrece sus cumplimientos al señor caballero de Las Matas, y le suplica fije la hora de una cita hoy por la mañana.”

¿Era un lazo?

Roberto despidió al criado con un gesto y pasó la carta á Blas.

—¿Qué vas á hacer? preguntó éste.

—Yo, dijo Bibandier, no iría.

El Americano guardó silencio. Apoyó los codos en el mármol de la chimenea y escondió la cabeza entre las manos.

Al cabo de algunos minutos levantó los ojos hácia Lola, que habia recobrado su apariencia de frialdad indiferente.

—¿Está la habitacion bien guardada? preguntó siguiendo las líneas del plano.

—El palacio está lleno de criados, respondió Lola, y los dos negros son tan vigilantes como perros de guarda.

—¿Cuando sale el nabab, prosiguió el Americano, le acompañan los negros?

—Siempre.

Roberto se frotó la frente como un hombre que reflexiona profundamente.

—Puede hacerse, murmuró; he conocido los tiem-

pos en que el Zalamero era un muchacho determinado.

—Al menos será preciso saber... dijo éste.

—Ya hablaremos, compañero; habrá trabajo para todos, hasta para nuestra Lola, que estoy muy seguro no desecha de su memoria á Eduardo y Leon de Saint-Remy.

La marquesa, cuyas mejillas se habian reanimado un poco, se puso pálida al oír pronunciar esos dos nombres.

Estrujó las mangas de encaje que cubrian sus hermosos brazos y mostró dos marcas azules que rodeaban el nacimiento de su brazo.

Las ligaduras la habian herido cruelmente y su orgullo lo estaba mucho mas aún.

Brillaron sus ojos de una manera feroz y su boca sonrió amargamente.

—He aquí una manita, dijo Roberto, que vale ahora mucho mas que el ancho pié de Bibandier; como nuestra Lola tuviese una vez en su poder á Elena y Diana de Penhoel.....

—¿Creo que las mataría! interrumpió la marquesa con voz sorda.

Roberto se frotó las manos.

—El hecho es que os han tratado indignamente, prosiguió; ¡pero paciencia! ¡ya os las entregaremos atadas de piés y manos! ¡Ah! ¡vuelven á atacarnos otra vez! Para acabar con ciertos obstáculos es mejor Paris que Bretaña.

Y fué á tomar del divan su sombrero, que atusó con la manga.

—No sé, prosiguió con tono de forzada ó verdadera alegría; pero se me figura que tengo una idea que va á facilitar el desenlace de la comedia. Ahora son las diez y el círculo de los extranjeros no se abre hasta las once; tenemos tiempo.

Tendió la mano á Lola.

—Hija mia, vais á subir al carruaje y trasladaros á la casa del pequeño Pontalés. Es preciso que se encuentre en el círculo á las once. Allí estará también el nabab y debe retarle á un duelo.

—Pero.... dijo Lola.

—Pontalés os ama como un loco, y vos arreglaréis el asunto. ¿Estamos convenidos?

—Nosotros por nuestra parte, prosiguió Roberto, tenemos á esos enamorados Enrique y Roger.

—En cuanto á esos, dijo Blas, por lo que ayer les he visto hacer, respondo de ellos.

—Eres un buen muchacho y has dado un golpe maestro! Yo voy á proporcionarle un adversario que estoy seguro tira las armas como el difunto Saint-Georges.

Después de esto me encargo de nuestro amigo Penhoel, á quien me obligo á volver mas manso que un cordero; tal vez vaya al palacio Montalt. En fin, que vaya ó no, hijos míos, valor; aun no está perdida la partida! De aquí á mañana tenemos tiempo, y os prometo que pasado mañana á esta

misma hora correremos en una buena silla de postas por el camino de Bretaña!

Franqueó la puerta y desapareció. Lola salió á su vez para ejecutar su promesa.

Su empresa no era de las mas difíciles: el jóven Pontalés se dejaba dominar por ella completamente y la amaba con una pasión excesiva. Desde que habia abandonado la Bretaña por seguirla, habia aumentado su cariño, y á pesar de que conociese el pasado de Lola mejor que nadie, se cegaba con placer, y hasta no estaba lejos de creer sinceramente que poseía las gracias de una gran señora.

Solos ya el Zalamero y Bibandier, pidieron el almuerzo; sentíanse animados, y sin embargo de que les era desconocido el plan de Roberto, tenían confianza en él.

Esta confianza la hubieran perdido tal vez si hubiesen podido ver en aquel momento la silenciosa fisonomía de su compañero.

Roberto, que habia cesado de fingir tan luego como se habia apartado de su presencia, seguia ahora en efecto la calle de San Honorato con la cabeza baja y el aire desanimado.

Habia hecho como esos generales intrépidos que reaniman á todo trance el valor de sus soldados para la última batalla, pero que no esperan conseguir la victoria.

No era que creyese él que estaba sin recursos; únicamente su partida, que parecia tan segura la víspera, se habia deshecho en una noche; en lu-

gar de jugar un juego tranquilo y seguro, le era preciso recurrir á los medios violentos y espuestos; le era forzoso pagar con su persona, y Roberto no era hombre que gustaba del peligro.

Habia aparentado delante de sus acólitos tener un plan dispuesto y trazar una línea de conducta. Ahora que no tenia que responder mas que á las preguntas de su propia conciencia, se confesaba su turbacion y embarazo.

Ideas vagas se cruzaban por su imaginacion; entreveia el medio de empeñar la lucha, pero tenia tantas probabilidades en contra suya!

Y la derrota debia ser la pérdida de toda esperanza.

Despues de años de trabajos y penas le ponía la casualidad en equilibrio sobre el borde de un precipicio; no habia medio de retroceder: mas allá del abismo estaba la fortuna.

Pero era preciso saltarlo.

Y si le faltaba el pié se rodaba al fondo, donde amenazaba el tribunal.

El Americano sin saberlo se dirigia tal vez al palacio del nabab.

Por el camino trabajaba en coordinar sus ideas y ver claro entre las dificultades de su situacion.

Una ó dos veces se preguntó si no seria lo mas prudente abandonar la Francia. Pero hacia muchos años que alimentaba un proyecto que habia llegado á serle muy querido; miraba los bienes de Penhoel como si fueran sus propios dominios. Se-

gun él, lo habia despojado injustamente Pontalés. Era una naturaleza obstinada en sus designios. La idea de romper una trama casi completamente tejida y comenzar una empresa nueva, lo anonadaba. Profesaba un cariño que no podemos describir á aquellos bienes, que consideraba como suyos.

Penhoel, el patrimonio conquistado, el dulce y tranquilo reposo ganado con tantos combates y cuidados!

Desde su llegada á Bretaña no habia cambiado. Sus sueños eran siempre la pacífica vida del propietario, los honores politicos y la gloria de la comarca.

Es una cosa estraña, pero muy cierta: los ladrones de todos grados son seducidos por el pensamiento de esta trasformacion. Sonríen á la idea de retirarse de los negocios, ni mas ni menos que los abogados ó mercaderes.

Despues del trabajo, honrado ó no, el reposo. Hay muchas maneras de hacerse una fortuna, como se dice, y cada uno acaricia la idea de obtener su retiro.

Una vez rico se hace hombre honrado; se corona la vida de rapiñas con toda especie de acciones meritorias; se sabe que el mundo, siempre cómplice, prodiga á esos diablos que se han hecho ermitaños en la vejez, su venal estimacion y sus respetos de azar.

¡Penhoel! ¡Penhoel! el país bueno, los campos fér-

tiles, el lindo castillo, las aguas, los pescados, los bosques poblados de caza!

¡Es tan dulce la venganza! ¡Qué placer el de tomar la revancha del viejo Pontalés!

En todo esto tal vez había un lado pueril, pero era una pasión real, y la pasión por no poderse discutir es acaso menos irresistible.

Además, entre los contratiempos recientemente experimentados, el que hería á Roberto en la parte más sensible era el robo de Blanca. Blanca era para él una legitimación de su derecho á la herencia de Penhoel: el débil carácter de la niña le era bastante conocido para no hacer entrar en sus cálculos la posibilidad de una resistencia eficaz.

Ahora que la había perdido, no recordaba que aquel proyecto de alianza estaba subordinado á las probabilidades de la vuelta del tío de América: lloraba á Blanca, y suponiendo que hubiese permanecido ó no pura, le abría siempre la puerta del castillo.

Y en el trabajo mental que en aquel momento hacía, lo que procuraba reemplazar era Blanca.

Para esto no había más que el mismo René de Penhoel.

Peró para servirse de René de un modo útil, la primera cosa que era preciso poseer, era la suma con que recuperar el castillo.

Roberto se ingeniaba. Después se atravesaba repentinamente á las combinaciones del porvenir el peligro presente.

El nabab estaba delante de él, fuerte y armado con sus millones.

¿Era posible atraerle, ó se le debía combatir como un enemigo irreconciliable?

Esta era la mayor perplejidad de Roberto. Tan pronto tenía deseos de corresponder á la invitación de Berry Montalt y comenzar con él una lucha de destreza, como retrocedía vencido, porque veía entre el nabab y él las sonrisas enemigas y burlonas de las dos hijas del tío Juan.

Su frente pálida se coloreaba entonces de cólera y se crispaban sus dedos convulsamente, mientras que una idea de sangre atravesaba su imaginación.

Ellas eran las dos jóvenes odiadas, las que habían suscitado todos los obstáculos en su camino! El odio que les profesaba no era aquel odio de comedia que tenía hácia el anciano Pontalés; era la aversión trágica á que es preciso la muerte.

Tal vez las temía, y ese temor adquiría sin embargo en su espíritu escéptico un carácter casi supersticioso.

El resultado de estas reflexiones fué que había peligro en poner los piés en casa del nabab, cuya invitación ocultaba tal vez una emboscada.

Una vez convencido de esto, era preciso volver hácia otro lado.

Roberto entró en casa de un escribiente y pidió recado de escribir.

Reflexionó durante algunos segundos, y después corrió su pluma sobre el papel.

La carta era para el anciano Juan de Penhoel. Roberto conocía perfectamente al tío de las albarcas; sabía por dónde atacarle. Su billete, trazado en dos minutos, era una obra maestra de concisión y destreza. A la lectura de esas líneas debía hervir la sangre de Penhoel en las venas del tío Juan.

El buen hombre, á pesar de su apariencia tosca, era buen espada.

Roberto cerró de prisa la carta, entregándosela á un mozo de esquina.

—¿Quereis llevar esto al número.... de la calle de Santa Margarita? dijo; subireis sin decir nada al portero hasta el último piso de la casa. Observando bien encontrareis la puerta de un desvan donde habita una pobre familia.... Allí preguntareis por Mr. Juan; si no está conservareis la carta; si Mr. Juan está os preguntará despues de haberla leído.... y le respondereis que este billete os ha sido entregado en la calle por dos jóvenes muy lindas, vestidas con jubones de lana rayada y cofias blancas.

El mozo de esquina levantó los ojos hácia Roberto.

—Eso es mucho trabajo, dijo.

Roberto le puso en la mano una moneda de cinco francos.

—Encontrad todos los dias lo mismo, buen hombre, le contestó, y podreis hacer algunas economías

para la vejez. Andad pronto. Se trata de una buena obra, y ya sabeis que la caridad se oculta.

El mozo no preguntaba tanto; guardó en el bolsillo la moneda y echó á correr mas ligero que una liebre.

Roberto en lugar de continuar su camino hácia el palacio del nabab, siguió á la aventura una de las calles que conducian á los Campos Eliseos.

Quería establecer en una hora la balanza de su situacion y volver despues á buscar á sus acólitos, llevándoles un plan completo y trazado.

A aquellas horas de la mañana hacia frio; los Campos Eliseos estaban desiertos; el Americano no podia escoger un sitio mas propio á sus meditaciones.

Así pues, se regocijaba su corazon cuando se encontró en medio de una plazoleta solitaria un objeto inesperado de distraccion.

Era un pobre diablo vestido con el traje de los presos militares, que dormia acostado cerca de un árbol, ó que al menos aparentaba dormir con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos amordadas de frio sobre la yerba mojada.

El Americano no tenia ningun deseo de ver la fisonomía de aquel hombre, y sin embargo, por un movimiento maquinal se inclinó al pasar á su lado.

Lo reconoció al momento.

—¡Vicente de Penhoel! murmuró con admiracion.

Despues vagó una sonrisa por sus labios.

Esta es la ocasión de renovar las amistades, se dijo tomando la fría mano del jóven.

Al primer contacto despertó Vicente sobresaltado, poniéndose en pié de un salto; hacia muchas noches que el pobre muchacho no habia cerrado los ojos. Al despuntar el día, despues de la desesperada carrera que habia dado, se habia arrastrado hasta allí para evitar las miradas, y le habia vencido la fatiga.

Su primer movimiento fué huir, porque conservaba un vago recuerdo de los acontecimientos de la noche y creyó que iban á arrestarlo.

Pero sus piernas estaban transidas de frío y apenas si tuvo fuerzas para retroceder algunos pasos.

Roberto se adelantó hácia él, tendiéndole la mano con bondad.

—Pardiez, Mr. de Penhoel, dijo, no me esperaba tener tan feliz encuentro. Pero ¿por qué apareceis tan asustado? ¿No me reconocéis?

—¡Mr. de Blois! balbuceó Vicente.

No se apresuraba á aceptar la mano que se le ofrecía, pero su mirada no espresaba tampoco una repugnancia muy decidida.

En efecto, Vicente ignoraba la parte que este hombre habia tenido en la ruina de los Penhoel. Una noche, si lo recuerda bien el lector, habia atravesado el paso de Port-Corbeau el hijo del tío Juan y llegado á la cabaña de Benito Haligan.

Allí se le habia dicho: René de Penhoel, la Se-

ñora y tu padre han sido echados del castillo; tus hermanas han muerto; Blanca ha sido robada.

Habia vuelto á partir como un loco.

Desde entonces no habia oido pronunciar una sola vez el nombre de Penhoel.

Habia reflexionado con frecuencia, ya poniendo en duda las palabras del anciano Benito, ya preguntándose si se habia consumado la ruina de Penhoel.

La idea de Roberto de Blois acudia entonces á su imaginacion porque se acordaba de haber experimentado hácia ese hombre una repugnancia instintiva. Pero otra imágen se presentaba tambien pronta á su imaginacion y dejaba á Roberto en segundo término.

—¿Rehusais tomar mi mano, señor de Penhoel? dijo abandonando su sonrisa. ¿Despues de tanto tiempo recordais las insignificantes discusiones que hayamos podido tener en Bretaña? Mucho lo sentiria, caballero, porque he conservado hácia vuestra familia un reconocimiento sincero. Si me fuera permitido hablar así, diria que creo habérselo probado hasta cierto punto, y al hallaros aquí en una situacion que no me esplico, tenia la esperanza de proporcionarme la ocasion de haceros un favor.

Vicente bajó los ojos y guardó silencio.

—Señor de Penhoel, prosiguió Roberto, no tengo que pedir os cuenta alguna. Me habeis visto en otra ocasion en una posicion difícil y obligado á aceptar una hospitalidad que se ha prolongado por

demasiado tiempo. Esa hospitalidad ha sido pagada despues, y quisiera convencersos de que teneis en mí un amigo.

Vicente levantó la cabeza y le miró de frente.

—Sé una parte de lo que ha sucedido, dijo; he visto á Blanca de Penhoel en compañía de esa mujer que llevásteis al castillo para usurpar el puesto de la Señora.

—¿Lola? exclamó Roberto moviendo la cabeza. Puesto que me hablais así, Mr. Vicente, es preciso que no sepais mas que una parte muy débil de los acontecimientos que han arruinado á vuestra familia. Lola, ¡á quien yo amaba tanto! porque aunque me cuesta rubor el decirlo, la amaba! Lola se ha vuelto contra nosotros, y se ha hecho la querida del hijo de Pontalés.

—¿Y el hijo de Pontalés no tenia sus miradas fijas en mi prima Blanca? preguntó Vicente palideciendo.

El Americano aparentó admirarse.

—¿No sabeis que fué él quien la robó? murmuró.

—Pero entonces... comenzó Vicente, cuyos labios temblaban de cólera.

—¿Qué se yo? interrumpió Roberto acercándose al jóven, que esta vez no se alejaba; bien lo sabeis; como amaba tanto á Lola no he querido ver y nada he visto. He considerado con espanto, Mr. Vicente, la perversidad de esa mujer. Forzoso es decirlo; siendo la querida de Alain de Pontalés le ha ayudado á robar á vuestra prima.

Vicente escuchaba con aire sombrío.

—Hace ahora dos meses, prosiguió Roberto, como entregándose á sus recuerdos, que tuvo lugar la catástrofe. Pontalés nos echó á todos del castillo, señores y huéspedes. Vuestro tío René no poseia ya nada; yo por el contrario, he recibido por la voluntad de Dios algunos fondos de mi país, y me considero muy feliz habiendo podido facilitar á mi pobre amigo una parte de lo que conmigo habia gastado. Gracias á mis pobres recursos, evitan René de Penhoel, su noble esposa y vuestro padre, los efectos de la miseria, esperando dias mas felices.

El Americano pronunció estas últimas palabras con acento de verdadera emocion.

Enlazó su brazo con el de Vicente, que no opuso la menor resistencia.

—Pero vos, prosiguió, tendreis que decirme algo: hablad. ¿Por qué llevais ese uniforme que no es el de la marina, y os encontrais en este lugar?

En el momento en que iba á responder Vicente, se dirigieron sus miradas hácia la gran avenida de la Estrella, por donde pasaba una patrulla seguida de lejos por algunos gendarmes.

Dejó precipitadamente el brazo de Roberto para esconderse detrás de un árbol.

El Americano hizo un movimiento. Afectando apereibirse por la primera vez de un hecho que el traje de Vicente le habia revelado desde el principio de su entrevista, desabrochó su rico gaban de

invierno y se lo quitó vivamente, presentándosele al jóven.

En semejantes instantes no habia cumplimientos. Nuestro fugitivo se puso la ancha levita, bajo la cual se encontraba cubierto su uniforme de preso.

—Semejante servicio hace olvidar muchas cosas, Mr. de Blois, dijo: os lo agradezco de todo corazón.

Y se apretaron la mano con efusion mútua.

Los soldados pasaron cerca de ellos sin apercibirlos.

—Me queda por deciros, prosiguió Roberto, que vuestra familia y yo hemos hecho cuanto ha sido posible por hallar á vuestra prima Blanca.

—¡Yo la he encontrado! dijo Vicente.

—¿De veras?

—Para volverla á perder.

Vicente refirió en pocas palabras su evasión de la mañana y el nuevo rapto cometido en la persona de Blanca.

Al escucharle parecia reflexionar profundamente Roberto.

Representaba al natural el papel de un hombre que no tiene la menor idea de lo que se le cuenta.

—Esta vez no puede ser Pontalés, murmuró despues que hubo terminado Vicente; ¿estais seguro de que dentro del carruaje no habia alguna mujer?

—Habia dos hombres jóvenes.

—¡Dos jóvenes! repitió el Americano, ¡dos hom-

bres jóvenes! ¿Y no habeis advertido algun otro indicio?

Vicente recurrió á su memoria.

—¡Esperad! exclamó. En el coche iban tambien dos negros.

—¡Oh! dijo Roberto.

Luego añadió estrechando la mano del jóven:

—¿Y qué direccion tomó el carruaje?

—Lo he perdido de vista allá abajo, dijo Vicente señalando con el dedo la esquina de la avenida de Marigny.

—¡Eso es! exclamó Roberto.

—¡Cómo! dijo Vicente, que apenas respiraba, sabreis....

—¿Me parece que en otra época érais muy fuerte en la esgrima, Mr. Vicente? dijo Roberto en lugar de responder.

—Mi prision, replicó el jóven, proviene de que maté en desafio en Madera á uno de esos fanfarrones de la marina francesa.

—Tanto mejor, porque la justicia es muy lenta. Y cuando se trata de una niña, de una niña robada.... Al menos Pontalés la queria hacer su mujer, mientras que ese hombre....

—Escuchad, dijo Vicente, cuyos ojos despedían fuego, y que hablaba de prisa y con los dientes apretados; si me poneis delante de ese hombre, os miraré como mi mejor amigo.

Roberto sacó su reloj, que señalaba las once.

—Venid, pues, Mr. Vicente, exclamó, y Dios os ayude!

Pasó el dorso de su mano por la frente.

—¿Sé yo lo que Dios me envía? prosiguió con acento de tristeza y de duda.

Desde ayer se acrecientan los recuerdos en mi memoria. El pasado toma una forma y surge ante mis ojos incrédulos. Mi corazón dormía. ¿Va á despertarse para sufrir nuevas torturas?

Se levantó bruscamente. El frío adquirido durante el sueño se deslizó rápido como el rayo por sus venas, haciéndole estremecer.

—No quiero sufrir mas, dijo. No quiero creer mas. ¡Oh! la casualidad ha querido traerme el eco de mis pasadas esperanzas; mi corazón está muerto.

Y miró por toda la habitación, murmurando como á pesar suyo:

—¿Pero dónde han ido? Esto no puede ser un sueño. He visto sus largos cabellos bajo la blanca tela de sus cofias bretonas. He oído sus dulces voces, cuyo acento me rejuvenecía como á los veinte años. He aún aquí el arpa en medio de la habitación; ¿dónde están?

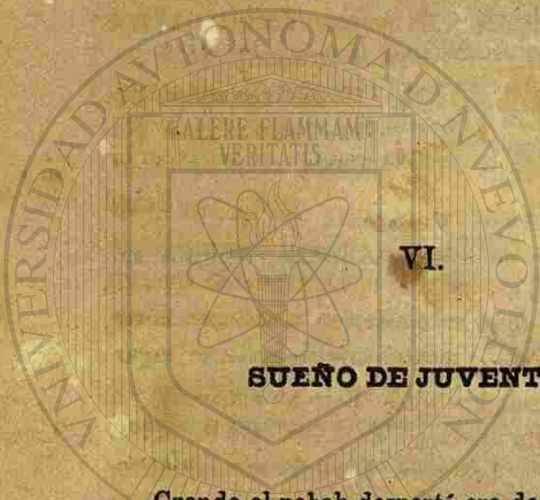
Volvióse hácia la puerta de la estancia vecina y llamó dulcemente:

—¡Bertal! ¡Luisa!

Eran los nombres que las jóvenes se habían dado.

Nadie respondió.

El nabab esperó durante un instante; sus ojos, fijos en la puerta del gabinete de trajes, donde sin duda esperaba ver aparecer las sonrientes fisono-



VI.

SUEÑO DE JUVENTUD.

Cuando el nabab despertó era de noche. La costumbre abreviaba para él los efectos del opio.

Tenia frío. Se levantó lentamente y dirigió en torno suyo una mirada.

El gabinete estaba desierto.

Hubiérase dicho que Montalt procuraba encontrar las ilusiones de un sueño desvanecido.

—¡Estaban aquí! murmuró, cuando he cerrado los ojos vencido por el opio; he sentido mucho tiempo sus manos entre las mias, y á través de mis párpados cerrados me parecía aún que las veía sonreír.

mías de las pequeñas cantoras, tenían una expresión tierna y cariñosa.

Nadie apareció en el dintel.

Montalt dió dos ó tres pasos hácia ese lado como si una mano invisible le impeliera hácia las jóvenes. Despues se detuvo repentinamente en medio del gabinete y cambió la expresión de su fisonomía.

Una amarga sonrisa acudió á sus labios, mientras que se arrugaba su frente.

—¡Qué loco soy! dijo en alta voz. ¡Miserable loco! ¡Son mujeres! ¿No he sufrido ya bastante?

Y se volvió con un movimiento brusco hácia la otra puerta, donde ordinariamente velaban los negros.

—¡Seidl! ¡Obbah!

Nada.

Era la primera vez que los negros dejaban de responder á su voz.

Pero Berry Montalt estaba hecho de tal manera, que las circunstancias de la vida no le llamaban la atención. En lugar de admirarse é indagar la causa de ese abandono inesplicable, atravesó el corredor y llegó á su alcoba.

Echóse vestido sobre el lecho, huyendo la fatiga inútil de sus reflexiones é implorando de nuevo el sueño.

Este no quería acudir. En ciertos momentos caía en una especie de adormecimiento pesado; pero su agitación, luchando contra los últimos efectos del opio, rodeaba la cabecera de su cama de fantasmas.

Veía las cosas y los hombres ausentes desde los días de su juventud.

Había sido su vida el sueño, y era el sueño la realidad.

Cada vez que cerraba los ojos acudían á sonreírle las fisonomías de otra época. Veía el paisaje agreste que había amado de niño. Se perdía en los conocidos senderos, y se detenía á la sombra del añoso árbol cuya fiel corteza había conservado una cifra grabada por su propia mano.

Eran las tranquilas aguas de un gran lago, en medio de las cuales subían meciéndose blancos vapores. Los sauces lloraban á la orilla del agua, que arrastraba sus quejosas ramas. El sol se ocultaba pálido tras los altos castaños.

Y por ese largo y sombrío sendero que descendía la montaña, avanzaba á pasos lentos una joven.

¡Qué bella era y qué dulce candor coronaba su rostro de virgen!

Los últimos rayos del sol parecían jugar con amor en las sedosas y largas masas de sus rubios cabellos.

Sonreía sola consigo misma; su cabeza se inclinaba sobre la margarita de los campos, que su mano fina y blanca deshojaba con lentitud.

Montalt la esperaba. Preguntaba á la florecilla: ¿Me ama poco, me ama mucho?

Y según lo que contestaba la flor, radiaba la sonrisa de la joven, ó se velaban de lágrimas sus hermosos ojos azules.

Montalt daba vueltas sobre la almohada, que le abrasaba. Un nombre iba á espirar en sus lábios.

Luego alguna voz misteriosa se elevaba en medio del silencio y modulaba sencillamente las notas de un canto rústico.

Esa dulce cancion de las Hijas de la Luna con que las dos niñas habian mecido su primer sueño.

Montalt escuchaba á pesar suyo aquella melodía, en que habia felicidad y lágrimas.

El sol se habia ocultado tras los castaños. La noche estendia su azulado manto tachonado de estrellas. La cancion de los pastores moria en lontananza. ¿Dónde estaba la niña rubia?

En la cima de la colina habia un jardín, el jardín de un noble castillo. La noche era mas negra bajo las torrecillas, donde la yedra y la clemátida enlazaban sus follajes protectores.

Apenas se distinguia una forma blanca sentada en el banco de césped.

La niña dormia.

Berry Montalt sentia detenerse su respiracion en la garganta, y gruesas gotas de sudor surcaban sus ardientes sienes.

En ese sueño, que tenia ya medio de cierto, se le veia entrar sin ruido en la torrecilla; sentábase junto á la jóven, cuyos rosados lábios se entreabrian como para pedir un beso.

Inclinábase su cabeza; su boca respiraba un aliento perfumado. Sentíase embriagado y comenzaba á perder la razon.

Tenia deseos de despertarse, porque esa felicidad era peor que la tortura mas cruel. Pero el sueño era cada vez mas implacable.

Sin embargo, las dos bocas se unian en la sombra; un débil grito se oía en la torrecilla y Montalt emprendia la fuga con la muerte en el corazon.

Levantóse del lecho pálido, anhelante, estenuado de fatiga.

La luz entraba ya en su alcoba á través de las colgaduras.

Agitó una campanilla colocada sobre la mesa de noche. Los dos negros aparecieron á la vez.

Montalt se puso entre sus manos y sufrió sin decir una palabra los cuidados que diariamente le prodigaban.

No les pidió cuenta de su ausencia nocturna.

Terminado su tocador, los despidió con un gesto.

Huíéranse hallado en la hermosa regularidad de sus facciones las huellas de la fatiga reciente, porque esa noche habia estado para él llena de sacudidas terribles; pero aparte de la palidez de su frente y de la línea azul que sombreaba sus párpados, no mostraba la menor emocion su severo y frío rostro.

Durante mas de media hora se paseó por la habitacion; luego abrió la ventana para hacer respirar á su pecho oprimido y abrasado, el fresco aire de las mañanas de otoño.

La ventana se abria sobre el jardín. La mirada

de Montalt se fijó en aquella gruta en que la vispera por la noche le había referido Roberto la historia de la familia bretona arruinada y perdida por una lenta traicion.

Retiróse violentamente hácia atrás y cerró con brusco movimiento las hojas de la ventana.

Su frente se había cubierto de una nube mas sombría.

—¡Si creyera! murmuró.

No terminó su pensamiento, pero enlazó las manos, levantando los ojos al cielo.

Atravesó la habitacion y fué á caer en un sillón detrás de su lecho, junto á un pequeño mueble que encerraba la caja de sándalo con la cubierta de diamantes.

Introdujo la llave en la cerradura y tomó la caja, que durante muchos minutos tuvo en su mano como si no se hubiera atrevido á abrirla.

En ese momento sus alteradas facciones pintaban emociones contrarias é indefinibles.

—¡Si creyera! repitió oprimiéndose la frente con las manos.

Se levantó, paseándose de nuevo por la habitacion, pero esta vez á grandes pasos y con una agitacion quo no trataba de reprimir.

Al andar murmuraba:

—Es preciso que sepa.... ¿tendré tal vez que arrepentirme?..... ¡Si mi corazón no estuviese muerto!....

Dirigióse repentinamente hácia un bufete y trazó con rapidez algunas líneas sobre el papel.

Era una carta; en el sobre se leía:

“Al señor caballero de Las Matas, fonda de las Cuatro Partes del Mundo.”

—Haz que lleven esto á su destino, dijo á Seid, que había acudido al ruido de la campanilla. Que digan al caballero que le aguardo aquí á las once.

Seid salió.

El nabab permaneció con los codos apoyados en el secreto.

—¡Necesito esa carta! murmuró despues de un momento de silencio. Si ese hombre no ha mentido, debe haberla conservado para servirse de ella cuando le sea preciso. La necesito. Aun cuando debiera pagarla á peso de oro la quiero.

Y miró la péndola, que señalaba las diez.

Luego prosiguió, recostándose en el sillón:

—¿Vendrá? ¿Existirá esa carta? ¿Será todo una pura mentira?

Calló, permaneciendo con los ojos fijos en la péndola y siguiendo la lenta marcha de la aguja.

Durante una hora no pronunció una palabra, y su rostro, que se había puesto inmóvil, no descubría lo que pasaba en su interior.

Sin embargo, un mundo de ideas ocupaba su imaginacion. El arrepentimiento estaba en el fondo de su conciencia, pero por otra parte se verificaba en él una reaccion lenta y fuerte contra las emociones sentidas hacia algunas horas.

Quería persuadirse de que en él no había vergüenza ni piedad, y la esclavitud en que tenía su conciencia iba en ayuda suya, teniendo sinceramente lástima de su debilidad.

Cuando acudía á través de su meditacion la idea de las dos jóvenes que la casualidad habia atravesado en su camino, la rechazaba con impaciencia y cólera.

Mas de una vez estuvo para llamar á Seid y pedirle noticias suyas, pero se contuvo.

¿Qué le importaban aquellas niñas? ¿Por qué prolongar la loca comedia de la víspera?

Hablábase á sí, buscando términos de desprecio para caracterizar su conducta; pero la impresion producida por las dos pobres bretonas habia sido demasiado viva y profunda para que pudiera echarla á su voluntad fuera de su corazon.

Complaciase en procurar engañarse; esa impresion no podía ser efecto de la casualidad. Tenia sus raíces en lo pasado; era el contrapeso de uno de esos sentimientos que atraviesan la vida. Era un remordimiento y un recuerdo.

Montalt en medio de la duda naciente veia siempre aquellas dos fisonomías que le sonreian, llamándole á la fe.

Las once sonaron en la péndola; Montalt se levantó, moviendo bruscamente la cabeza como hombre que quiere desembarazarse de una vez del peso importuno de sus ideas.

—¡No vendrá! dijo; ¡tanto mejor! Estoy cansado

de esas necias angustias y me despido de ellas para siempre. Seid!

El negro apareció.

—Haz enganchar, dijo Montalt.

Seid esperaba que por lo menos le dijera una palabra de las dos jóvenes á quien la víspera concediera una atencion tan tierna, y á quienes habia instituido, por decirlo así, en señoras del palacio.

Pero el negro estaba hecho á los caprichos inexplicables de Berry Montalt. Además, no hablaba ni pensaba, realizando de ese modo en toda su perfeccion el bello ideal de la obediencia pasiva.

Montalt arrancó un grueso diamante de la caja de sándalo y subió al carruaje, diciendo al cochero:

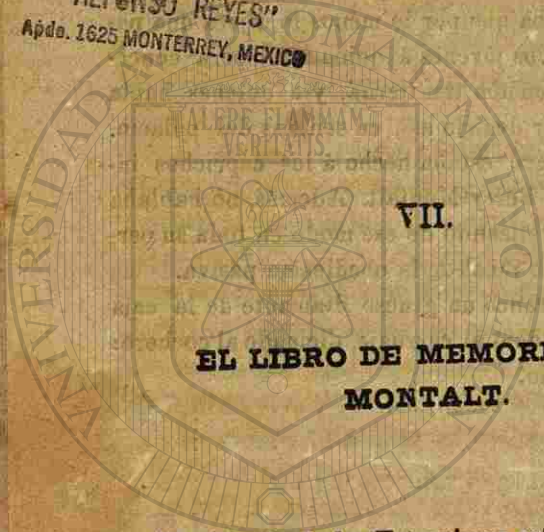
—Al Círculo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



VII.

**EL LIBRO DE MEMORIAS DE
MONTALT.**

El Círculo de los Estrangeros estaba situado en la calle de San Honorato, un poco mas allá del palacio real. Era una casa de juego que se daba la importancia de club, y que robaba en parte su fisonomía á los infiernos de Lóndres.

Jugábanse allí sumas enormes á la inglesa, con traje negro, corbata blanca y zapato bajo.

Montalt asistia allí ordinariamente para matar las horas de su enojosa ociosidad. Habia dias en que le entusiasmaba el juego y en que encontraba algunas emociones en las peripecias que se sucedian en torno del tapete verde.

Aquella mañana iba á pedir á las cartas no emociones, sino el olvido. Hacia muchos años que no le habia gritado tanto la conciencia y le asediaban sus recuerdos evocados.

Estaba descontento de sí mismo; echábase en cara amargamente lo que él llamaba debilidad; hubiera querido que su sorda cólera hubiese recaído sobre alguno.

En una palabra, estaba en esa situacion en que los nervios alterados piden un choque, y en que los médicos os recetarian naturalmente una buena que-rella como medida higiénica.

Bajo ese punto de vista iban á satisfacerse completamente los deseos del nabab, gracias al trabajo que nuestros tres caballeros se habian tomado.

En el momento en que su carruaje se paraba delante del club, dejaba aquel sitio un coche.

Una cabeza de mujer se inclinaba en la ventana y se habia retirado precipitadamente á la vista de Montalt, que no la habia advertido.

La dama miró por la otra ventanilla é hizo un signo con la mano á un jóven que permanecía de pié en la puerta.

Este saludó graciosamente y el carruaje desapareció.

Montalt bajó á la acera.

Nuestro jóven, vestido á la última moda y pudiendo ser acusado de exageracion en su elegancia, se llevó á los ojos un magnífico lente de oro.

El nabab, que no lo advertia, se preparó á entrar.

Nuestro jóven le tocó en el hombro.

—Una palabra, milord, le dijo.

El nabab se detuvo.

—¿Es á lord Berry Montalt á quien tengo el honor de dirigirme?

—Sí, respondió el nabab.

—Soy el conde Alain de Pontalés.

Montalt, que no se habia dignado mirarle aún, se estremeció ligeramente y levantó los ojos.

—Ah! ¿y qué me quereis?

—Tengo que pedirós una esplicacion, milord.

—¿Conoceis á la marquesa de Urgel?

—No sé! respondió Montalt.

—¡Cómo! no sabeis! . . . repitió el jóven levantando la voz.

—No señor. ¿Era eso todo lo que tenáis que decirme?

El pequeño Pontalés salia del carruaje de Lola y tenia la imaginacion exaltada. La fria indiferencia del nabab le hizo sonrojarse.

—Tengo que deciros, milord, prosiguió dando á su voz inflexiones provocativas, que es indigno de un caballero evitar por medio de una pretendida ignorancia las consecuencias de una cobardía. Habéis insultado á una mujer, á una mujer á quien amo, milord, á quien me glorío de amar.

Montalt le dirigia una mirada fria y fina. Hubiérase dicho que en las facciones del jóven buscaba un recuerdo.

—Os pareceis á vuestro padre, Mr. de Pontalés,

dijo al fin. Ignoro si he insultado á vuestra querida, pero me desagradais, caballero.

—Entonces vamos á entendernos.

Montalt sacó su libro de memorias.

—Vamos á entendernos, Mr. de Pontalés, prosiguió, porque no soy de los que escogen sus adversarios, y me importa poco cuando hago ánimo de batirme de tener que cruzar mi espada con un verdadero caballero ó con el hijo de un bergante encubierto con la piel de conde.

—Caballero, exclamó Pontalés, que retrocedió un paso palideciendo.

El nabab habia abierto el librito y humedecido la punta del lápiz.

—A las seis es ya de dia, dijo. A las seis menos cuarto estaré mañana en el bosque de Boloña, puerta de Orleans. ¿Armas?

—Espada.

El nabab escribió:

“Mr. de Pontalés á las seis menos cuarto.”

Luego saludó con la mano y subió la escalera del Círculo.

Habia muy pocos concurrentes en la sala de la treinta y una, en que Montalt jugaba ordinariamente.

Allí era donde casi todos los dias se encontraba al señor caballero de Las Matas y á sus dos compañeros.

Recorrió la estancia con la vista: buscaba al ca-

ballero, pero no lo vió en los pocos grupos que hablaban antes de sentarse en la mesa del juego.

Sin embargo, Roberto no estaba lejos: ocultábase detrás de la puerta entornada de una sala próxima, y su dedo extendido enseñaba á Vicente de Penhoel el nabab, que estaba de pié á su lado.

Vicente hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué! murmuró, ¿estais seguro?

—Segurísimo, contesto Roberto.

Vicente bajó la cabeza y demostró indecision.

Repentinamente se irguió y sus ojos brillaron con gran placer del Americano, que vió realizado el asunto.

—Sí, sí, murmuraba hablándose á sí mismo; es verdad, los dos negros....

Recordaba en aquel momento haber visto á los dos negros junto al nabab en el buque de vapor.

—¿Quereis prestarme seis luises? dijo á Roberto.

Este se apresuró á buscarlos en el bolsillo.

—Sobre todo no me nombreis! murmuró mientras que Vicente de Penhoel entraba en la sala de la treinta y una.

Este último atravesaba lentamente la distancia que le separaba del nabab.

La fisonomía de Montalt se animó al verle.

—¿Cómo! ¡No me engaño! exclamó; he aquí á nuestro jóven marino breton.

Y le presentó la mano cordialmente.

La mano de Vicente permaneció inmóvil junto á su cadera.

Tenia la cabeza erguida y bajos los ojos.

—Milord, dijo, he contraido con vos dos deudas: la primera consiste en el dinero prestado, y la pago dovolviéndoos estas monedas de oro.

Un criado del Círculo pasaba llevando en una bandeja paquetes de barajas nuevas.

—José, dijo el nabab.

El criado se acercó.

Montalt le puso en la mano los seis luises de oro.

—Toma para que bebas un trago á mi salud, dijo.

Luego añadió, volviéndose hácia Vicente:

—A lo que veo ya estamos en paz.

—Todavía no, contestó Penhoel, porque me resta que pagaros el segundo favor que me habeis hecho.

—¿Cuál? preguntó el nabab con su pretendida afectacion.

—Me habeis salvado la vida, milord.

—Es verdad, dijo Montalt; lo habia olvidado.

—Yo lo recuerdo siempre, y en lugar de mataros como debia y como tengo derecho para hacerlo, os ofrezco un saludo.

Montalt miró al jóven con sorpresa.

No habia medio para creer aquello una broma, porque la fisonomía de Vicente tenia esa espresion sombría y casi salvaje que ya le hemos visto en el momento del suicidio. En sus facciones, escualidas por el sufrimiento, habia una cólera sorda y reconcentrada; sus ojos amenazaban y su voz estaba casi para estallar.

Era un niño enérgico y arrogante cuya cólera no

se gastaba en vanos insultos. Tenia la calma de la fuerza.

El nabab no comprendia nada de esa escena.

—Amiguito mio, dijo, ¿con que tambien hemos perdido parte de la razon? Desearia saber por qué razon queriais matarme.

—¿Por qué quiero mataros? replicó Vicente, cuyas cejas se arquearon.... Recordareis, milord, que en otra época os referí la historia de una niña que se habia dormido pura en un canastillo de flores la víspera de una fiesta, y que despertó.

—Lo recuerdo, caballero, interrumpió precipitadamente el nabab, cuyas mejillas palidicieron repentinamente.

—El hombre que se deslizó hácia aquel canastillo, prosiguió Vicente, no tenia en este mundo mas que un objeto y una esperanza, reparar su falta á fuerza de sacrificios y de amor.

—Cuando se tienen veinte años, murmuró el nabab, que parecia hacer sobre sí mismo un doloroso esfuerzo, se tiene siempre el corazon dispuesto á eso.

—Despues de dos meses de investigaciones, prosiguió de nuevo Vicente, dos meses de miseria y de sufrimientos, habia hallado el culpable á su víctima! Iba á caer de rodillas á sus piés y á darle su vida entera, cuando un miserable ha ido á robarle la jóven.

¿Sabeis el nombre de ese miserable, milord?

—¿Cómo lo he de saber? preguntó Montalt.

Vicente le dirigió una mirada severa y penetrante.

—¡No mintais! dijo, mientras que el nabab se erguia instintivamente á este insulto. Vos sois, milord, el que la habeis robado! Lo sé, estoy seguro!.... y he aquí de qué manera os pago mi deuda. Os digo: Volvedme mi prometida.... volvédmela tal como ha entrado en vuestro palacio. Os creeré si me afirmáis que aun es tiempo.

El nabab no comprendia, porque ignoraba la expedicion nocturna verificada en su carruaje y con sus negros por Eduardo y Leon de Saint-Remy.

—Agradezco vuestros sentimientos hácia mí, monsieur Vicente, dijo sin experimentar aún otro sentimiento que la sorpresa; pero me es absolutamente imposible devolver lo que no he tomado.

—¿Rehusais? murmuró Vicente apretando los dientes. ¡Ay de vos, milord!

—Amenazad, insultad, replicó Montalt; podreis armar mi mano de una espada, Mr. Vicente, pero no podreis enfadarme. Tengo la conviccion íntima de que obráis de buena fe, pero de que estais engañado.

Vicente guardó silencio por un momento.

—Milor, prosiguió en seguida, os he ofrecido la vida y vos no la quereis. Ahora es cuando estamos en paz. Caiga sobre vos mismo vuestra sangre. Yo me tomo la justicia con mis propias manos, porque soy un proscrito y no puedo pedir proteccion á las leyes de mi país.

Montalt sacó de nuevo su libro de memorias.

—¿Con qué arma quereis inmolarme, mi jóven amigo? preguntó.

—¡Con la espada! respondió Vicente, y veremos si mañana os chanceais así, milor.

—Mañana, repitió Montalt, tengo á las seis menos cuarto una cita, y por consecuencia estaré libre á las seis. ¿Os conviene ir á buscarme á esa hora á la puerta de Orleans, al bosque de Boloña?

—Sí.

Montalt escribió debajo del primer renglon: "Mr. Vicente á las seis."

Este volvió la espalda y se retiró, mientras que el caballero de Las Matas se frotaba las manos detrás de la puerta de la sala inmediata.

Instalábase el juego, y el banquero barajaba las cartas de la treinta y una.

Los aficionados tomaban asiento en torno de la mesa.

En ese momento pasaba otra escena en el vestíbulo del club.

No entraba todo el que queria en el Círculo de los extranjeros; necesitaba ser presentado por un sócio.

Enrique y Roger acababan de ser detenidos en la antecámara por el empleado encargado de reconocer á los concurrentes: habian insistido por conseguir la entrada, pero era inflexible la consigna.

Felizmente desde por la mañana representaban

nuestros tres caballeros en torno de Berry Montalt el papel de azar, ocasionándole aventuras.

Al retirarse Enrique y Roger, cansados de solitar, encontraron en la puerta exterior á aquel buen señor que les habia hablado en la fiesta del nabab.

El noble baron Bibandier apareció encantado con el encuentro, ofreciéndoles un cordial apretón de manos.

—Eh! eh! eh!... dijo; se viene á consolarse de los pesares de amor con el juego...

Era la Providencia.

—Caballero, dijo vivamente Roger, se niegan á dejarnos entrar. ¿Podeis ayudarnos á vencer ese obstáculo?

—¡Oh, sí!

Y se adelantó con paso magistral é importante hácia el empleado de la entrada, le dijo algunas palabras al oído, y el empleado le saludó.

—Venid... venid... mis jóvenes amigos.

Las puertas del círculo se abrieron para Enrique y Roger; no tuvieron que tomarse el trabajo de dar las gracias á su introductor porque en tres zancadas habia atravesado la sala, reuniéndose al caballero de Las Matas, fijo siempre en su puesto de observacion.

—¡Bravo! dijo Roberto; ya le he echado un buen par de perros.

—¡Cómo dos!

—Primero Pontalés y despues ese enamorado de

Vicente, vuelto de no sé dónde espresamente para proteger nuestros planes.

—¡Chut! hizo Bibandier. Ya empieza el baile.

En efecto, Enrique y Roger llegaban al nabab.

Este había llegado al extremo de su mal humor. La primera querella que había encontrado en su camino le había causado mas alegría que sentimiento. Pero la provocacion de Vicente restablecía el equilibrio, volviéndole á sus sombrías ideas.

Montalt no fatigaba su indolencia indagando mucho tiempo la causa de ese extraño reto; pero sufría una impresion triste y se le oprimía el corazón.

Estaba en esa situacion moral cuando vió venir á Enrique y Roger.

El jóven pintor tenía el rostro pálido y la mirada indecisa; los ojos de Roger brillaban y le refluía al rostro toda la sangre.

Montalt no se acordaba ya de lo que Seid le había dicho acerca de los dos jóvenes. Su aspecto le causó únicamente sorpresa, porque nunca los había visto en aquel lugar.

—¿Por qué casualidad.... comenzó.

Enrique le interrumpió:

—Quisiéramos hablaros á solas, milor, dijo con tono frío y grave.

Había saludado al nabab. Roger por el contrario permanecía inmóvil delante de él.

Montalt los miró sucesivamente y tuvo un vago recuerdo de las palabras que se le habían dicho.

—Al hecho, murmuró; no lo he soñado. Se me ha dicho que quereis abandonarme.

—Queremos hacer mas, milor, replicó Roger, que á pesar suyo levantaba la voz.

—¡Silencio! dijo Enrique; me has prometido dejarme hablar.

El nabab, que no separaba de ellos la vista, cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Ah! ya! exclamó! ¿Será que tambien vosotros quereis retarme? ¿Os habré robado tambien vuestras amadas?

—¡Milor! ¡milor! interrumpió Roger, cuya cólera le hacia hervir la sangre, os aseguro que ahora están demás las bromas; no necesita de estímulo nuestra venganza.

Montalt abrió los brazos é hizo un gesto como de hombre que cae de las nubes.

—Apostaría á que es este un plan ó un acuerdo. Ya he adivinado, señores, que venís á desafiarme.

Roger abrió la boca para contestar.

Enrique le detuvo.

—Milor, dijo con voz lenta y triste, os queremos con un afecto lleno de reconocimiento y respeto. Creo tambien que nos profesais algun cariño. A veces las apariencias engañan.

—¡Las apariencias! replicó Roger encogiéndose de hombros; cuando se ha visto como nosotros....

Enrique le impuso silencio con un gesto.

—Desearia haberme engañado, replicó, milor; se trata no solamente de vos, sino de dos jóvenes.

—¡Dos! interrumpió Montalt sonriendo; ya son cuatro.

Alguna sangre refluyó á las mejillas del pintor.

Sin embargo, prosiguió con la misma calma:

—Se trata de la felicidad de mi vida y de la de Roger. Nosotros dos, milor, á quienes habeis tratado como hermanos, cual unos hijos, no teniamos, como sabeis, mas que una sola esperanza y un solo amor.

—Mlle. Diana y Mlle. Elena, murmuró el nabab; no tengo la felicidad de conocerlas.

—Decís que no las conoceis, interrumpió Roger.

¡Ah! caballero, ¡mentís! mentís!

Las cejas de milor se arquearon ligeramente.

—Es claro como el dia, murmuró, que mis dos jóvenes hermanos, mis queridos hijos, para usar las mismas palabras de Enrique, están decididos á degollarme.

Enrique seguía fijando en él su dolorosa mirada.

—Milor, no os insulto, prosiguió con voz que la emocion hacia temblar, y os suplico que dispenseis á mi amigo. ¡Es muy desgraciado! ¡Si pudiérais conocer lo que desde ayer sufrimos!

Montalt hizo un gesto de impaciencia.

Tal vez no era muy sincera desde ese momento la completa ignorancia que afectaba.

Tal vez, y á pesar de los nombres de Berta y de Luisa que las dos hijas del tio Juan se habian dado para con él, sospechaba ya vagamente la verdad; pero el elemento contrariador y fantástico de

su carácter estaba vivamente escitado; recibia desde por la mañana herida sobre herida y no necesitaba tanto para escitar en alto grado su orgullo.

Además, no habia lado por donde cogerle; volvíase el hombre duro, intratable, irascible, respondiendo á preguntas emanadas del corazon con burla fria, y obstinándose con placer en su papel implacable.

Roger soportaba con trabajo las fórmulas usadas por el joven pintor; pero éste retardaba la hora de la cólera, no tanto por Montalt cuanto por la misma Diana, que creia perdida.

Dudaba cuanto podia: forzabase á dudar; su confianza era grande como su amor.

—Os suplico, dijo, que no presteis atencion mas que á nuestro sufrimiento, y respondednos; decid que nos hemos engañado; dadnos una prueba, la menor.

Berry Montalt calló.

La rabia ahogaba á Roger.

—Sabemos, prosiguió Enrique, que á veces se apodera de vos el capricho de ocultar vuestra bondad bajo apariencias de fingida rudeza; pero vednos con el corazon desgarrado; no juguéis con nuestro sufrimiento.

El nabab hizo un gesto.

—Señores, dijo, siguiendo la impulsión de su naturaleza, que lanzada una vez en el mal camino exageraba el bien como el mal, he conocido en los años de mi vida á muchas jóvenes, morenas, rubias

y de otros colores. He procurado divertirme lo mas que he podido, y si fuera preciso sufrir sermones semejantes en castigo de mi buena fortuna, renunciaria á ella.

—Entonces, dijo Enrique, cuya cabeza tranquila y severa se irguió, ¿rehusais toda esplicacion, milor?

—Prefiero batirme.

—Escoged entre los dos, dijo Enrique con voz baja y sombría, y que el combate sea á muerte.

—A mí, exclamó Roger, me escogereis á mí, porque os digo que sois un cobarde y un infame. No queria creer á los que aseguraban que llevábais vuestro desenfreno hasta el mas vergonzoso esceso; pero ahora lo he visto, Berry Montalt. Sois un miserable sin corazon y sin honor, y si mañana no es mia vuestra vida, será porque me habreis muerto.

El nabab sacó de su bolsillo el fatal libro de memorias.

—Ni uno ni otro, murmuró trazando con el lápiz algunas líneas.

La rabia ahogaba la voz de Roger.

—¡Y bien! dijo Enrique, ¿cuál escogéis?

—Los dos, amigo mio, Mr. Enrique de Morean á las seis y cuarto, Mr. Roger de Launoy á las seis y media. Os suplico me dispenseis el que yo mismo fije la hora; pero no habeis venido los primeros.

Enrique hacia algunos minutos que se apoyaba

sobre el brazo de Roger para evitar que se lanzara sobre el nabab.

Este saludó y se alejó diciendo:

—Bosque de Boloña, puerta de Orleans, señores. Hasta mañana.

La escena habia pasado en una de las estremidades de la sala; Montalt se acercó á la mesa de juego, tomando asiento entre los jugadores.

Puso delante de él un paquete de billetes de banco.

Tal vez no se habia visto nunca su fisonomía tan indiferente.

Enrique habia sacado á Roger fuera del club.

Hacia cerca de un cuarto de hora que el nabab estaba sentado delante del tapete verde segun su costumbre con magnífico estoicismo, cuando se oyó un vago rumor en la antecámara.

Despues de algunos segundos de voces bastante altas, se abrió la puerta é hizo su entrada un personaje como tal vez no se habia visto nunca en el Círculo de los extranjeros.

Los criados le habian rehusado mucho tiempo el paso, y al fin no habia necesitado mas que pronunciar con autoridad el nombre de Berry Montalt para que se le introdujese en el Círculo.

Al parecer no habia diferencia apreciable entre un mendigo y el personaje cuya entrada hemos anunciado.

Era un anciano de elevada estatura, cuya cabeza, encorvada sobre el pecho, estaba coronada de

escasos cabellos blancos como la nieve. Llevaba el traje de aldeano de hechura antigua y gastado extraordinariamente; su calzado consistía en albarcas llenas de paja.

El ruido inusitado que su paso producía sobre el piso de la sala hizo volver la cabeza á todos los concurrentes. Solo Montalt no se dignó mirar.

Todos se preguntaban qué quería decir aquella mascarada.

Solo nuestros tres caballeros acechando tras la puerta de la estancia próxima, donde aun no había comenzado el juego, hubieran podido dar la explicación del enigma.

El anciano se detuvo delante del tapete verde.

Su erguida cabeza mostraba la belleza venerable y digna de una fisonomía noble y sexagenaria.

—¿Quién es aquí, dijo con voz dulce y firme, el que se apellida Berry Montalt?

—Yo, contestó el nabab sin volverse.

—¿Entonces, queréis seguirme? prosiguió el anciano. Tengo que hablaros.

Montalt no se movió.

—Mi digno caballero, dijo únicamente, sé lo que queréis. ¿Se trata del rapto de una jóven?

—Mi sobrina, interrumpió el anciano con sencillez.

—¿Vuestra sobrina? sea.... replicó el nabab. Y venís á proponerme un duelo.

—¡Es verdad! porque se dice que sois rico hasta el punto de despreciar las leyes.

Montalt habia abierto su libro de memorias.

—Milor, le gritó desde lejos el príncipe eslavo Bottausko, ¿tendréis la loca idea de aceptar el duelo que os propone ese pobre diablo?

—Bosque de Boloña, puerta de Orleans, pronunció friamente Montalt en vez de responder.

—Pero miradle, decían los jugadores.

—¿Qué nombre debo escribir? preguntó Montalt con el lápiz levantado.

—¡Juan de Penhoell responnió el anciano.

Montalt se estremeció é hizo un movimiento como para volverse; pero se serenó.

Una repentina palidez habia cubierto sus mejillas: su mano tembló visiblemente mientras que escribía en el libro por quinta vez:

—Juan de Penhoel, siete menos cuarto.

Nuestros tres caballeros saltaban de júbilo detrás de la puerta.

—Está representada la comedia, dijo Roberto á sus dos acólitos; ¡el viejo, sobre todo, ha estado sublime! Ahora, aun suponiendo que salga bien, mañana tenemos carta blanca á contar desde las cinco. Ninguna partida ha sido tan buena como ésta.

—¡Eso es verdad! dijo el príncipe eslavo Bottausko, pero no se me olvidaba en los negocios ájenos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1525 MONTERREY, MEXICO



LA VENGANZA DE PENHOEL.

La mañana de ese día por primera vez desde hacía dos meses habían podido considerar extrañas miradas la horrorosa miseria del desvan donde se morían los antiguos señores de Penhoel.

Hasta entonces ese despojo absoluto y esa mortal angustia habían sido sorprendidas únicamente por las dos hijas del tío Juan.

Mme. Cocarde, la inquilina principal, que solía subir la escalera con su bata de lana y su gorra de cintas de color de fuego para pedir el pago del alquiler, tenía conocimiento oficial de esa miseria, pero no se mezclaba en los negocios ajenos. Al ba-

jar del desvan donde el hambre asesinaba á toda una familia, se sentaba á su solitaria mesa y comía con ese apetito concentrado propio exclusivamente de los glotones.

Mme. Cocarde no hubiera tampoco perdido su apetito, aunque hubiese sabido que sus desgraciados inquilinos habían muerto de hambre.

Forzoso había sido que la casualidad hubiese advertido á algun vecino caritativo.

La misma mañana se había subido al granero de los Penhoel, habiéndose trasladado inmediatamente á maese Geraud, que lentamente caminaba al otro mundo sin otra enfermedad que la debilidad y el hambre.

Porque desde que su debilidad lo había sujetado al jergon, el anciano posadero rehusaba obstinadamente comer para no disminuir la parte de pan de la familia.

Al retirarse el vecino que condujo á maese Geraud al hospital, puso en una punta del jergon un escudo de tres libras.

También era pobre y no podía hacer más.

Desde que estuvo vacío el jergon, se deslizó por el polvo, apoyándose en las manos y en los pies, René de Penhoel, con el objeto de ocupar el puesto caliente del enfermo.

Su fisonomía petrificada expresaba como una alegría estúpida.

Marta estaba sentada en el mismo sitio en que la hemos visto la víspera. Cruzábanse sus dos ma-

nos sobre las rodillas. Se apoyaba en la pared y permanecía inmóvil. Su enflaquecido rostro estaba tan pálido, que se hubiera podido creer que la había abandonado la vida.

El tío Juan estaba de rodillas á su lado contemplándola en silencio.

Llamaron á la puerta del granero. El tío de las albarcas pensó que era el vecino que volvía.

—Adelante, dijo.

La puerta se abrió, y un hombre con el traje de los mozos de esquina entró.

Miró en torno suyo con aire asombrado.

—¿Vive aquí Mr. Juan de Penhoel?

—Sí, contestó el tío; yo soy.

—Entonces, replicó el mozo, tengo que entregaros esta carta.

Luego añadió inmediatamente para tener el derecho de marcharse, porque la presencia de aquella miseria le desgarraba el corazón:

—No tiene respuesta y está pagada la comisión. Hasta otra vez.

Salió bruscamente: oyósele bajar la escalera de cuatro en cuatro.

El tío tenía entre sus manos la carta que Roberto había trazado de prisa en casa de un memorialista del arrabal San Honorato.

La carta decía:

“Teneis valor, amais á Marta, y además sois el único defensor del honor de Penhoel.

“Blanca, vuestra sobrina, está en poder de un

hombre rico y poderoso, tan poderoso y tan rico que la justicia humana no conseguiría su objeto dirigiéndose á él.

“Habeis sido soldado y sois caballero.

“El personaje de que se os habla es un inglés llamado Berry Montalt: lo encontrareis en el Círculo de los extranjeros, calle de San Honorato, número....

“Para conseguir entrar en el Círculo el mejor pase es el mismo nombre de Berry Montalt.”

Mientras que leía había levantado hasta él sus ojos Marta.

Era algo extraña aquella carta dirigida á aquella miseria abandonada.

El tío Juan le besó las dos manos.

—Voy á salir, hija mia, dijo; valor: Dios tendrá piedad de nosotros.

Marta movió la cabeza y bajó los ojos. No preguntó.

No tenía fuerzas ni aun para ser curiosa.

El tío tomó su sombrero y se alejó.

Marta estaba sola con el señor de Penhoel. Semejante circunstancia no se había presentado desde su salida del castillo; siempre había estado con ellos ó el tío Juan ó el posadero de Redon.

Durante los dos meses que acababan de trascorrir, nadie había recordado la escena de salvaje violencia que había tenido lugar en el salón de Penhoel en el momento de la partida.

René parecía haberla olvidado. Marta no quería recordarla.

Por lo que hace al tío Juan, había ejercido largo tiempo sobre Penhoel una activa y oculta vigilancia desde algunas semanas; pero había cesado poco á poco. Todo parecía muerto en René, hasta la cólera, y bastaba mirarlo de cerca para adquirir la certidumbre de que era incapaz de despertarse en él el espíritu de venganza.

Su naturaleza moral y la física habían cedido igualmente. Era un anciano imbécil y débil: su pensamiento dormía como en otra época el resorte de sus miembros tan robustos.

Permanecía días enteros sentado en un rincón inmóvil, y no abandonando su inerte apatía mas que para llevarse á los labios la botella en que algunas veces solía echar el tío Juan unas cuantas gotas de aguardiente.

Cuando en la botella no quedaba ya nada, dejaba caer la cabeza barbuda sobre su pecho y permanecía abismado desde la mañana hasta la noche en un sueño pesado.

No se movía; no hablaba: recibía las atenciones de su mujer sin espresar ni placer ni sentimiento, y cuando se fijaba en ella su mirada, hubiérase intentado en vano buscar en aquella inmóvil pupila el indicio de un sentimiento cualquiera, ódio ó ternura.

El tío Juan se fiaba de esas apariencias y no temía.

Una vez que se había encendido luz en el granero, decía maese Geraud que había visto al despertarse á René de Penhoel de pié en medio de la habitacion mirando con iracundos ojos á su mujer.

Sus pálidos labios temblaban, murmurando amenazadoras palabras, que llegaban confusas á los oídos del enfermo.

Marta dormía acostada sobre la paja.

Los dedos de René se crispaban convulsivamente: hubiérase dicho que iba á lanzarse sobre ella y ahogarla entre sus descarnados brazos.

Pero el anciano Geraud tenía calentura, y sabido es que ésta produce visiones y malos sueños.

Al día siguiente René estaba sentado como de ordinario en un rincón, y nada había turbado la tranquilidad del sueño de Marta.

El tío Juan no pensaba ya en esa circunstancia. No le había ocurrido la idea de temer mientras que cerraba la puerta del granero en que quedaban Marta y René.

René estaba echado en el jergon en el sitio del pobre maese Geraud, aparentando dormir.

Desde que se dejó de percibir en la escalera el ruido de las albarcas del tío Juan, abrió los ojos para dirigir en torno suyo una mirada indecisa y pesada.

Después se levantó lentamente, sentándose sobre el jergon.

Sacó de su bolsillo el escudo de tres libras, lo

colocó en el hueco de su mano, lo volvió diferentes veces, examinándolo en todos sentidos.

Cuando sus ojos se separaron de la moneda, fué para volverse hácia su botella, que habia dejado en su antiguo puesto.

Se sonrió.

Pero cuando sus ojos, reconociendo el granero, fueron á fijarse en Marta, que le volvia la espalda, dejó de reirse.

Sus apagadas pupilas brillaron repentinamente; las arrugas de su frente se hicieron mas profundas.

El que hubiese visto aquella mirada se hubiese estremecido á la idea de un crimen.

El crimen debia ser horrible en aquel recinto desnudo, entre dos seres debilitados por la miseria.

Marta no veia nada. Pensaba como siempre en el martirio presente y en la felicidad pasada. En sus lábios y en el fondo de su corazon habia constantemente tres nombres:

Diana, Elena.... Blanca; Blanca sobre todo vivia, Blanca, el idolo adorado de rodillas.... el amor de aquel corazon desgarrado, la esperanza de aquella vida destrozada.

Las otras estaban muertas, tenian la felicidad á los piés de Dios. Pero Blanca, que sufría; Blanca, la víctima de un lazo misterioso, inexplicable; Blanca, la pobre virgen que iba á ser madre.....

Porque Marta habia contado los dias; la jóven debia admirarse espantada á los estremecimientos de su seno.

¿Qué hacia? ¿Quién la salvaba de sus terrores? ¿En qué regazo ocultaria su sonrojada frente en la hora fatal?

¿Y el hijo? El corazon de Marta latia animado por una emocion doble, teniendo á la par un recuerdo que se mezclaba á la angustia presente.

La desgracia de la hija habia sido la de la madre, y parecia que Dios habia lanzado dos veces esa calamidad en la casa de Penhoel como una funesta herencia.

Una noche la pobre Marta habia huido de su habitacion; entonces era tambien una niña. Su corazon estaba virgen como el de Blanca, pero su seno doloroso le gritaba: Eres madre.

Al mismo tiempo, aunque nada recordase, le hablaba una voz desde el fondo de su alma, revelándole el nombre del padre de su hija.

Un hombre á quien amaba con cariño puro, constante, su primero y único amor, el primogénito de Penhoel, que la habia abandonado.

Porque hacia muchos meses que Luis habia dejado la Bretaña.

Veíasela bajar la sombría pendiente que conducia de las puertas del castillo á las orillas del Oust.

Iba sufriendo, dolorosa, desalentada.

Y la puerta del barquero Benito Haligan se abria para recibirla. Allí, sobre un lecho de paja, á la trémula y pálida luz de la resina, daba Marta á luz dos niñas, cuya primera sonrisa pasaba en

aquel momento delante de sus ojos y la hacia llorar.

¡Pobre Dianal ¡Pobre Elenal ¡Su desgracia habia precedido á su nacimiento!

Marta no estaba sola en la cabaña de Haligan el barquero. Juan de Penhoel estaba junto al lecho acompañado de su mujer; no abandonaron á la jóven parida.

La mujer de Juan de Penhoel se llevó á las niñas, haciéndose su madre.

¡Oh! ¡Blanca era mucho mas desgraciada aún. Junto á su lecho no habia amigos, y tal vez no tuviera en torno suyo mas que el desprecio y el insulto!

Marta pensaba así.

Durante esto parecia sufrir René una súbita trasformacion. La vida, la animacion, volvia á su inerte fisonomía; sus ojos se agitaban en las órbitas vivos y feroces.

Acababa de atravesar un rayo la profunda noche de su inteligencia y por un momento llegaba su idiotismo hasta la locura.

Miraba constantemente la moneda de plata. Movíanse sus labios, produciendo un vago é inarticulado sonido. Su puño cerrado amenazaba á Marta y su boca se entreabria con una sonrisa salvaje.

Se levantó vacilando; sus piernas no estaban habituadas á sostenerle. Cualquiera que de pié le hubiese visto, se hubiera asustado de su cadavérica

estension. En algunas partes se le veian los huesos á través de los girones de la ropa.

Nada habia en él del señor de Penhoel, y hasta los que habian bebido el vino de su mesa se hubieran negado á reconocerle.

Se acercó á la ventana, que se abria hácia dentro, y despues de examinarla detenida y cuidadosamente, movió la cabeza con aire satisfecho.

Luego bajó hácia el agujero de la puerta por que hemos visto espiar á Diana con las lágrimas en los ojos la miseria de la pobre familia.

En esa puerta habia una inmensa cantidad de agujeros y rendijas. René contó todos sin omitir ni el mas pequeño.

Aparentaba complacerse en este trabajo.

Entonces estaba delante de Marta, que podia seguir cada uno de sus movimientos; pero la pobre mujer no le dirigia mas que una mirada maquinal; ignoraba por qué contaba así Penhoel los agujeros y las rendijas, pero tampoco procuraba saberlo.

René puso su dedo en la última rendija y volvió á mover la cabeza. Sus grandes cabellos grises seguian el movimiento de su frente, cayendo en desórden sobre sus pálidas mejillas.

Retiróse hácia atrás con las dos manos; despues fijó sus sombríos ojos en Marta, que no le miraba.

—Soy el amo, murmuró con énfasis.

Tomó bajo su brazo la botella vacía, en que no quedaba una sola gota de aguardiente, y se dirigió

hacia la puerta con el paso incierto de un hombre beodo.

Marta oyó abrirse la puerta y cerrarse.

Estaba sola.

Muchas veces habia vagado por aquel gran París buscando á la ventura á su hija sin hallarla nunca; pero la esperanza es inmortal en el corazon de las madres. Su primer pensamiento fué huir y buscar de nuevo tan lejos como pudieran soportar la sus piernas, de casa en casa, de calle en calle, preguntando en todas partes por Blanca.

Se levantó; su debilidad, que era inmensa, no hubiera podido detenerla; pero René habia cerrado la puerta por fuera.

Marta volvió tristemente á su sitio, dejándose caer sobre la paja.

No debia esperar mucho tiempo la vuelta de su marido. Al cabo de algunos minutos se abrió la puerta de nuevo y entró el señor de Penhoel.

Marta no pudo oír su respiracion.

Habia subido de prisa la escalera y volvia muy cargado á pesar de su debilidad.

El escudo de tres libras habia sido gastado todo. La botella estaba llena de aguardiente. Además, traía un gran canasto lleno de carbon, un puñado de papel y un puchero de cola.

Sentóse sobre el jergon para recobrar aliento y beber un gran trago de aguardiente. Su escitacion, lejos de calmarse, parecia aumentarse de minuto en minuto.

—¡Sil... ¡sil murmuraba con la cabeza erguida y brillantes los ojos; ¡soy el amo!

Cuando durante un momento hubo descansado, desgarró en tiras el papel y lo llenó de cola para tapar uno despues de otro todas las rendijas y agujeros.

Esto duró mucho tiempo, porque era inmenso el número de boquetes.

Marta pensaba que René obraba así para evitar el frio de las noches de invierno.

Pero la primera vez que sus miradas se encontraron con las del señor de Penhoel, cambió su creencia; sin saber por qué se sintió estremecer.

René trabajaba cuanto podia; un salvaje entusiasmo movia la silenciosa apatia de sus facciones.

El manajo de papeles estaba empleado, pero en el granero no habia un solo agujero. René habia tomado sus medidas antes de salir.

Pasó el dorso de su mano por la frente húmeda y miró alegremente su terminada obra.

—El que otra vez vino á interponerse entre los dos, murmuró, no está aquí.... ¡soy el amo!

Tomó de un rincon un hornillo olvidado sin duda por los antiguos inquilinos del granero, y colocó encima en forma de pirámide todo el carbon contenido en el canasto.

Luego encendió una yesca y pegó fuego al carbon.

Marta observaba lo que hacia. Durante un momento se pintó el terror en sus grandes ojos abiertos.

Cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en la pared.

Los vapores del carbon comenzaban á llenar la estancia. René, arrodillado junto al hornillo, soplabá con todas sus fuerzas.

El braserillo se encendia, lanzando un sangriento reflejo sobre sus pálidas mejillas.

Reia.

Pronunciaba el nombre de su mujer.

Pronunciaba aún con mas ódio el nombre de su hermano.

Repetía con voz sorda:

—“¡Yo era rico! era feliz, amaba..... ¿Quién me ha robado mi amor y mis riquezas?

“El Angel..... ¡oh! esta vez no vendrá nadie..... Soy el amo”....

Tenia ya trastornada la cabeza. El hornillo no era otra cosa que un monton de fuego. Apuró de un trago el resto de la botella de aguardiente y se dejó caer como una masa sobre el jergon.

El velo se hacia mas espeso. Marta se sentia morir.

Mientras que intentaba reunir las palabras de su suprema plegaria, recibió su letargo un choque repentino; un soplo de aire fresco cayó sobre su boca vivificada: abrió los ojos.

O mas bien creyó abrirlos, y era sin duda una nueva fase de su último sueño, porque entonces veia lo que era imposible.

Sus dos hijas muertas estaban á su lado, Diana y

Elena, no con largos trajes blancos, sino con los vestidos de vírgenes bretonas que llevaban cuando aparecieron en la cabaña de Benito Haligan.

—¡Pobres Hijas de la Luna! pensaba la Señora entonces como antes.

Y sus ojos se habian vuelto á cerrar.

El aire fresco continuaba sin embargo cayendo sobre su frente y su boca.

Oía en torno suyo un ruido de pasos ligeros.

Intentó levantar los párpados. Tenia una nube delante de la vista.

Sin embargo, pudo ver durante un minuto á Diana y Elena que le sonreían desde lejos.

Luego desapareció la vision como si las jóvenes hubiesen traspuesto la puerta.

El hornillo estaba apagado, y la ventana abierta dejaba pasar libremente el fresco aire.

Al bajar los ojos vió Marta brillar una cosa cerca de sí en el polvo.

Era un puñado de oro.

Les quedaba que llenar un deber.

Volvieron al gabinete, que el nabab habia abandonado ya, y entraron en la habitacion de los trajes. Pantalones y levitas cayeron al mismo tiempo para ceder el puesto á sus trajes de aldeanas.

Este segundo tocador fué mas corto que el primero.

El espejo en que ahora se veian con sus trajes de niñas, les devolvió al momento dos encantadores rostros de vírgenes risueñas y dulces.

Dejaron de nuevo el palacio, pero esta vez con sus cortos jubones y sus corpiños y cofias de aldeanas bretonas.

Atravesaron á pié el camino que acababan de recorrer al galope los caballos de Montalt.

Apenas hacia dos horas que habian abandonado su pobre habitacion bajo los auspicios de la escelente Mme. Cocarde. ¡Pero cuántos acontecimientos las separaban ya de la tarde precedente!

El soldado de la prision militar que las vió llegar agarradas de la mano y llamar suavemente á la puerta de su casa, no pudo recordarlas por aquellos dos elegantes y ricos caballeritos que habian turbado su centinela dos horas antes y repiqueteado como dos demonios á la puerta de la marquesa.

Subieron directamente á aquel desvan deshabitado que estaba separado por una puerta del miserable asilo de los Penhoel.

El dia era ya claro, y sin embargo, Diana y Elena no pudieron distinguir nada á través de las ren-

IX.

UN SALVADOR.

Diana y Elena habian entrado en el palacio de Montalt hácia el despuntar la aurora con Blanca, que no las reconocia bajo sus trajes de hombres. Usando de la autoridad que el nabab les habia conferido, habian hecho preparar una habitacion para la jóven, que su estremada debilidad no permitia permanecer de pié.

Los dos negros obedecian sus órdenes como las del mismo Montalt.

En cuanto Blanca estuvo acostada en su lecho, pensaron Diana y Elena en el pobre granero de la calle de la Abadía.

dijas, porque la luz llegaba muy tarde al desvan de la familia, alumbrado por una estrecha ventana, cuyo único cristal estaba todo él cubierto de polvo.

—Dnermen todavía... murmuró Diana; no los despertemos.

Y Elena añadió:

—Bajemos á nuestro cuarto. Dentro de algunos minutos volveremos á subir.

Cuando entraron en la pobre y desamueblada habitacion de grises paredes en que tanto habian llorado, estaban las dos conmovidas por la alegría.

Los días de miseria habian pasado; los que tanto amaban iban al cabo á ser felices.

Sentian en toda su plenitud ese placer que se experimenta en el momento de la felicidad al ver el sitio donde se ha sufrido.

¡Y cuán lejanos les parecian los recuerdos de la víspera! Dudaban casi que habian sido tan desgraciadas.

Cada uno de los objetos existentes en la habitacion era saludado por ellas como un amigo querido.

El arpa, el lecho, la imágen santa de la Virgen que por tanto tiempo habia velado su sueño.

—¿Te acuerdas, hermana mia, decia Elena, que estábamos de rodillas rezando cuando vino á buscarnos ayer Mme. Cocarde?

—¡Ayer! repitió pensativa Diana; ¿era ayer?

Elena se sonrió.

—¡Oh! sí, dijo; ayer era cuando yo tenia tanta hambre. Y tú nunca te quejas. Yo jamás te he

oído quejarte; pero estoy segura de que sufrías mucho.

—Sufría por tí, murmuró Diana, y por la Señora. ¡Oh! se me desgarraba el corazón al pensar que no podia socorrerla!

Elena saltó de alegría.

—¡La Señora!... exclamó, nuestra querida Señora!

—¡Cuán bueno es Dios y qué felices somos nosotras! Hermana mia, nosotras la hemos salvado. Nosotras vamos á devolverle su querido Angel.

Diana se puso de rodillas delante de la imágen de la Virgen.

—La veremos sonreír como en otro tiempo, murmuró. ¡Oh santa madre de Dios, bendita seas porque la amamos como si fuéramos hijas tuyas, y su felicidad nos es aun mas cara que la nuestra.

Elena se puso de rodillas al lado de su hermana. Oraron las dos.

Después se tendieron sobre el lecho, porque las dos estaban muy cansadas, y sus bellas cabezas, unidas, se apoyaron en la almohada.

No querian dormir; pero mientras se entretenian con sus dichosas ilusiones, las sorprendió el sueño y se cerraron sus párpados.

Pasó así una hora, luego dos.

Cuando Diana despertó sobresaltada, se deslizaba el sol de mediodía á través de los cristales de la ventana, cayendo á plomo sobre su rostro.

Lanzóse fuera del lecho dando un grito de sorpresa.

Elena despertó á su vez.

—¡Cómo! dijo frotándose los ojos: hemos dormido.

—Y entre tanto tal vez estén sufriendo arribal añadió Diana; pronto, pronto, hermana mia.

Precipitáronse á la escalera.

Pero al llegar delante de la puerta fueron detenidas sus miradas por un obstáculo imprevisto. Habíanse tapado recientemente todas las rendijas y agujeros que habia en la puerta. No podian ver nada.

Dentro de la habitacion no habia el menor ruido.

—¿Qué haremos? preguntó Diana.

El dedo de Elena se habia introducido ya en uno de los agujeros con objeto de probar el obstáculo. Sintió la humedad del papel, que aun no habia tenido tiempo de secarse.

Su dedo apretó un poco mas, y el papel desgarrado cedió.

Aplicó un ojo á la abertura.

El aire viciado que inmediatamente pasó por el agujero se introdujo en su garganta, haciéndola retroceder.

—¿Qué es esto? murmuró, porque no habia visto nada.

A su vez miró Diana.

Vió á René de Penhoel tendido con los brazos cruzados sobre el jergon. Vió á Marta apoyada en

la pared y mas pálida que una muerta. En medio de la habitacion vió el hornillo que ardía aún.

Lo comprendió todo.

—¡Oh hermana mia! ¡hermana mia! exclamó aterrorizada, han querido suicidarse. Haga el cielo que no sea tarde para prodigarles socorros.

Sus manos, que temblaban, se introdujeron por uno de los boquetes, consiguiendo con los esfuerzos reunidos de su hermana levantar una tabla, que sin embargo quedó clavada por la parte superior.

Pasaron, y cuando estuvieron dentro cayó por su propio peso la tabla, cerrando la abertura.

Marta de Penhoel no habia soñado. Habia vuelto á ver á Diana y Elena. Y no como á unas pobres Hijas de la Luna escapadas por un momento de la tumba.

El aire fresco que bañaba entonces su rostro, dando aliento á su pecho oprimido, entraba por la ventana abierta por las dos jóvenes.

Aquel oro que brillaba á los pies de Marta era un don de las dos niñas.

Entonces como siempre eran la Providencia de Penhoel.

Si habian desaparecido no era sin duda por mucho tiempo. En el pobre granero no habia nada, ni aun una gota de agua.

Habian ido á buscar socorros.

La turbada mirada de Marta las vió desaparecer y procuró en vano encontrar el sitio que les habia

Vió justamente á Diana y Elena, que abrian precipitadamente la ventana, apagando el hornillo.

Lo adivinó todo.

Pero lo que mas le preocupó fué la aparicion de las dos jóvenes.

Decididamente no habia medio de dar un solo paso sin encontrarse con ellas en medio siempre del mejor camino.

Sin la diabólica casualidad que las conducia allí, iba á entrar Roberto el primero.

Le robaron su papel de Providencia.

Sus reflexiones y su mal humor no le impedían tener siempre los ojos en la cerradura; vió distintamente rodar por el polvo el puñado de oro.

—¡Esto me huele á nabab! pensó frunciendo el entrecejo. Las chicas están indudablemente en el palacio.

Si están allí es imposible la paz; he hecho bien en empezar la guerra. ¡Ah tunante Bibandier, si hubieses cumplido con tu deber!

Por un momento tuvo la idea de bajar de cuatro en cuatro la escalera é ir á avisar á Lola, que vivia á dos pasos, con objeto de que hiciese seguir á las dos jóvenes cuando salieran; pero en el momento en que iba á abandonar su puesto de observacion levantaron la tabla Diana y Elena, desapareciendo á sus ojos.

Las ideas del Americano cambiaron.... Surgió un plan en su imaginacion.

Estaba seguro de que no habia sido pronuncia-

da una palabra desde que estaba mirando por la cerradura.

Puesto que se le cedia el campo, era el momento de obrar, y nada despacio por cierto.

La llave estaba siempre puesta en la puerta, donde la habia dejado René. El Americano entró sin ruido.

Pasó por delante de René, que no habia abierto aún los ojos, y no se detuvo hasta hallarse junto á la Señora.

Hizo sonar ligeramente el oro dejado en el suelo.

Marta volvi6 á abrir los ojos, cerrándolos al momento con un movimiento de horror.

—Señora, dijo Roberto dulcemente, escuchadme en nombre de Dios y volved en vos. Mucho tiempo hace que estoy aqui para socorberos. Por piedad, no rechaceis mis auxilios y mirad en mí á un amigo.

Marta permanecia inm6vil.

De pronto se levantó al choque de una idea repentina.

—Mi hija, caballero, dijo; ¿qué habeis hecho de mi hija?

—¿No ha recibido mi carta Mr. Juan de Penhoel? preguntó el Americano.

—No sé, replicó Marta enlazando las manos; os suplico me digais qué se ha hecho de mi hija.

—No me he atrevido á firmar la carta, prosiguió Roberto en lugar de responder, por temor de que desconfiara Mr. Juan de Penhoel. Es una gran

desgracia, Señora, haber dado á la persona que se respeta y se ama el derecho de dudar.

—¡Oh, caballero! caballero, interrumpió Marta. ¡No quereis hablarme de mi hija!

—Hablaba en esa carta, Señora. Escuchadme; el sitio de esplicarnos no es este. Los antiguos señores de Penhoel no pueden permanecer un momento mas en tan miserable retiro. He venido á buscaros.

—¡Buscaros! replicó Marta volviendo la vista; ¡vos, caballero!

Roberto tomó un aire de contrición resignada. Esto le impedía dirigir una mirada hácia la tabla de la puerta. Conocía que comenzaba mal la entrevista. La discusión no era conveniente; era forzoso obrar, porque su instinto le decia que no sería larga la ausencia de las dos jóvenes.

—¡He merecido esto! murmuró bajando la cabeza; conozco que debeis odiarme. Y sin embargo, si es cierto que se expian todas las faltas, espero obtener un dia vuestro perdon. Aun cuando nunca lo debiera obtener, añadió fingiendo gran emoción, me felicitaría de haber pagado hoy una parte de mi deuda salvándoos la vida.

—¡Habeis sido vos! dijo Marta débilmente.

El Americano recorrió la estancia con la vista, como si aquella pregunta le hubiera estrañado.

—¿Pues quién sino yo?

—No lo sé, murmuró Marta, que principalmente hablaba para sí; había creído.... está tan débil

mi pobre cabeza. Sin embargo, estoy segura de haber visto oro.

—He querido traéroslo lo mas pronto posible, replicó Roberto; pero tambien yo estaba muy pobre. ¿Pensais que me quedé en Penhoel cuando os echaron tan indignamente?

La puerta, que permaneció abierta, establecía con la ventana una corriente de aire muy viva.

Disminuía el peso que oprimía el pecho de Marta, volviéndole su presencia de espíritu. El mismo señor de Penhoel recobraba lentamente la vida; agitábase por intervalos sobre el jergon, y lo único que entonces le impedía abrir los ojos era el sueño de la embriaguez.

Marta miró de frente á Roberto.

—Nada nos queda, caballero; ignoro qué interés tengais en engañarnos.

—¡Oh! dijo el Americano levantando los ojos al cielo; no he sido castigado aún con bastante crueldad, Dios mío! Señora, no intento disminuir mi falta. Otras veces me he dejado seducir por las falaces palabras del marqués de Pontalés. ¡Me he ligado con él contra Penhoel! He sido cruel para con vos. Pero os juro bajo mi honor que todo no tenía mas que un objeto, obligaros á darme á vuestra hija, á quien amaba. Me decia: la fortuna de que me apodero se la devolveré á Blanca. Era tan grande mi amor, que lo escusaba todo á mis ojos. Había perdido la vista; no veía mas que á Blanca

en el mundo, y no distinguía que Pontalés hacia de mí el instrumento de una traición infame.

Se detuvo, como si la emoción que le oprimía le hubiese impedido proseguir. Marta le escuchaba incrédula aún, pero atenta ya.

La prolongada desgracia que pesaba sobre ella no había podido dejar intacta la energía de su inteligencia.

—El día fatal llegó, prosiguió. Robé á vuestra hija, añadió bajo, mientras que Marta ocultaba la frente entre sus manos, que era ya mi esposa ante Dios.

La misma noche de vuestra salida del castillo fui á mi vez echado de Penhoel. En Paris, donde inmediatamente vine, os busqué largo tiempo.

¿En medio de vuestra miseria no habeis recibido algunas veces misteriosos socorros?

Roberto hablaba á la ventura.

—¡Cómo! exclamó vivamente Marta, ese pan que sostenia nuestra vida.

—Era muy pobre para hacer mas, prosiguió el Americano hipócritamente, y hasta hoy parece que no quiere sonreirme la fortuna. Esta mañana he recibido una suma considerable que me ha hecho muy feliz, porque he pensado en vos, señora, y en Blanca, añadió, volviendo los ojos. Con dinero se pueden hacer muchas cosas, y no debemos dudar de que la encontraremos.

—¡Encontrarla! exclamó Marta levantándose.

—¡La carta decia eso! respondió Roberto. Es una desgracia terrible, señora.

—Pero no me decís lo que ha sucedido, interrumpió Marta. ¡No me decís nada!

El Americano puso una rodilla en tierra.

—He venido á vos, murmuraba con las manos unidas, para implorar el perdon y deciros: la encontraremos juntos.

Marta se levantó vacilante.

En ese momento, despertado René de Penhoel por el aire que bañaba su rostro, se agitaba, procurando ponerse en pié.

El Americano dirigió una mirada hácia la puerta. Le parecia oír ruido detrás de ella. Se inclinó vivamente hácia Marta.

—Sé donde está, murmuró. ¿Quereis venir á buscarla conmigo?

Marta dió un paso hácia la puerta.

Con el señor de Penhoel no había esplicacion posible. Roberto lo tomó de un brazo, arrastrándolo por fuerza hácia la escalera.

Salieron los tres. Marta marchaba delante; hubiera querido correr.

Roberto cerró la puerta por fuera é hizo subir á los antiguos señores de Penhoel en el carruaje que le esperaba delante de la casa.

Quando Diana y Elena volvieron ahogadas por la escalera de su cuarto, encontraron desierto el desvan.

es preciso hacer justicia á todos, habia restablecido la partida la habilidad de los jugadores.

Nuestros tres caballeros, á quienes hemos visto por la mañana con la cabeza baja y el desaliento en el rostro, bebían entonces con aire de vencedores. La misma Lola estaba loca de alegría.

El noble baron de Bibandier recordaba con cierta complacencia que la víspera habia exaltado á Enrique y Roger mostrándoles á través de una ventana abierta aquel bello grupo, el nabab dormido entre las dos jóvenes.

—Preciso era ver, añadió sonriendo, de qué modo se enfurecían los enamorados.

Recordaba además que habia estado en observación en las inmediaciones del club, y que gracias á su ilustre protección, se habia verificado la entrada en el club de Enrique y Roger.

Concluía diciendo:

—Si los dos muchachos no matan mañana á ese bribon de nabab, será porque tendrá siete vidas como los gatos.

Lola se gloriaba de haber enfurecido al joven Pontalés, que habia pasado todo el día en la sala de armas para adiestrarse la mano.

No se limitaba á esto solo su trabajo.

Habíase trasladado por orden de Roberto al palacio Montalt, donde en muy cortos minutos habia conferenciado con una de las mujeres de Mirza, llamada Nawu.

XI.

LA HERENCIA.

La noche de ese mismo día, tan útilmente empleado, hubo un pequeño festin en la fonda de las Cuatro Partes del Mundo.

La jornada habia comenzado mal. Se habian despertado en la tristeza. El encuentro de las dos hijas del tío Juan, que creían muertas, su presencia en el palacio del nabab, las imprudentes revelaciones hechas á este último por Roberto, en fin, el rapto del Angel.

Era una serie de golpes terribles y muy difíciles de parar al parecer.

Pero habia variado la escena, ó mas bien, porque

Esa mujer era de origen malayo y sostenía la detestable reputación de su raza.

Lola conservaba un rencor inmenso y reciente á las dos hijas del tío Juan. Había dado dinero á Nawu, la malaya, y ésta le había prometido encontrarse á la caída de la noche en la calle de Gabriela con objeto de recibir un nuevo presente y saber lo que se esperaba de ella en cambio del oro dado.

Lola, cuya naturaleza no era cruel, hubiera dado tal vez á pesar de su rencor al dictar las condiciones del contrato.

Así pues, no se habían fiado de ella. Quien se encargó de acudir á la cita fué el señor conde de Monteiro.

Nawu era capaz de comprender á media palabra lo que de ella se exigía. Las mujeres de su país son, según afirman los viajeros, los primeros envenenadores del universo.

Envenenan por un collar de vidrio, por un crespón de la India, por una estampa iluminada, como sus maridos dan puñaladas por un frasco de aguardiente.

Esto es cosa conocida y no necesitamos formar la reputación de la raza malaya.

Nawu se guardó el dinero, prometiendo que á la mañana siguiente dormirían para no despertarse jamás las dos jóvenes.

Tuvo la discreción de no informarse de la causa que obligaba á Blas á hacer uso de su talento.

Se convino una señal. Nawu prometía que cuando hubiese concluido su empresa encendería dos luces en la última ventana del ala izquierda del palacio, que daba justamente sobre aquellas callejuelas desiertas por donde hemos visto internarse el carruaje de Mme. Cocarde el día de la fiesta del nabab.

A las altas horas de la noche habría una persona en esas calles esperando la señal. Nawu recibiría al día siguiente el complemento de la recompensa.

Era un negocio muy sencillo y tratado de la mejor buena fe por las dos partes. No se trataba, como hizo observar Blas bebiendo un vaso de jerez de ahogar á nadie según la escuela de Bibandier y Mme. Nawu aparentaba ser mujer que cumplía su palabra.

Por lo que hace á la señal, era únicamente Blas quien debía verla, y nuestros tres caballeros no tenían necesidad de molestarse para ir á esperarla. Sus negocios los llamaban á otra parte antes de salir el sol.

Porque como se puede comprender, al combinar los cinco desafíos del nabab había querido Roberto procurarse otras seguridades además de las del duelo, y nuestros tres caballeros tenían proyectado dormir muy poco aquella noche.

Cada uno ensalzaba sus cualidades; el Americano tomó la palabra.

—Yo, dijo, no menciono á Vicente ni al tío

TOM. III.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

4^{da} Ed. 1625 MONTERREY, MEXICO

Juan, á quienes he arrojado al nabab como perros rabiosos.

—¡Y qué bien estaba el tío Juan, dijo Bibandier, con sus albarcas y su tosco chaqueton! Cuando recuerdo que he estado peor vestido que él!

—¡Miseria! prosiguió el Americano; no digo que no, pero me pertenece la idea de haber entablado relaciones con Mme. Nawu. Es preciso dejar algo á ese buen muchacho Blas, que sabe manejar los dedos con una habilidad estremada. En cuanto á la expedicion de mañana, pertenece á los futuros contingentes, y es preciso esperar para juzgar sus resultados. Pero de lo que me glorío, queridos amigos, es de haber hecho una buena accion que regocija mi conciencia.

Recostóse en el respaldo del sillón, tomando un acento teatral.

—Habia una pobre familia reducida al último grado de la miseria. Nosotros habiamos contribuido bastante á ponerla en esa triste situacion.

Lo que hoy he hecho debe calmar para siempre nuestros remordimientos.

He llegado en el momento en que el marido habia encendido un braserillo en medio de la pobre habitacion; he entrado como un buen ángel; he dado respiracion á sus ahogados pechos, he tomado á los dos del brazo y los he hecho subir en mi carruaje, á pesar de lo destrozados que estaban.

—¡Ahl exclamó Bibandier.

—Los he conducido cerca de aquí, dijo Roberto,

á una fonda decente. Les he dado buena comida y cama. Están como el pez en el agua.

—¿Y cómo te han seguido? preguntó Blas.

—He dicho á Penhoel, respondió Roberto, que le daria tanto aguardiente como deseara, y una revancha general por todas las partidas de ecarté que en Bretaña perdió con nosotros.

—¿Y la Señora? preguntó Blas.

—Le he hablado de su hija.

—¡Pobre mujer! murmuró Lola, que bajó los ojos por efecto de un involuntario movimiento de piedad.

—¡Con cuánta razon se dice, prosiguió Roberto, que toda buena accion tiene su recompensa! porque ahora tenemos en nuestro poder al verdadero señor de Penhoel, hijos míos, y ¡ay de ese bergante de Pontalés!

—No nos falta mas que una bagatela, dijo Bibandier, quinientos mil francos.

—¡Bah! dijo Blas; mañana tendremos tres millones.

—¿Y si no llega á suceder?

—En ese caso, exclamó Roberto, podremos utilizarnos del mismo Penhoel, porque aun no os lo he dicho todo, queridos míos. Esa especie de prueba que yo hice ayer refiriendo al nabab un hecho demasiado verídico, no ha dejado de tener su resultado, por mas que á primera vista pareciera imprudente. ¿Sabeis ya que he recibido esta mañana antes de salir una carta del palacio Montalt?

—Sí, replicaron á la vez Blas y Bibandier. ¿Sabes lo que quiere el nabab?

—Lo sé.

—¿Lo has visto?

—No, pero al volver aquí me he encontrado con otras dos cartas de Berry Montalt. En la primera ya sabeis que no decia nada. En la segunda se explica algo. En la tercera canta de plano como un inocente.

—¿Y qué dice?

El Americano se sonrió.

—Es una historia muy chistosa, replicó al fin, y que no se comprende fácilmente. No sé qué pensar; pero ese Montalt, como todos los que vuelven ricos de la India, es hombre de caprichos absurdos é inesplicables.

—¡Pero!

—Bien; he aquí lo que es. Parece que ayer he estado muy elocuente, sobre todo acerca de cierta misiva dirigida por Marta á Luis de Penhoel; hace mucho tiempo que ese documento nos está siendo de la mayor utilidad en los negocios de Bretaña. Y ahora he aquí que Montalt lo quiere comprar á un precio fabuloso.

—¿Comprarlo? dijo Blas; ¿para qué?

—¿Lo sé yo acaso? He visto en Lóndres un inglés que pagó delante de mí dos mil guineas por tres renglones de letra de una ladrona colgada en Tyburn, y ya sabeis que Montalt es inglés.

Pronunció estas palabras como si estuviera preocupado con otra idea.

—¿Pero tienes tú esa carta? dijo Bibandier.

El Americano sacó la cartera.

—La tengo, replicó, y casi estoy para creer que en efecto tiene mucho valor cuando por obtenerla me ha permitido ese pobre diablo de Penhoel que robara á su hija. Aquella noche sucedieron muchos acontecimientos, y Penhoel al partir se la dejó olvida, por lo que yo me volví á apoderar de ella.

—Y bien, dijo Blas; ¿por qué dudas ahora?.... ¡véndela!

Roberto estaba pensativo á pesar suyo.

—¡Sin duda, replicó, sin duda! El nabab no acostumbra reparar en lo que paga por sus caprichos, y estoy convencido de que nos daría cuanto quisiéramos; pero es preciso esperar. Un arma vale á veces mas que el dinero. Y mañana, como acabas de decir, amigo Blas, seremos millonarios.

Avanzaba la noche cuando Berry Montalt estaba de vuelta en su palacio. Habia pasado fuera todo el dia, y desde el Círculo habia escrito las últimas cartas al caballero de Las Matas.

La primera cosa de que se informó al bajarse del carruaje, fué de si habia ido el caballero ó si le habia escrito. El portero contestó negativamente á estas dos preguntas. No se habia recibido ninguna carta, y la única visita que por la mañana habia

ido al palacio, habia sido la marquesa de Urgel, preguntando por Mirza.

El nabab subió á sus habitaciones con aire triste y preocupado. Al entrar se sentó en su carpeta y mojó la pluma en tinta.

—¡Juan de Penhoel! murmuraba, ¡una niña robadal! Todo esto es muy extraño. Tal vez hubiera debido hablar.

Dejó la pluma, apoyando su cabeza en la mano.

—¡Me persiguen y redean esas ideas! prosiguió; ¿será la mano de Dios ó un juego de la casualidad? He hecho bien en incomodarme y decir, ¿qué me importa? ¡Mis heridas destilan sangre! ¡No tengo mas que un pensamiento!

Permaneció inmóvil un momento; luego su pluma, cogida con furor, corrió veloz sobre el papel.

Escribió una carta en un abrir y cerrar de ojos, pero la rompió mas pronto aún.

—¡No es este el medio de saber! He manifestado demasiado claramente á ese hombre mis deseos, murmuraba. Ahora no me resta ya mas que proponerle una venta.

Escribió otra vez:

“Si la carta de que el caballero de Las Matas me ha hablado ayer es remitida al palacio Montalt antes de media noche, pondré á disposicion del caballero una suma de cincuenta mil francos.”

Firmó.

Estando cerrando la carta se detuvo un momento y la abrió para poner cien mil en vez de cincuenta.

Su pluma quedó suspendida durante mas de un minuto, porque se preguntaba si no debía doblar la suma prometida.

Llamó á Seid y le entregó la epístola.

—Me traerás la respuesta en este mismo momento.

Seid se inclinó como de costumbre en señal de obediencia.

Al salir lo llamó Montalt.

—¿Han vuelto al palacio, preguntó dudando, esas niñas?

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo?

—Sí.

—Hazlas venir.

Seid se retiró.

Un momento despues entraban en la habitacion del nabab Diana y Elena.

A pesar de la naturaleza novelesca y aventurera de su carácter, á pesar de la completa ignorancia en que se encontraban de las cosas del mundo, no podian las dos jóvenes prescindir de considerar como un sueño el recuerdo de aquella única y extraña entrevista que habian tenido con el nabab.

Habian pasado gran parte de la noche en el palacio velando cerca del lecho de Blanca, que se encontraba desde por la mañana en una especie de letargo.

La pobre niña habia experimentado aquella noche un choque terrible; aquel misterioso rapto la

habia destrozado: desde su entrada en el palacio Montalt no se habian vuelto á abrir sus ojos; su respiracion era débil; hubiérasela creído muerta si alguno que otro quejido no hubiera salido á intervalos de sus pálidos lábios.

Nawu, la criada de Mirza, habia acudido solícita á ofrecer su auxilio á las dos jóvenes.

Esta Nawu hacia una enfermera atenta y esperta. Era un socorro precioso que Diana y Elena aceptaban con reconocimiento.

Al velar á la cabecera del lecho de Blanca reflexionaban las dos jóvenes, y aunque no se pudiesen comunicar sus pensamientos por temor de despertar á la enferma, eran estos iguales.

Preguntábanse cómo la Señora y René de Penhoel habian podido huir en el estado en que se encontraban; los habian dejado moribundos! ¿Por qué abandonar su retiro precisamente en aquel momento?

¿Dónde habian ido?

Ninguna respuesta era posible á estas preguntas. Elena y Diana entreveian un misterio sin intentar siquiera penetrarlo.

—Volveremos mañana, se decian.

Y abandonando su imaginacion ese insoluble enigma, volvian á otras ideas. Diana pensaba en Enrique, Elena en Roger.

¿Qué habrian pensado la víspera? ¿Amaban aún? ¡No habian olvidado! ¡Oh! ¡eran tan amados!

Diana se regocijaba de haber encontrado el corazón de Enrique perteneciéndole todo.

Elena perdonaba á Roger su loca inconstancia por las lágrimas que le habia visto derramar.

Le amaba.

Una mirada cambiada manifestaba á las dos hermanas lo que sus almas sentian. Era una conversacion muda, y á veces se sonreian las dos, ruborizándose, como si en palabras demasiado atrevidas hubiesen enseñado su corazón de vírgenes.

Despues comenzaban á reflexionar sobre mil ideas á cual mas inocentes, pero ilusorias. No siempre se puede hablar de amor ni aun con el alma, y habia un asunto de meditacion que se apoderaba siempre de su pensamiento.

Aquel hombre que entonces era su huésped y que con una voz dulce y una sonrisa tan buena les habia dicho: soy vuestro padre; ese hombre, cuyo solo aspecto habia hecho terminar sus dias de miseria, ese buen génio de los pasados sueños, estaba allí siempre delante de sus ojos.

Veíanle con su noble belleza, con aquel orgulloso encanto que radiaba en su sonrisa.

Sus mas insignificantes palabras estaban grabadas en el corazón de las dos jóvenes.

¡Habia comenzado por ser muy cruel para ser luego tan generoso!

Diana y Elena no encontraban nadie con quien compararle; los hombres que hasta entonces habian visto no eran así.

No le conocian, pero tal vez le adivinaban mejor que las personas que llevaban muchos años de vivir á su lado.

Causábales regocijo pensar que tal vez les fuera posible echar un bálsamo en las envenenadas heridas de aquel gran corazón.

Desde por la mañana no habia dado señales de vida, pero no se habian inquietado por eso, puesto que tenian toda la casa á sus órdenes. Seid habia hablado; todos en el palacio las obedecian como al mismo nabab.

Esperaban: tenian el presentimiento de que Montalt no las habia olvidado. En su esperanza no habia impaciencia, porque un secreto sentimiento de temor se mezclaba á su cariño reconocido.

Las horas de la ausencia habian hecho á sus ojos al nabab mas respetable, y temblaban casi á la idea de volverle á ver.

Pero en esto no habia la menor sombra de desconfianza. Desde hacia doce horas que habian llevado al Angel al palacio del nabab, no les habia ocurrido la idea de que pudiera haber en éste peligro ó inconveniencia.

La orden de Montalt las halló preparadas. Dejaron á Blanca con Nawu y salieron de la alcoba agarradas de la mano.

Así entraron en la habitacion de Montalt.

Permanecieron en el dintel de la puerta con los ojos bajos, encendida la frente y la sonrisa en los labios.

Montalt proseguia cerca de la carpeta.

Las miró un momento en silencio con admiracion como si le hubiese chocado encontrarlas tan bellas.

—Acercaos, dijo al fin.

Diana y Elena se adelantaron. Pero la entrevista estaba muy lejos de anudarse con aquella íntima familiaridad con que el sueño del nabab habia interrumpido la precedente, y la gentil mejilla de Elena se hubiera puesto aun mas bermeja si alguno le hubiese recordado que se habia atrevido á estampar un beso en la frente de aquel hombre.

Montalt estaba grave, casi severo.

—Buenas noches, Berta, dijo, tomando á las dos hermanas la mano; buenas noches, Luisa! Hace mucho tiempo que no os he visto. ¿Habeis pensado hoy en mí?

—Sí, mitor, replicó Elena.

—Gracias á vos, añadió Diana, hemos llevado socorros á los que amamos.

Montalt las miró de frente.

—¿Y no habeis sentido haberme engañado? murmuró.

—¡Engañado! balucearon las dos jóvenes cambiando una mirada.

El nabab sonreia tristemente.

—¿Cuál de vosotras se llama Diana, preguntó, y cuál Elena?

Las dos hermanas se pusieron pálidas.

—¡Oh señor, señor! exclamó Diana; os ruego que nos perdoneis! La desesperacion nos impulsó á ve-

nir. Parecíanos que al dar ese paso arrostrábamos la censura del mundo. Os hemos engañado, es verdad, pero ha sido porque pensábamos en nuestro anciano padre.

—¿Vos sois Diana, dijo el nabab, y amais á Enrique?

—[Enrique!... repitió la jóven.

Parecía que solo un poder sobrenatural podia leer en el fondo de su corazon.

—¿Y vos, Elena, prosiguió el nabab, amais á Roger de Launoy?... ¡Dios os haga felices, pobres niñas!... El amor hace sufrir mucho... Y cuando se dedican uno á otro dos corazones, sucede siempre que uno de ellos miente ó se engaña.

—Enrique es honrado, replicó Diana levantando la cabeza.

—Lo creo, dijo Montalt.

—Roger me ama, añadió Elena.

—¿Cómo no amaros, hija mia? ¿Quién sabe? Tal vez habré hecho mal. Dios lo quiera.

Su fisonomía cambió como si hubiera hecho un esfuerzo para sacudir su tristeza. Acudió á sus labios la sonrisa y tomó las manos de las dos niñas, estrechándolas contra su corazon.

—¿Por qué no me llamais vuestro padre? dijo casi alegremente.

Diana no respondió; pero Elena, mas atrevida por momentos, movió la cabeza.

—Porque nos reñís, dijo, y porque habeis adivinado nuestro secreto.

—¿Y si os perdono?

—Entonces os perdonamos.

Montalt las atrajo hácia sí, reuniendo sus encantadoras cabezas bajo un mismo beso.

—Gracias, hijas mias, dijo.

—Gracias, padre, respondieron al mismo tiempo las cariñosas voces de las dos hermanas.

Montalt permaneció algun tiempo contemplándolas en silencio. No se veia ya obligado á fingir para ocultar su tristeza; una espresion de alegría brillaba en su rostro.

—Es verdad, dijo; he adivinado un secreto sin embargo de que dejó dormir tanto mi espíritu. Os amo tanto, hijas mias, que no he podido menos de hacer lo que todos. He olvidado que habia muerto y que en mí no habia ni curiosidad ni deseo. He trabajado, procurando leer en la mirada... y lo he conseguido.

—¿No habeis averiguado mas que eso? preguntó Elena, aparentando indiferencia.

—Nada mas, señorita Berta, replicó el nabab. Estad tranquila; ignoro el nombre de vuestro anciano padre, que es un caballero. No sé mas sino que os amo, y que soy feliz al veros cerca de mi corazon.

—Tambien nosotras os amamos, murmuró Diana conmovida, como un amigo, como un padre.

Los ojos de Montalt vagaron un momento por el vacío.

—¿Sé yo por qué? pensó en voz alta. Dicen que soy un hombre caprichoso, y á veces lo creo. Sin embargo, hijas mías, creo que Dios os ha atravesado en mi camino para que sirva de algo bueno en la tierra. ¡Oh! no jugaré mas; lo que me queda es vuestro, hijas mías, y sereis ricas.

Se sonrió.

—Acordaos de que durante mucho tiempo os he perseguido. La sociedad me cree loco por galanterías y aventuras amorosas. ¡Pobre sociedad, que toma la desesperacion por el ardor y el desaliento por la fiebre! Al perseguiros no pensaba en mí. Vais á quererme mucho. Enrique y Roger, á quien tanto amaba entonces, me hablaban sin cesar de vosotras y queria darles un remedio contra su amor.

—¡Oh! dijo Diana con tono de queja; ¡queriais hacernos infelices!

—El amor es una desgracia muy cruel, hija mia. Al veros bellas como ángeles, me dije: he aquí lo que necesito. Y sin conoceros os oponia á vosotras mismas. Tomaba dos pobres cantoras para hacerlas rivales de dos nobles hijas de Bretaña. Ya veis, hijas mías, que en todo está la mano de Dios, pues que esta vez os ha defendido de mí.

—Padre, dijo Elena, besándole la mano con un estremecimiento de temor, ¡cuando reflexiono que hubiéramos podido odiaros!

El nabab bajó los ojos, oscureciendo su frente una nube.

—Tal vez hubiera sido eso mejor, dijo; ¿quién

sabe lo que serán mañana nuestros corazones? Cuando os veo me parece que está curada mi alma. Cuando os oigo llamarme padre soy feliz y me parece que no he tenido sufrimientos.

—Pero todo eso es una pura farsa, añadió levantándose bruscamente; vosotras no sois hijas mías, otro tiene derecho al amor que yo quisiera para mí!

Las dos hermanas le miraban tristemente sin saber qué contestarle.

Montalt recorria la estancia á grandes pasos.

Al cabo de algunos minutos se dejó caer sobre un sillón.

—¡Padre! dijo Diana tomándole tímidamente la mano; ¿estais enfadado con nosotras?

El nabab la estrechó contra su corazon con un gesto apasionado.

—¡Dios! exclamó, ¡oh! eso seria demasiado; ¡es verdad! ¡no he merecido tanta felicidad! pero si únicamente me hubiese concedido Dios una hija como tú, Diana, ó como tú, mi querida Elena, ¡cuánto habria cambiado mi vida, cuán pronto olvidaria la nada que sigue á la muerte!

—Vos, que sois bueno, ¿dudais?

—¿No vale mas dudar que olvidar?

Elena escuchaba sobrecogida por ese vago terror que la blasfemia inspira á la fe.

—¡Oh! dijo Diana con dolor, ¡habeis sufrido mucho?

—¿Si he sufrido? pronunció el nabab con voz sorda y con acento de amargura tan desgarrador, que las dos hermanas sintieron circular un frío glacial por sus venas. ¡Pobres niñas! Plegue á Dios ignoreis siempre lo que es un sufrimiento igual al mio.

Procuró sonreír, y este esfuerzo hizo mas dolorosa la espresion de profunda angustia que espresaban sus facciones.

Elena y Diana se le acercaron atentas.

—Pero creo, prosiguió Montalt con una especie de fatiga y de sarcasmo, que he hecho mal en sufrir. Muchos me tomarian por un loco si supieran mi historia, y tal vez fueran estos cuerdos. ¿Qué me han hecho? ¿me han asesinado, despojado, ó únicamente vendido? No. Yo tenia un amigo y una amante. Amaba á una jóven hasta el extremo de dar mil veces por ella la vida. Al otro, que era mi amigo desde que sentí palpitar mi corazón, le amaba hasta sacrificar mi amor.

“Era débil, ya me creia fuerte, ambos éramos casi niños. Lo ví desgraciado porque amaba en secreto á mi prometida.

“Tal vez hice mal, hijas mias, porque hay sacrificios injustos y crueles. La jóven tenia derecho á mi amor y ante Dios no tenia yo derecho para huir.

“Sin embargo, abandoné la casa de mi padre con las lágrimas en los ojos, yo, que no sabia aún mas que sonreír.

“Llevaba al destierro mi entusiasta amistad y el amor que debía llenar mi vida.

“¿De qué debía quejarme? Mi amigo se casó con la mujer que yo le habia cedido. Y un dia, en que desde muy lejos, un dia en que me acercaba á la casa de mi padre, y que me decia: “forzoso será sonreír al ver su felicidad,” encontré á mi amigo en el camino.

“Se negó á darme la mano. Interpuso entre los dos la puerta de su casa. Volví á partir con la muerte en el alma.”

A los ojos de las dos jóvenes asomaban algunas lágrimas.

—¡Pobre padre! dijeron cubriendo sus manos de caricias.

—“¿De qué debo quejarme? repitió el nabab con la mayor amargura; ¿qué iba yo á hacer en la casa de aquel hombre? Le habia cedido mi felicidad; tal vez creyera que iba á robársela. ¡Oh! ¡pero la amaba tanto!

“¡Y la pobre jóven que es ahora su mujer! ¡abandonada, casi vendida por mí!

“¿Con qué derecho podia reclamarle un recuerdo?

“¿No habia yo desgarrado su existencia?

“Sabia únicamente que habian destrozado mi alma, ya que no mi cuerpo, él por haberme echado con su celosa desconfianza, ella porque le habia dirigido el grito supremo de mi arrepentimiento y de mi dolor y ella habia guardado silencio.”

Apoyó la frente en sus dos manos.

—“¡Oh! ¡la amabal murmuró con voz trémula: veinte años han trascurrido desde entonces, y nunca he amado á otra mujer. He suplicado á Dios que me la hiciese olvidar. ¡Pero no ha querido escucharme! ¡La amo aún! ¡la amo! Esta noche me he vuelto loco oyendo contar una historia en que no sé qué mujer representaba un papel que podía asemejarse á su vida.

“Y ahora que os hablo estoy esperando como un pobre insensato. He visto una vaga esperanza en la noche de mi porvenir. ¡Si me hubiera engañado! ¡si como yo hubiera sufrido tambien ella!

“Espero para saber si debo vivir ó dormirme en la fatiga que me anonada.”

Calló.

Elena y Diana le escuchaban aún.

Habia en ellas una emocion poderosa y grave que las volvía mudas.

Uno de los negros entreabrió la puerta de la habitación.

—Una carta para milor, dijo.

La sangre refluyó á las mejillas del nabab.

—¿De dónde viene? preguntó con voz mal segura, mientras que el negro se le acercaba.

—De la fonda de las Cuatro Partes del Mundo, respondió el negro.

Montalt se puso mas pálido.

Temblaba su mano al tomar la carta. La miró

durante largo rato; hubiérase podido decir que no se atrevia á abrirla.

—Esta es mi sentencia, murmuró al fin sonriendo con tristeza.

Guardó la carta cerrada en su seno.

—¿No quereis saber? aventuró Diana.

—Despues, replicó el nabab, si mi deseo está satisfecho, tengo para regocijarme toda la vida; si mi última esperanza me engaña, tengo que sufrir durante una larga noche. Hablemos de vosotras, hijas mias, porque es preciso que al menos haga felices á algunos séres. Os he hecho ayer una promesa; no la he olvidado y voy á cumplirla.

Se dirigió al escaparate.

Tomó de uno de los cajones la llave del armarito que se encontraba á los piés de su cama.

—Mirad bien lo que hago, dijo; tal vez tengais necesidad de recordarlo.

Tomó del armarito la caja de sándalo y volvió junto á las niñas.

—He aquí toda mi fortuna, prosiguió. Nada poseo en el mundo mas que esta caja, que encierra un bucle de cabellos rubios. Cuando estoy solo acostumbro mirarlo y veo sonreir entonces todos los encantadores placeres de mi juventud. Este bucle está guardado por los diamantes que lo rodean. Para quitármelo seria preciso quitarme tambien los diamantes, cuya pérdida me dejaria mas pobre que un mendigo. No poseo ni mujer, ni hijos, ni fami-

lia; he querido hacer un brillante asilo á un caro recuerdo.

Llevó la caja de sándalo á sus lábios para besarla primero, y luego para arrancar con ayuda de los dientes algunos de los diamantes engarzados en la tapa.

Tomó cuatro y los examinó durante algunos segundos.

—Esta es la moneda que yo me he hecho, prosiguió continuando su exámen. Sé el valor de estas piedras tanto como si fuera tasador. ¿No me habeis dicho que necesitábais quinientos mil francos?

Elena y Diana no pudieron hallar respuesta: tanta sorpresa y emocion experimentaban!

—Me quedan aún cinco ó seis veces mas, prosiguió el nabab, que parecia contar mentalmente los numerosos vacíos señalados en la cubierta de la caja. ¿Y quién sabe si en adelante tendré necesidad de esta fortuna? He aquí cuatro piedras que cuando menos valen cincuenta mil escudos: os las doy, hijas mias.

—¿Será posible? exclamaron á la vez Diana y Elena.

—No lo agradezcáis, continuó el nabab bajando la frente á su vez. Ann os debo mucho mas. Hacia veinte años que estaba muerto mi corazon, y vosotras lo habeis resucitado en un dia. Si, añadió fijando en ellas sus ojos enternecidos; habia olvidado el placer de amar. Benditas seais, hijas mias,

porque pedireis á Dios por mí cuando no me volvais á ver.

Las dos hermanas se estremecieron, llenándose su mirada de inquietud.

Montalt detuvo la pregunta que iba á salir de sus lábios.

—No temais nada, dijo; una vez que os he hallado, tendrá Dios piedad de mí. ¿Me amais?

—¡Oh padre, padre! exclamaron las dos jóvenes, que procuraban sonreír á través de sus lágrimas; os amaremos siempre.

Montalt sonreía tambien humedecidos los ojos.

—¡Queridas, queridas niñas! murmuró; os creo, y creo que todos seremos felices.

Habia depositado los cuatro diamantes en la mano de Diana.

Volvió hácia el armarito con objeto de dejar en él la caja.

Mientras que daba dos vueltas á la llave sonó el reloj: era media noche.

Montalt volvió hácia las jóvenes, pero sus lábios no sonreían ya.

—Diana, dijo, os confío esta llave. Tengo aún que deciros muchas cosas, pero necesito estar solo. Mañana á las ocho os volveré á ver, tal vez á las nueve. Si á las diez no hubiese vuelto aún, os servireis de esta llave, Diana; tomareis la caja de sándalo. Los diamantes que la cubren son vuestra herencia.

—¡Oh, padre! interrumpieron las dos jóvenes asustadas, estrechándole contra su corazón.

—Dejadme proseguir, replicó Montalt, que hablaba con voz triste, pero firme. La fortuna que os hago no es para que la entregéis ni deis parte de ella á nadie. Únicamente me prometeréis que en el caso de que no volviere, destrozais el bucle que encierra la caja. Prometedme quemarlo, hijas mías, y arrojar sus cenizas al viento.

Diana y Elena lo prometieron.

Querían hablar y descargar el peso que oprimía su corazón; pero el nabab las condujo en persona hasta la puerta.

Se precipitaron en sus brazos y las rechazó suavemente.

—Hasta mañana, hijas mías, dijo.

Estaba solo.

Por un momento permaneció junto á la puerta escuchando los pasos ligeros de las dos hermanas, que se alejaban por el corredor.

Colocó la mano sobre su boca como para enviarles el último beso.

Luego sacó precipitadamente de su pecho la requesta de Roberto.

La miró un momento antes de abrirla.

No se atrevía.

La respiración levantaba penosamente su pecho, y gruesas gotas de sudor inundaban su frente!

Al fin rompió el lema.

La carta estaba concebida en estos términos:

“El caballero de Las Matas tiene el honor de presentar sus respetos á lord Berry Montalt, suplicándole suspenda hasta mañana á la noche el asunto sobre que pregunta.”

La cabeza de Montalt cayó sobre su pecho.

—¡Mañana! murmuró.

Luego añadió desgarrando la carta:

—Moriré sin saber....

de haber envenenado en Londres á un gran mulato que la habia abandonado despues de ser su amante.

Pero aparentaba idolatrar á Mirza, y ésta habia conservado sobre el espiritu del nabab ese poder que da la costumbre.

Nawu no habia sido echada, á pesar de que los dos negros del nabab pretendian haberla visto verter algunas cosas diabólicas en el último vaso que habia bebido el mulato.

Al cabo de dos ó tres minutos se levantaron lentamente los ojos bajos de Nawu; sus miembros estaban inmóviles, pero sus pupilas, negras como el ébano, comenzaron á girar con vivacidad como si hubiese querido abarcar de una sola mirada toda la estension de la estancia.

Cuando este rápido exámen la hubo convencido de que estaba sola se dirigieron sus inquietas miradas hácia Blanca, dormida.

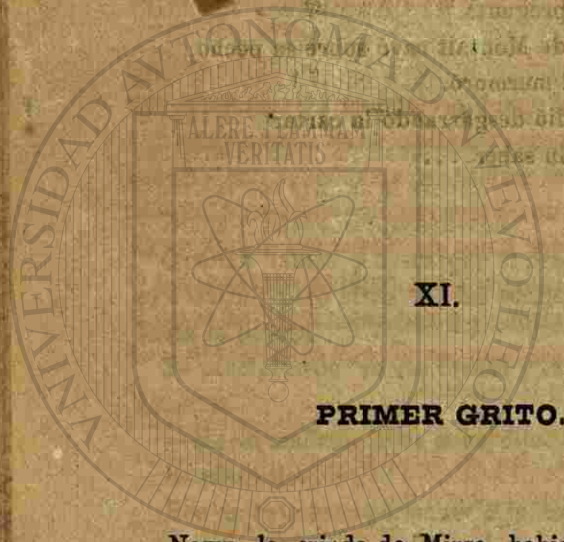
Los párpados de la niña estaban cerrados. Por esta parte estaba Nawu al abrigo de toda sorpresa.

Se levantó y llegó á la chimenea, cerca de la que se entibiaban dos cafeteras de plata; en una de ellas habia tisana para Blanca, en la otra agua para el té de Diana y Elena.

Nawu se acercó á la chimenea, reavivando el fuego.

Su fisonomía espresaba duda y piedad.

—Muy bellas son las dos jóvenes, murmuró, muy amables, y sus voces penetran hasta el corazon. Yo soy vieja y fea.



PRIMER GRITO.

Nawu, la criada de Mirza, habia permanecido sola á la cabeza del lecho de Blanca cuando las dos hijas del tío Juan dejaron la habitacion para ponerse á las órdenes del nabab.

Durante los primeros minutos que siguieron á la partida de las dos jóvenes, estuvo Nawu como de ordinario sentada en un sillón con los brazos tendidos y en actitud de la mas completa apatía.

Era una mujer de elevada estatura, que apenas podria tener cuarenta años, pero cuya cobriza piel estaba ya surcada de arrugas.

Los criados del palacio la temian. Acusábasela

Levantó la tapa de la cafetera que contenía agua.

—Y luego, murmuró frunciendo el entrecejo, su belleza hace verter lágrimas á mi señora.

—¡Pobre Mirza, cuán bella era antes de que las lágrimas hubiesen hundido sus ojos! Antes la amaban, ahora la desprecian.

Al hablar así acariciaba Nawu en el fondo de su bolsillo las monedas de oro.

—Sí, sí, replicaba, lo que hago es por mi buena ama. ¿Qué me importa este oro?

Sus ojos desmentían sus palabras.

Cuando hubo contemplado bien sus luises, los depositó en el bolsillo y sacó del seno una botellita de cristal.

Nawu había destapado la botellita.

Murmuraba mirando hervir el agua:

—Esto mata pronto; las jóvenes no sufrirán.

Ha cesado su incertidumbre.

Tendió la mano y vertió en el agua caliente la mitad del contenido del frasco.

En la habitación no se oía el ruido mas leve, y sin embargo, Nawu no estaba sola. Al salir Elena y Diana no se habían cuidado de cerrar la puerta, que permanecía entreabierta.

Si la penetrante mirada de Nawu se hubiese vuelto hácia esa parte, hubiera visto en el dintel una cabeza negra como el ébano, cuya boca, entreabierta por la admiración, mostraba dos hileras de dientes de una blancura deslumbrante.

Por lo demás, fué obra de un momento. Antes que Nawu hubiese escondido el frascito en su seno había desaparecido la cabeza del negro.

Seid decía detrás de la puerta:

—La misma agua que mató al mulato.

Nawu se acercó al lecho en que Blanca dormía.

Ocurrióle una reflexión. Podrían fijarse en ella las sospechas y en este caso la acusaba el frasco.

Atravesó la estancia sin ruido y entró en la habitación vecina, cuya ventana abrió para tirar fuera el resto del veneno; su ausencia no duró mas que un minuto. Cuando entró se había despertado ya Blanca temblando.

Y murmuraba con su voz débil, que apenas se oía, que había visto á un hombre negro atravesar la estancia á gatas, acercándose á la chimenea.

Nawu no comprendió ó no hizo caso; la habitación estaba desierta y las dos cafeteras en su sitio.

Algunos momentos despues volvieron Diana y Elena.

Parecían muy tristes y sus ojos conservaban las huellas de las lágrimas.

—Dejadnos solas, dijeron á Nawu; podeis ir á descansar.

Nawu no se apresuraba á obedecer. Daba vueltas en torno de la chimenea.

—No habeis tomado nada durante el dia, murmuró; ¿no quereis que os sirva una taza de té?

—Nos la serviremos nosotras mismas; marchad. Nawu salió.

Cuando hubo pasado la puerta se echaron llorando en brazos una de otra Elena y Diana.

Luego se sentaron las dos. Durante algunos instantes las hizo permanecer mudas el dolor.

—Hermana mía, dijo al fin Elena, ¿le dejaremos morir sin intentar al menos salvarle?

Diana movió la cabeza en silencio.

—No hemos pronunciado una palabra, prosiguió Elena, ni un signo, para detenerle en su resolución. ¡Y sin embargo, nos ama! Tal vez nos hubiera escuchado.

—Nos ha alejado, replicó Diana, porque teme nuestras súplicas y nuestras caricias.

—¡Y hemos obedecido sin resistencia! ¡Valor, hermana mía! ¡valor! ¡Oh! como ahora estuviese á su lado le había de decir..... Me agarraría de su brazo y le diría que esa muerte que desea y llama es un crimen, porque estoy segura de que quiere matarse.

Diana tenía secos los ojos.

—¡Qué carazon tan noble! dijo. Dios no ha podido perdonar á los que le han faltado.

—¡Oh! ¡esa mujer y ese hombre! exclamó Elena..... ¡malditos sean!

Diana le oprimó el brazo.

—Calla, murmuró, no sea que por casualidad llames la cólera de Dios. Tal vez sean desgraciados los que maldices, hermana mía.

Elena la interrogó con la mirada, pero se bajaron los párpados de Diana.

—¡Cuán bueno y generoso es! prosiguió esta última despues de un momento de silencio; piensa en nosotros aun en este momento, en que se olvida de todo. Tienes razon, hermana mía; nos ha faltado el valor; pero ¿cómo hablarle? Contaba los minutos; teniamos que decirle tantas cosas; ¡no le habiamos dicho aun nada!

—Ni aun lo que gracias á su asistencia hemos hecho, replicó Elena. Hubiera querido hablarle de la Señora.

—Y de nuestro Angel, que estoy cierta le hubiera amado. Hubiera querido que hubiese visto á nuestra pobre Blanca.

—¡Oh! ¡es verdad! interrumpió Elena. Su voz tenía un acento de tristeza y pesar cuando pronunció los nombres de Enrique y Roger. Mas de diez veces he estado para hacerle una pregunta.

—Si era preciso acusar, contestó Diana, no hubiera querido respondernos.

Blanca se agitó débilmente en su sueño.

—¡Dios mío! continuó Elena. Tú, hermana mía, le amas como yo. Por cruel que fuese la herida de su corazon la hubiéramos curado á fuerza de ternura. Si hubiera querido venir con nosotras á Penhoel qué feliz hubiese sido en medio de toda aquella ventura, obra suya. ¿No me respondes, hermana mía?

—Sí, sí, dijo Diana con aire distraido; creo que hubiese sido muy feliz.

—¡Y ya no es tiempo, exclamó Elena, de intentar el último esfuerzo!

Me parece que en ese momento hubiera estado elocuente. Le hubiese dicho lo buena y santa que es la Señora, la angelical alma que tiene nuestra Blanca, lo dulce y venerable que es la ancianidad de nuestro padre! Le diría nuestros tranquilos gozos de Bretaña, lo que echábamos de menos, lo que llorábamos, hermana mía, cuando estábamos solas en medio de este gran París.

Se detuvo, porque el Angel se agitaba mas. La descolorida boca de la pobre niña exhalaba quejas ahogadas.

—Sufre, murmuró Elena.

Diana parecia distraida para los dolores del Angel como para los sueños del porvenir de su herencia.

Su mano hizo sufrir una presion mas fuerte al brazo de esta última.

—¿Has mirado bien á Berry Montalt? preguntó de pronto.

—¿Por qué? balbuceó Elena admirada.

—¿Has advertido... no sé si me engañaré; ¿has advertido una semejanza?

—Sí, interrumpió Elena vivamente, eso me ha llamado la atención dos ó tres veces; pero es en vano que evoque mis recuerdos, porque no hallo la fisonomía.

—¿No recuerdas tú ya, interrumpió Diana á su vez, el tiempo en que era feliz Penhoel?

—¡Es verdad! dijo Elena abriendo desmesurados ojos; es verdad. Cuando me represento la sonrisa de Montalt me parece que veo sonreír á Penhoel.

La meditacion absorvia á Diana mas y mas.

—Es que aun hallo otra cosa, añadió con lentitud. Recuerda que en Bretaña nos decian con frecuencia que nuestro tío Luis habia amado á la Señora.

—¿Creerás? comenzó Elena.

—¿Y que la Señora le amaba, prosiguió Diana, cuyas miradas brillaban, y que Luis de Penhoel abandonó la Bretaña, porque su hermano René se moria de amor por la Señora?

—¡Oh! dijo Elena pálida de emocion, es verdad! Hermana mía, es preciso correr á echarnos á sus piés, á rogarle, á suplicarle.

Habia cogido el brazo á Diana, arrastrándola hacía la puerta.

Blanca lanzó un grito agudo; las dos jóvenes se detuvieron asustadas. Blanca se incorporaba en su lecho presa de las mayores convulsiones.

Diana y Elena la habian encontrado vestida en su lecho en casa de la marquesa de Urgel; pero una vez en el palacio del nabab, la habian desnudado para acostarla.

La mirada que entonces habian cambiado, y el súbito carmin de su frente habian manifestado su igual pensamiento.

Blanca estaba en cinta; no se podía dudar.

En cuanto á penetrar el fondo de ese extraño mis-

terio, que parecía acusar de una manera victoriosa á una niña hasta entonces inocente y pura como los ángeles, no lo habían logrado las dos hermanas, sin embargo de darse cada una para sí mil esplicaciones imposibles.

Antes de hablar de este asunto sentían abrasadas sus mejillas; cerrábanse sus ojos y dudaban salir de sus lábios las palabras.

Además, Nawu no había salido de la estancia y las dos hermanas no hubieran querido hablar delante de la criada.

Pero si no se habían comunicado sus pensamientos, no eran por esto menos semejantes.

Al grito de Blanca las sobrecogió el mismo terror.

Había llegado la hora; estaban allí solas, ignorantes y sin saber qué clase de socorros prestar á la enferma; ¡y estaba Blanca tan débil!

Sin embargo, no les ocurría la idea de llamar á nadie en su ayuda, porque en este primer momento de turbación no reflexionaban sobre su estado: el terror que se había apoderado de ellas de improviso las cegaba hasta cierto punto, no dejando hablar más que su instinto, que las gritaba que salvaran el honor de Penhoel.

Sin embargo, ¿qué esperaban? ¡Ay! Mucho les hubiera costado decirlo.

Tenían la vaga voluntad de ocultar al niño que sin duda iba á nacer.

¿De qué modo? Lo ignoraban.

Lo que no podían ignorar es que el nacimiento

de un niño suele poner en peligro la vida de la madre.

En torno del lecho del dolor son necesarios cuidados experimentados y la precisa ayuda de la ciencia.

¿Qué iba á suceder? Allí no se debía esperar más que la ayuda de Dios.

¡Y ay! si Dios cerraba los ojos á aquella estancia en que la virgen ignorante sufría los primeros dolores asistida por dos vírgenes tan ignorantes como ella!

Blanca gritaba: sus quejidos desgarraban el corazón de Diana y Elena, que sin embargo permanecían inmóviles al otro extremo de la habitación. ¿Qué las detenía tan lejos de aquel lecho donde se realizaba un misterio que las asustaba?

Blanca no las veía y se juzgaba sola. Decía entre quejidos:

—¡Dios mío, tened piedad de mí! ¡Santa Virgen, vos que sabeis que soy inocente, no me dejéis morir sin socorro! ¡Oh madre mía, madre mía, si supieras lo que sufro!

El cansancio y la fatiga daban tregua un instante á su tormento.

Diana y Elena veían moverse sobre la almohada su hermosa cabeza rubia.

Estaba tan pálida que se la hubiera podido tomar por una muerta.

Cerrábanse sus ojos; sus grandes y rubios cabellos caían esparcidos sobre su frente y sus mejillas.

Cada vez que se calmaban los dolores volvía la duda á su conciencia de niña, donde no había mas que recuerdos puros.

—¡Estoy loca! ¡Las jóvenes como yo no son madres! ¡Dios mío, si debo morir, quitadme ese pensamiento que me impide orar!

Diana y Elena escuchaban estupefactas; no podían adivinar la increíble verdad, pero sus corazones no tenían necesidad de una certidumbre razonada. Hubieran jurado que Blanca era inocente.

Los momentos de tregua eran cortos. El Ángel de Penhoel comenzaba á sufrir su martirio. Las dos hijas del tío Juan se habían acercado poco á poco, encontrándose de pié junto al lecho.

Blanca abrió los ojos á medias. Una dulce sonrisa vagó por sus labios.

—¡Oh! gracias Virgen Santa! me enviáis vuestros ángeles para socorrerme.

Cerráronse sus párpados.

Murmuró:

—¡Tal vez esté muerta, porque mis dos primas están en el cielo!

Elena y Diana lloraban.

Al cabo de un minuto de calma experimentó Blanca un violento estremecimiento, exhalando un grito agudo. Diana, á quien la emoción hacia sonreír sin embargo de llorar, recibió un niño en sus brazos.

Blanca no sufría ya: una rosada nube cubría su rostro.

Nawu lo había oído todo.

Conservaba su serenidad. El momento era mas favorable que nunca.

—Os pondreis malas, dijo, si no tomáis nada, y esa pobre señorita parece que no tiene gran necesidad de vosotras.

—Tomaremos lo que queráis, exclamaron á la vez Elena y Diana, que mecían en sus brazos al niño sucesivamente.

Nawu preparó dos tazas llenas de té. Al presentarlas á las jóvenes no temblaban sus manos.

Elena y Diana bebieron con placer y confianza, depositando luego al niño en manos de Nawu.

Habían cambiado una mirada.

Blanca parecía dormir; su presencia, pues, no era indispensable. Las dos se lanzaron al corredor para llegar á la habitación de Berry Montalt é intentar el esfuerzo retardado por la crisis de Blanca.

La estancia del nabab estaba desierta y su lecho deshecho, aunque no se hubiese levantado la colcha. Había debido descansar algunos momentos aunque sin desnudarse.

Eran poco mas de la cinco de la mañana.

Sola Nawu puso al niño á los piés de la cama.

—¡Qué bellas eran! dijo, como si las dos jóvenes hubiesen muerto ya.

Luego añadió, moviendo la cabeza:

—Aun les queda un cuarto de hora.

Salió de prisa, trasladándose á la última habitación del ala izquierda, que daba á las desiertas callejuelas.

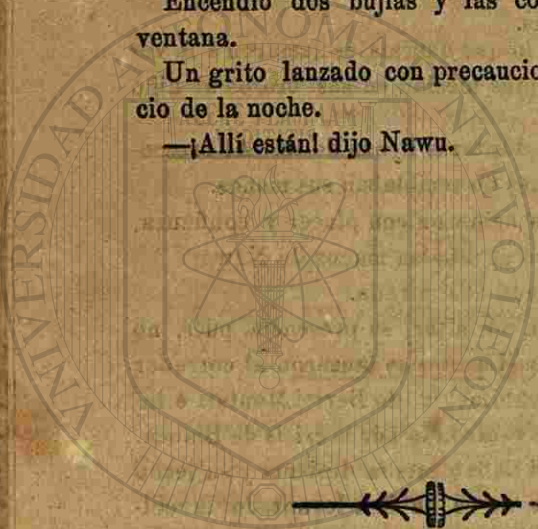
Abrió la ventana; no se oía el menor ruido.

—¿Será que no estén aún? murmuró. Sin embargo, había prometido que á las cinco estaría hecho y me he retrasado diez minutos.

Encendió dos bujías y las colocó junto á la ventana.

Un grito lanzado con precaucion turbó el silencio de la noche.

—¡Allí están! dijo Nawu.



XII.

CINCO ESTOCADAS.

La gran péndola del almacenista de vino de la puerta de Orleans acababa de dar las seis menos cuarto; hacíase de día, silbaba el viento frío y seco entre los árboles despojados del bosque de Boloña.

Algunas carretas retrasadas bajaban aún la avenida de Neuilly, apresurándose para llegar á los mercados. El bosque estaba completamente desierto.

Hacia apenas algunos segundos que el reloj del almacenista habia dado la hora, cuando un elegante carruaje desembocó en la puerta de Orleans.

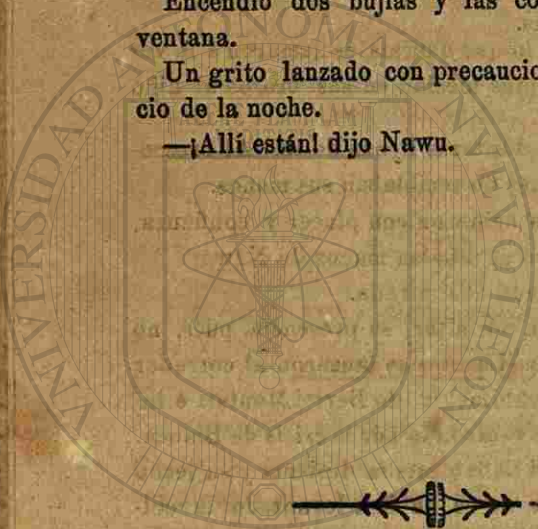
Abrió la ventana; no se oía el menor ruido.

—¿Será que no estén aún? murmuró. Sin embargo, había prometido que á las cinco estaría hecho y me he retrasado diez minutos.

Encendió dos bujías y las colocó junto á la ventana.

Un grito lanzado con precaucion turbó el silencio de la noche.

—¡Allí están! dijo Nawu.



XII.

CINCO ESTOCADAS.

La gran péndola del almacenista de vino de la puerta de Orleans acababa de dar las seis menos cuarto; hacíase de día, silbaba el viento frío y seco entre los árboles despojados del bosque de Boloña.

Algunas carretas retrasadas bajaban aún la avenida de Neuilly, apresurándose para llegar á los mercados. El bosque estaba completamente desierto.

Hacia apenas algunos segundos que el reloj del almacenista habia dado la hora, cuando un elegante carruaje desembocó en la puerta de Orleans.

Atravesó la enarenada plaza al trote de sus magníficos caballos y se detuvo contra la tapia á unos trescientos pasos del centinela.

Los pequeños árboles del bosque de Boloña, que no estaban creciendo entonces, impedían al centinela ver el carruaje. Sin embargo, el valiente soldado del centro, advertido por su belicoso instinto, detuvo el paso, presentando el oído y poniéndose á murmurar:

—¡Esa buena gente va, á no dudarlo, al campo del honor! Un militar francés no debe nunca poner obstáculo á esto.

Y se encajó mas el chacó, embozándose en su capote de color oscuro, dispuesto á no ver ni oír nada.

El carruaje, no obstante, se habia abierto; dos negros habian saltado á tierra para abrir la portezuela y ayudar á su amo á bajar.

Montalt tocó el suelo el primero, y luego Nehemías Jones, el grave mayordomo, bien peinado, afeitado admirablemente y vestido de negro desde la cabeza á los piés.

Dentro el carruaje no iban mas que ellos.

El nabab, que estaba muy pálido, y cuyas fatigadas facciones denotaban el peor humor en que lo hemos visto nunca, permaneció en pié delante del carruaje con los brazos cruzados sobre el pecho.

Nehemías Jones tomó del interior un par de espadas, yendo á colocarse junto al nabab.

Los dos negros ocuparon sus sitios respectivos. Aun no se había pronunciado una palabra.

Montalt sacó el reloj.

—¡Seis menos diez! murmuró; cinco minutos de retraso.

—El francés, pronunció sentenciosamente Mr. Jones, tiene el carácter ligero y olvidadizo; la falta de exactitud figura en el número de sus defectos, y viajeros dignos de crédito han observado....

—¡Basta, Mr. Jones! interrumpió Montalt. Creo que oigo un carruaje.

El mayordomo se inclinó gravemente con el oído atento.

—Efectivamente, es un carruaje. ¿Va á batirse vuestra señoría aquí ó en la espesura?

—Mr. Jones, respondió Montalt, buscad un buen sitio en el bosque.

El mayordomo se alejó con paso digno y mesurado para obedecer esta orden.

En ese momento se presentó al extremo de una calle de árboles el carruaje que se habia oído; era un fiacre. Enrique y Roger bajaron de él. Tampoco llevaban padrinos.

—¡Oh! ¡oh! se dijo Montalt! ¿Nos faltará Mr. de Pontalés?

Cambió un frio saludo con los dos jóvenes.

Roger llevaba debajo del brazo dos espadas.

—Caballero, dijo Enrique, nos veis venir solos porque el combate tal como nos lo quereis imponer no puede convenirnos.

—¡Ah! hizo Montalt.

—Hemos echado suertes, dijo Enrique.

—Y he perdido, añadió Roger.

—El que se ha de batir con vos, milor, soy yo prosiguió Enrique.

Enrique decia esto con aire triste y sin cólera.

La mirada que dirigia á Montalt imploraba todavía á pesar suyo aquella esplicacion tan duramente rehusada.

Montalt separó de él la vista, poniéndose á mirar á Roger, que lejos de imitar la calma de su amigo, tenia las mejillas rojas y parecia contener con trabajo su furor.

Bajó los ojos, estremeciéndose ante la burlona y provocativa mirada del nabab.

—¡Ah! dijo este último; habeis echado suertes, mis jóvenes camaradas! Ha ganado Mr. Roger y viene aquí como simple testigo. Es chistoso por demás el modo que tiene de insultar ese caballero.

Enrique se puso delante de su amigo, que habia hecho un movimiento para lanzarse sobre el nabab.

—Reportaos, milor, dijo con tono sereno. En Francia somos avaros de ultraje en la hora del combate.

Rechazó á Roger y se volvió hácia Montalt y le miró de frente. Montalt proseguia con los brazos cruzados sobre el pecho. En el desden que mani-

festaban sus facciones habia como una crueldad fria y voluntaria.

—Milor, le dijo Enrique, he venido hasta aquí con un resto de esperanza; mi corazón se obstinaba en dudar, no por vos, milor, porque sé que hay naturalezas en que la bondad es una rareza como el crimen un capricho, sino por la que amo con toda la fuerza de mi alma, por la que apenas hace dos meses he dejado tan pura y tan bella de corazón! Con mis propios ojos y con los de mi amigo he visto. Pero rehusaba creer la evidencia.

—¡Se dice que la fe salva! murmuró Montalt.

La sangre refluyó á las mejillas de Enrique y sus ojos despidieron un vivo fulgor.

—Uno de nosotros va á morir, dijo; ¿á qué chaucearse ahora? Milor, á los dos nos habeis encontrado en el camino del buen Dios, como se dice en nuestra pobre Bretaña, y nos habeis arrancado nuestro secreto á fuerza de fingido cariño; vuestros deseos eran tener alguno á quien amar; habeis sorprendido nuestro afecto, á nosotros, cuyo corazón es franco y leal. Roger tiene ahora sed de vuestra sangre, cuando antes hubiera dado por vos hasta la última gota de la suya. ¡Os complacéis con juegos bien raros por cierto! Y cuando habeis sabido nuestras penas como nuestros placeres, cuando habeis podido medir la cara esperanza que sostenia nuestra vida, habeis tirado vuestro oro para ir á buscar á Bretaña, al fondo de una aldea ignorada, dos pobres niñas, y habeis muerto nuestra fe-

licidad! ¡Oh! podiais rehusar creerlo; porque en vuestro vergonzoso papel, miler, hay mas que locura! ¡A mis ojos sois ahora mas insensato que infame!

—Ya he encontrado un sitio ventajoso y á propósito, gritó desde la espesura Mr. Nehemías Jones.

—Vamos, dijo Montalt, poniéndose en marcha; tal vez no haya terminado aún vuestro sermón. Pero los negocios ante todo.

Y los tres se internaron en la espesura, reuniéndose un momento despues al mayordomo en una esplanada situada á veinticinco pasos solamente de la calle de árboles.

Los dos jóvenes guardaron silencio. Montalt felicitó á su mayordomo por la eleccion del terreno y se quitó la levita.

Enrique estaba ya dispuesto.

—Es un combate á muerte, dijo con voz baja y resuelta cayendo en guardia.

Montalt se situó tambien sonriendo, é hizo sin responder un saludo lleno de gracia.

Las espadas se tocaron; la guardia del nabab, elegante, pero descuidada, parecia no cubrirlo.

Roger, cuyas miradas de fuego seguian la punta de las armas, se decia:

—¡Si yo estuviera en el puesto de Enrique no viviria ya ese hombre!

Enrique atacó cual debia, cubriéndose al propio tiempo con una guardia prudente, firme y cerrada. Montalt pasaba sin gran cuidado.

Al cabo de un minuto de combate se echó á fondo con rapidez y levantó la espada.

La camisa de Enrique tenia una mancha roja en el centro del pecho.

El sitio era mortal.

Roger se lanzó temblando á su amigo.

Durante esto hacia Montalt una seña á Nehemías Jones, que sacó friamente del bolsillo un foulard de la India, acudiendo á enjugar la punta de la espada, en la que habia una gota de sangre.

Roger arrancó el arma de las manos de Enrique.

—¡Está herido! dijo.

—Un cuarto de línea de acero... murmuró Montalt. Una mosca hubiera quedado muerta.

En el campo no se da cuenta de una herida mas que por la parte tocada. En el primer momento habia creido Enrique que tenia el pecho atravesado. Pero como decia el nabab, no tenia mas que la picadura de un alfiler.

La cólera, que habia contenido hasta entonces, puso su rostro escarlata.

Quiso tomar la espada de Roger, que le rechazó bruscamente.

—Déjame, exclamó Roger; quiero ver si ese hombre puede proseguir conmigo sus chanzas.

—¡Es muy justo! dijo Montalt volviendo á ponerse en guardia: mi querido pintor, no siempre ha beis de ser vos el que trabaje. ¡Es preciso que le toque su vez á mi secretario!

—¡Defendeos, defendeos! gritaba Roger, cuya mano temblaba de rabia.

—Mr. de Launoy, dijo Montalt, teneis mucha prisa, lo comprendo; pero es preciso que yo procure hacer algo por mí, puesto que no tratamos ahora de bromas. Mucho siento, queridos míos, que me pongais en tan difícil posición.

—¡Caballero! ¡caballero! interrumpió Roger. ¡Defendeos ó no respondo de mí!

Enrique permanecía á un lado vencido y con la cabeza baja.

—Tranquilizaos, replicó Montalt; no durará mucho la broma. No tardará mi espada en estar tinta en sangre. ¡Estoy aquí para vengarme, primero de vosotros, mis jóvenes compañeros, que habeis insultado la mano de un bienhechor! Cada uno se venga á su modo; yo para daros la última limosna os doy la vida despues de haberos dado mi casa y mi mesa.

Roger avanzó un paso.

Montalt en vez de retroceder imprimió un fuerte movimiento á su espada, enviando la de Roger á caer á algunos pasos.

—Paciencia, pues, prosiguió, mientras Roger, confuso, iba á recoger su arma. He escuchado todo el sermón de Mr. Enrique esta mañana, y ayer todos vuestros insultos. Espero aquí á algunas otras personas; estamos solos y no tenemos prisa.

Roger se puso otra vez delante de él.

—Pardiez, exclamó el nabab; es extraño el desti

no de ciertos hombres. Por mi parte puedo decir que siempre que he hecho bien he sido castigado por la suerte. De cinco personas que espero aquí para cruzar con ellas la espada....

—¿Cinco? repitieron los dos jóvenes.

Montalt prosiguió:

—Una sola hay que no me deba amistad ó reconocimiento. De las cuatro restantes hay dos, vos, Enrique de Moreau, y vos, Roger de Launoy, á quienes he tratado como hijos. La tercera es un pobre joven á quien he salvado la vida. La cuarta....

Pasó por su frente el dorso de la mano y no acabó.

—A los tres primeros, prosiguió con voz grave, que me deben amistad y reconocimiento, voy á imponer igual castigo.

Habrà tres pechos marcados con la punta de mi espada y serán tres cisuras de piedad, tres heridas de desprecio.

—Entonces en guardia, exclamó Roger.

Montalt no se movía.

—El que no me deba nada será el mejor tratado; encontrará un arma formal delante de la suya. Morirá, pero en combate digno de un hombre. Por lo que hace al último, protéjale Dios, porque la venganza será terrible.

Habia bajado la voz.

Sacudió su larga cabellera, que caía en bucles sobre el cuello de su camisa, y presentó al fin la espada.

Roger cruzó el acero dando un grito como de alegría.

Enrique proseguía inmóvil como si estuviese herido por el rayo.

No temía por la vida de Roger. Este duelo era para él una comedia increíble, bajo la cual se ocultaba un misterio cuya esplicacion no hallaba.

La imagen de Diana estaba siempre delante de su vista. A veces tan grande era aún la irresistible simpatía que le había arrastrado hácia Montalt, que despues de ese prólogo funesto, veía un desenlace feliz.

¿No era el corazon de ese hombre un abismo donde se confundían vicios y virtudes, dudas y creencias?

Ignoraba....

En el momento en que las dos espadas chocaban una con otra por primera vez, se dejó oír sobre la arena de la calle de árboles el ruido de un coche.

Roger precipitó su furioso ataque como si hubiera temido que le robasen su presa.

Carecía de la idea que ocupaba el corazon del jóven pintor. Había visto y creía. Desde entonces su única pasión eran los celos.

Con Roger como con Enrique no ponía el nabab la mayor atención en su juego. Hubiérase dicho que era un maestro de armas que engaña por divertirse á un discípulo torpe.

—¿Qué quiere decir esto? exclamó el jóven Pon-

talés, que apareció en aquel momento con dos padrinos.

En el mismo instante se presentó por el lado opuesto Vicente, que acababa de abandonar su fiacre.

Enrique, Roger, Vicente y Pontalés se reconocieron con igual sorpresa.

Pero no era ocasión de dar esplicaciones.

El nabab se había tendido á fondo, y una mancha roja semejante á la que conservaba la camisa de Enrique, apareció en el pecho de Roger.

El nabab levantó otra vez su espada, cuya punta húmeda fué enjugada cuidadosamente en el foulard de las Indias de Nehemías Jones.

—No es nada, exclamó Roger en guardia.

El nabab sacó su reloj.

—Mi querido amigo, dijo, os había concedido un cuarto de hora á cada uno, y ha pasado la media hora.

Los nuevos asistentes formaban círculo en torno de los dos adversarios.

—¡En guardia! replicó Roger tirándose á fondo impetuosamente.

La espada de Montalt describió con la mayor rapidez un semicírculo, y Roger, desarmado por segunda vez como un niño, dejó caer los brazos.

—Os llegó la vez, Mr. de Pontalés, dijo friamente el nabab.

Pontalés cambió una mirada con sus dos testigos.

—Semejante duelo me parece contra toda regla, murmuró, y no sé si debo...

Mientras hablaba había recogido la espada Vicente.

—Yo no conozco reglas, pronunció rudamente: ese hombre me ha dado aquí una cita; veo armas y eso basta.

—¡En buen horal exclamó Montalt riendo; este es un verdadero caballero breton. Crin de leon y corazon de lobo.

—Este sabe tener una espada, respondió Vicente, y si no teneis la mano segura y la cabeza serena, no os batireis con él.

El nabab por toda respuesta tomó por tercera vez su guardia elegante, pero se vió obligado al instante á observar un juego mas cerrado y estar pronto á parar los golpes de Vicente, porque era un adversario temible.

El combate duró muchos minutos, al cabo de los cuales se dejó ver una mancha de sangre en el mismo sitio donde la tenian los otros dos jóvenes.

El foulard de la India hizo su papel, y Vicente con la cabeza baja se retiró junto á Enrique y Roger.

—Ahora vos, Mr. Pontalés, replicó el nabab.

Pontalés avanzó seguido de los dos padrinos.

Mientras se quitaba el gaban sin hacer nuevas objeciones, lo consideraba Montalt, adquiriendo su rostro una expresion de tristeza.

—Sois muy jóven, dijo al fin, y tal vez seais un

hombre de corazon. Aun teneis tiempo de retiraros, Mr. de Pontalés; pero si quereis poner os ahí, delante de mí, os prevengo que no levantaré la espada hasta despues de haber atravesado vuestro pecho. Tal vez tenga mis razones para perdonar la vida á esos tres niños, y tal vez las tenga tambien para quitárosla á vos.

En las palabras del nabab no habia pedantería.

—Sois muy diestro, caballero, replicó Pontalés, pero se hará lo que se pueda.

Desde los primeros pases probó que tambien era muy esperto en la esgrima. Pero ante el pecho de Montalt habia como un muro de acero.

No era el mismo hombre. Habia cesado su continua indiferencia. Sus ojos brillaban con furor.

De pronto cesó de tirar y apoyó la punta de su espada en el suelo.

—¡Escuchad! murmuró de una manera que no pudiera ser oido mas que de Pontalés; se abrasa mi cabeza. Ayer os lo he dicho; teneis la misma cara de vuestro padre y voy á olvidar que nunca me habeis hecho daño.

—¡Ahl exclamó Pontalés, arrastrado por el calor del combate; ya no veis, milor; si estais cansado, os daré descanso.

—Lo habeis querido, exclamó Montalt, cuyos ojos despidieron un rayo. No veo en vos mas que el hijo de vuestro padre y me vengo.

Las espadas se chocaron de nuevo. Pontalés cayó atravesado en el mismo sitio que los otros tres.

Pero esta vez el foulard de las Indias secó cuatro pulgadas de acero ensangrentado.

El nabab cruzó los brazos sobre el pecho.

Los padrinos de Pontalés se lo llevaron en brazos hacia el carruaje.

Enrique, Roger y Vicente se alejaban ya del sitio del cuádruple duelo cuando se dejó oír entre el bosque ruido de pasos.

No se había oído rodar carruaje alguno por la calle de árboles.

Los tres jóvenes dieron un grito de sorpresa.

—¡Padre mío! dijo Vicente.

—¡Mr. Juan! añadieron Enrique y Roger.

Montalt se estremeció ligeramente, pero sin que sus facciones descubrieran su emoción.

Únicamente se levantaron sus párpados como á pesar suyo y se deslizó hacia ellos su mirada, porque se decía:

—¡Su hijo! y éstos le conocen. ¿Quiénes son entonces Elena y Diana?

El anciano Juan de Penhoel acababa de entrar en la plazoleta. Llegaba precisamente á la hora aunque hubiese ido á pié desde la calle de Santa Margarita, donde había pasado la noche solo en el pobre desván abandonado por la Señora y René.

En su desnuda frente brillaba el sudor. Llevaba como siempre sus albarcas llenas de paja y su chaqueton de paño gris, sobre el cual brillaba aquella mañana la cruz de San Luis.

—Si me he retrasado, dijo adelantándose al cen-

tro de la plazuela, dispensadme; vengo de muy lejos y mis piernas no tienen la agilidad de cuando tenía quince años.

Al llegar al lugar del combate, reconoció á la vez á los tres jóvenes, que sus ojos, debilitados por la edad, no habían distinguido.

Estos hablaban bajo y parecían consultarse.

El tío Juan se adelantó hacia ellos tendiéndoles la mano sucesivamente.

—Buenos días, Vicente, hijo mío, dijo, ya me dirás ahora por qué has abandonado el servicio del rey, en que te puse. ¡Entre tanto, sé bien venido y ojalá seas mas feliz que nosotros!

¡Buenos días, Roger! buenos días, Enrique. Por el camino venía diciendo: ¡no hallaré en este París un amigo para que me sirva de padrino! Me engañaba, mitor, Montalt, añadió volviéndose hacia el nabab, como podeis ver, tengo testigos ya, y vos no tendréis que presentarme mas que una espada.

Decía todo esto con su voz dulce y suave, pero la expresión de su fisonomía no era la que antes le hemos visto. Erguía la cabeza; sus grandes ojos azules brillaban y su mirada tenía una hermosa arrogancia. Los tres jóvenes miraban con respeto y tristeza aquella noble frente de anciano con su corona de cabellos blancos como la nieve. Montalt le miraba también, pero á hurtadillas; volvía los ojos y aparentaba no mirar. Su rostro, en que no se mostraba fatiga alguna, pintaba un desprecio duro y frío.

No hablaba y parecía esperar.

El tío Juan fué á colocarse delante de él.

—Dad una espada á ese caballero, dijo Montalt dirigiéndose á su mayordomo.

El tío Juan se bajó para recoger el arma.

—¡Oh! ¡oh! dijo con sorpresa. En el suelo hay gotas de sangre. ¿Acaso no soy el primero?

Los tres jóvenes, que hasta entonces habian permanecido sombríos é indecisos, se lanzaron á la vez.

Vicente se interpuso entre el nabab y su padre.

—Milor, dijo, este duelo es imposible.

—Sois el quinto, Mr. Juan, murmuraba entre tanto Enrique. Primero yo, despues Roger, en seguida Vicente y luego Alain de Pontalés, á quien sus padrinos llevan moribundo. Aquí, en el mismo sitio, hemos sido vencidos todos.

Los ojos azules del tío Juan brillaron mas.

—¡Muy fuerte es! dijo cimbreado su arma.

—Es un demonio, replicó Roger; de nada sirven contra él la destreza y la sangre fria. Se podría decir que posee un talisman.

—¡Pardiez! ¡me alegro mucho, de saber eso! exclamó el tío Juan, cuya fisonomía se animaba. Separaos, hijos míos. Tenemos buena causa y buen brazo. Dios es justo; ¡separaos!

Los dos jóvenes no se movieron.

—Ignoro si vuestra querella es semejante á la mía, prosiguió el anciano, separándolos con autoridad; dentro de un cuarto de hora podremos hablar de eso.

Entre él y su adversario no quedaba mas que Vicente, que hablaba al nabab con vivacidad.

Montalt volvía la cabeza sin responder.

—Sepárate, Vicente, prosiguió el anciano Penhoel; no te digo que te retires porque eres soldado é hijo de soldado; pero cuidado con tener debilidad. Estamos aquí por el honor de Penhoel.

Vicente dudaba aún; pero un gesto imperioso del anciano le hizo retroceder algunos pasos.

—Padre mio, murmuró, os suplico....

—¡Silencio! interrumpió el tío de las albarcas; ya ves que milor nos espera.

En efecto, Montalt consultaba su reloj.

—Hemos perdido cinco minutos, dijo.

—Vamos á ganarlos, exclamó el tío Juan, que se quitó las albarcas, poniendo sus piés desnudos sobre la arena.

Habíase quitado tambien el chaqueton, mostrando el chaleco gris.

Enrique, pálida la frente, decia á Roger:

—¿Recuerdas que milor ha dicho que su terrible venganza caeria sobre el quinto? ¡Y es Juan de Penhoel!

Roger inclinó la frente sin contestar.

Ambos tenían los mismos deseos que Vicente, oponer obstáculos á ese desigual duelo; pero en aquel momento habia en la fisonomía del anciano Penhoel una resolucion tan grave y tan arrogante, que dominadas sus voluntades callaron.

El anciano ocupó el mismo sitio en que sus

cuatro compañeros precedentes habian combatido. Examinó cuidadosamente la guardia de la espada y el ángulo de la montura.

Despues hizo el saludo de armas segun el rigor de la escuela antigua.

Su elevada estatura se desarrollaba robusta.

Cuatro hombres fuertes y jóvenes habian pasado por allí, y sin embargo, se podia presentir que solo esta vez iba á encontrar Montalt un rival digno de sí.

Devolvió el saludo.

—¡A vos! dijo el tio Juan.

—¡A vos! repitió Montalt.

El desnudo pié del tio Juan hizo dos brucas llamadas, y su espada, maniobrando con una rapidez prodigiosa, buscó el flaco de la coraza que habia delante del pecho del nabab.

No era ocasion oportuna para chancearse. Veíase que Montalt hacia uso de todo su vigor, de toda su destreza, para parar los golpes precipitados que le tiraba el anciano.

Se vió obligado por tres veces á salirse de la línea.

Enrique, Vicente y Roger seguian el ataque con mirada ávida. No respiraban.

Nehemías Jones, manifestando en su rostro la mas absoluta tranquilidad, representaba dignamente la fiema británica en medio de esas emociones.

El combate seguia despues de cinco minutos por lo menos sin debilitarse; y qué largos son los mi-

nutos para los que ven á dos hombres con la espada en la mano! El tio Juan habia ganado terreno, pero se vió correr por su frente y mejillas inflamadas gruesas gotas de sudor, saliendo anhelante y penosa su respiracion.

El nabab, por el contrario, conservaba siempre la dureza fria y reposada de su fisonomía. Su respiracion era igual como en los primeros momentos; paraba con precision matemática sin atacar.

El tio Juan, que en vano habia tentado todas las estocadas, pasó bruscamente la espada á la mano izquierda, tendiéndose á fondo precipitadamente. Montalt paró al momento, despidiendo á un lado la punta de la espada, que ya tocaba casi á su pecho.

Despues se puso de un salto fuera de alcance.

—Mr. Juan de Penhoel, dijo friamente, este es el lado del corazon; cobrad aliento.

El anciano se detuvo; tenia el pecho agitado.

—Creia que no habria mas que un hombre en el mundo, dijo, que pudiera sostener un asalto como este.

Tras la rudeza que Montalt espesaba habia como una vaga sonrisa.

Y los que le hubieran podido observar desde el principio del combate, hubiesen descubierto bajo su careta de dureza implacable, una emocion oculta.

Pero si realmente existia esa emocion, la rechazaba con toda la energía de su fuerte naturaleza; habia en él un pensamiento de venganza, como ya

había dicho, y aquella venganza inesperada debía ser terrible.

Los tres jóvenes volvían hacia él sus miradas suplicantes.

No quería verlos.

Juan de Penhoel había clavado su espada en la tierra.

Sus ojos estaban fijos en el nabab, y una extraña incertidumbre parecía invadir su rostro.

—No sé si se pierde mi pobre cabeza, murmuró.... Vicente, tú, que tienes buenos ojos, mira.... pero eras muy niño cuando nos abandonó! ¡Dios mío, Dios mío! ¿Estaré soñando?

Temblaba su voz; dió un paso.

El nabab aparentaba no entender.

—Dejadme miraros. ¡Hace ya más de veinte años y tal vez me engañe! Miradme, caballero; ¿no me reconocéis?

—No, respondió Montalt.

El tío Juan se cubrió el rostro con las manos.

—¡No! replicó. ¡Oh! entonces es que me engaño, porque Luis de Penhoel no hubiera renegado del antiguo amigo de su padre.

La fisonomía de Montalt permaneció fría é impenetrable.

—Vamos, dijo duramente; ya debéis haber descansado.

El tío Juan encorvó la cabeza, volviendo á ocupar su puesto. Antes de coger la espada sacó su

pañuelo de grosera tela para enjugar sus ojos, que estaban inundados en lágrimas.

—Os pido un minuto más, caballero, dijo, porque para defenderse de vos es preciso ver claro. Los ancianos son como los niños, lloran. ¡Oh! Dios hubiera debido quitarme esta esperanza engañosa. ¡Era mi hijo! Ignoro si amo á Vicente como le amaba á él!

Las cejas del nabab se arquearon más. Un vivo carmin reemplazó por un momento la palidez de sus mejillas.

—Vamos, repitió con voz demudada.

El tío Juan tomó su arma.

—También él, prosiguió, me amaba.

—¡Oh noble joven! ¡Dios te proteja!

Púsose en guardia, pero ninguna espada chocó con la suya.

Los tres jóvenes habían lanzado un grito de estupor.

El combate más terrible que Berry Montalt había sufrido aquella mañana era consigo mismo, ya lo había vencido su corazón.

Estaba delante del anciano con los brazos abiertos, y dos gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos.

—¡Mi anciano amigo! balbuceó; ¡padre mío!

Juan de Penhoel se dejó caer sobre su pecho y Montalt besó sus cabellos.

XIII.

LA CERRADURA.

Aquella mañana había abandonado su palacio el nabab antes de ser de día.

En el momento en que se ponía en marcha su carruaje, dió la vuelta á los jardines corriendo, y llegó á las callejuelas situadas detrás del palacio un hombre que estaba en observacion delante del portal.

La noche era aún bastante oscura.

—¿Estais ahí? murmuró.

Dos hombres se separaban del muro.

Eran el caballero Las Matas y el conde de Monteira en traje de aventuras.

—¿Y bien? preguntaron.

—Desapareció, replicó el noble baron de Bibandier; acabo de verle partir con el escudáido del mayordomo y los dos negros.

Las dos bujías que Nawu había encendido en la última ventana del ala izquierda no habían brillado mas que un momento.

—¿Y la señal? preguntó á su vez Bibandier.

—¡Todo va bien! respondió Roberto, y puesto que milord se lleva sus dos perros de presa, no tendremos mas que pasar la puerta... ¿Estamos listos?

—¡Presente! respondió Bibandier sin miedo y con valor.

—Por mi parte, dijo Blas, estoy dispuesto á llevar adelante la empresa. Pero hablemos antes con formalidad. ¿Si conseguimos el lote vamos á ir á Penhoel?

—¡Siempre! contestó Roberto: René ha bebido aguardiente todo el dia; me quiere mas que á las niñas de sus ojos.

Compramos el castillo y lo que se sigue. Damos un puntapié á ese viejo Pontalés y nos hacemos los señores tutelares de la comarca.

—¿Y esta vez, dijo Blas, no tendrá malas chances Mr. Roberto?

—No tendremos ni la sombra del menor disgusto, camarada. Entre millonarios no se emplean las fórmulas. ¿Quién salta el primero?

—Yo, dijo Blas. Esto me recuerda mis buenos

tiempos. Adelante, m' chachos, y verguena al que no me siga.

Entre la calle y la casa habia la tapia del jardin, que por aquel sitio era muy baja.

Blas la escaló el primero con facilidad y presteza, porque no habia perdido su habilidad.

El Americano y Bibandier saltaron tambien á su vez sobre el caballete.

No era esta la parte del gran jardin cubierto; habia allí un banco y algunas ramas de árboles.

Roberto hizo sonar como un silbido, al que contestaron desde la ventana donde habian aparecido las luces.

Deslizóse un cordon, yendo á caer á los piés de nuestros tres caballeros. Roberto ató á él la estremidad de una escala de seda, y el cordon subió. Un momento despues efectuaban los tres su entrada en el palacio del nabab por la ventana.

—La niña está acostada, dijo Nawu, que no temblaba mucho.

—¡Bahl dijo Roberto, ¿no podremos llevárnosla?

—¡Está muy débill!

—Americano, dijo Bibandier, pido ser padrino de la criatura; esto asegurará los lazos de estimacion y afecto que nos unen.

Los tres caballeros estaban por demás alegres.

—¡Ahl dijo Roberto dirigiéndose á Nawu, ¿has dado cima á tu empresa?

Nawu movió la cabeza lentamente.

—Tenia un frasquito, respondió, con cuatro venenos de los mejores de mi país.

—En que tan escelentes venenos hay, dijo Bibandier.

—Con ellos hubiera enviado al otro mundo, respondió Nawu, á una docena de caballeros tan arrogantes como vosotros.

Las pobres niñas se han bebido ellas solas la mitad de la pocion.

Bibandier intentó reir otra vez para darse importancia con sus colegas, pero no podia.

—¿Y luego? dijeron al mismo tiempo Roberto y Blas.

—Duró nada mas que cinco minutos la funcion, replicó Nawu, algun cuarto de hora á lo mas; luego acabó todo para ellas.

—¿Estás cierta?

—En el momento que os hablo están muertas, replicó Nawu bajando sus negros y brillantes ojos. Roberto habia oido ya una vez estas palabras: "Están muertas."

Le habian engañado y dudaba.

—¿Puedes enseñárnoslas? dijo.

—Seguidme, replicó Nawu sin dudar.

Roberto dió un paso hácia adelante. El Zalameiro y Bibandier permanecieron inmóviles.

—Voy á llevaros á su habitacion, dijo Nawu; pero entrareis solo, porque no quisiera verles el rostro.

La luz iba siendo cada vez mayor y las tinieblas

TOM. III.

desaparecían, aunque muy lentamente. Oyóse en el fondo del corredor donde estaba situada la estancia de las dos jóvenes una voz débil que gritaba:

—¡Elenal ¡Diana!

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Roberto.

—Escuchad, dijo Nawu; no responden.

Nuestros tres compañeros prestaron atentamente el oído, y ninguna voz respondió á la de Blanca.

—¡No responderán! dijo Nawu. La pobre niña que las llama no puede verlas en la sombra; pero yo sé muy bien que están tendidas sobre la alfombra, una junto á la otra, cerrados los ojos, lívidos los lábios. ¡Oh! añadió, bajando repentinamente la voz, ¡mucho se querían! Eran tan bellas como los ángeles. ¡No sé si lo volvería á hacer!

—¡Diana! ¡Elena! repetía la voz de Blanca.

—¡No responderán! murmuró Nawu.

Blas y Roberto, aunque fuesen dos infames sin corazón, sentían penetrar en sus venas un frío mortal. En cuanto á Bibandier, surcaba sus sienes un sudor glacial.

Había visto ya una vez á las dos jóvenes tendidas una junto á otra en el fondo de su barca y al borde de la tumba.

Las palabras de Nawu evocaban para él dos pálidas fantasmas.

—¡Oh! sí, balbuceó sin saber lo que decía; eran

muy bellas. Y los que las han asesinado no dormirán nunca con tranquilidad.

—¡Diana! ¡Elena! dijo por tercera vez la voz cada vez mas débil del Angel.

Igual silencio.

—¡Y bien! dijo Nawu á Roberto, que permanecía inmóvil; el corredor es corto y está la puerta abierta. ¿No quereis ir á ver á las muertas?

Roberto se volvió bruscamente.

—Serás pagada, dijo; condúcenos á la habitación de Montalt.

Nawu obedeció.

La estancia de Montalt, como ya lo hemos dicho, estaba situada al otro extremo del palacio.

Nuestros tres caballeros y su guía atravesaron con precaucion las largas galerías. La puerta exterior de la alcoba estaba cerrada.

Blas, que llevaba bajo su capa una ganzúa y diferentes instrumentos de cerrajero, fué encargado de abrir. En esto se tardó algun tiempo, bien porque la cerradura tuviese combinaciones difíciles de conocer, bien porque Blas hubiese olvidado su destreza antigua.

Quando se pudo entrar en el corredor era ya de día.

Pero nuestros tres compañeros encontraron otra vez las tinieblas en el interior de la estancia, cuyas puertas estaban cuidadosamente cerradas.

Como Roberto miraba á su espalda con inquietud, le dijo Nawu:

—Nadie vendrá á sorprendernos. Los criados en esta casa siguen el ejemplo de su amo. Velan de noche y duermen de día. Los mas madrugadores no se levantan hasta las diez.

Presentó la mano.

—He hecho lo que habia prometido, añadió; pagadme, porque es forzoso que abandone el palacio.

Roberto le dió una bolsa llena de oro. Nawu se alejó lentamente con la cabeza baja.

Nuestros tres caballeros estaban solos y eran dueños del terreno.

Cerraron la puerta y encendieron una lámpara.

Roberto reconoció primero los cajones del secretario para buscar la llave del mueble donde debia estar encerrada la caja.

En lugar de la llave encontró billetes de banco que se guardó.

Sobre la meseta de la carpeta llamó su atencion una carta comenzada.

—¡Pardiez! dijo recorriendo las primeras líneas; bien puedo leer sin ser indiscreto, porque esta carta está dirigida á mí. ¿Sabeis, amigos, que ese milor amenaza con volverse loco? Ayer tres cartas, esta noche dos; esto amenazaba ser mas que pesadilla. Y todo para suplicarme de rodillas que le dé ese papelucho garrapateado por una mujer!

—¡Vamos! interrumpió Blas, ¿no encuentras la llave?

El Americano hizo sonar sus bolsillos con alegría.

—Ciertamente que esto es un detalle, replicó; pero me lisonjeo de tener en mi cartera un crédito de cincuenta mil francos, tal vez mas, porque cada nueva carta de milor me ofrece dos mil lises mas.

Se detuvo, espresando su mirada una súbita inquietud.

—Es tan extraño todo esto, prosiguió bajando la voz, que tendria mis temores si ese hombre no hubiese sufrido hoy algun contratiempo.

—¡Temores! ¿por qué? preguntó Blas.

—Pero son cinco contra uno, prosiguió Roberto sin contestar, y milor no nos volverá á molestar mas. Manos á la obra, Zalamero; á falta de llaves hagamos uso de los instrumentos.

Bibandier no tenia que tomar parte en este trabajo; pero si su lengua estaba quieta no le sucedia lo mismo á las manos. El noble baron reconocia mueble per mueble, recogiendo de ellos lo que le parecia mejor ó mas conveniente.

Si los sillones no hubiesen sido tan grandes, es seguro que los hubiera guardado en los bolsillos de su levita.

El mueble indicado por Lola estaba medio oculto detrás de las colgaduras de brocado que cercaban el lecho de Montalt.

Era una especie de cofre sostenido por cuatro piés torneados y cubiertos de alto y bajo por embutidos artísticamente variada. En el centro ó especie de vientre que distingue los armarios del

tiempo de Luis XV, se veía una pequeña cerradura delicada, microscópica, que parecía fácil de violentar.

A falta de destreza se podía emplear la fuerza, porque esos muebles tan elegantes son frágiles, y el menor golpe vigorosamente aplicado puede destruir las planchas que lo forman.

Nuestros tres caballeros bendecían *in petto* el capricho del nabab, que había escogido para guardar su tesoro aquel mueble en lugar de una fea caja de hierro.

El Zalamero se puso de rodillas sobre la alfombra, comenzando su oficio de cerrajero.

En otro tiempo, en la época en que había merecido alguna reputación, no se hubieran podido contar las cerraduras violentadas por él. Poseía casi tan perfectamente como su compañero de glorias y fatigas, el Americano, la parte intelectual del arte del ladrón; pero su mano era ligera y se podían citar de él hazañas verdaderamente notables.

Preciso era que aquella antigua gloria fuese á estrellarse contra el juguete de un niño.

El desgraciado Blas trabajaba como un negro, sudaba gruesas gotas y rompía ó inutilizaba uno detrás de otro todos sus instrumentos.

Hubiérase dicho que la cerradura era aparente.

El tiempo pasaba: Roberto y Bibandier seguían el curso de su vano trabajo con creciente impaciencia.

—¡Dame eso! exclamó al fin el Americano, recha-

zando á Blas, que se enjugó el sudor de la frente; no sirves para nada.

Cogió uno de los instrumentos, reconociendo la cerradura á su vez.

Igual resultado; el instrumento se torció y la cerradura permaneció intacta.

Roberto se levantó; Bibandier quiso también hacer una prueba, que obtuvo el mismo éxito que las anteriores.

—El diablo está en esta cerradura, dijo.

Nuestros tres caballeros estaban de pie con la cabeza baja y mirando con los ojos de la codicia el mueble que parecía tan fácil de abrir.

Habían tardado mucho tiempo en desanimarse y había pasado bastante tiempo desde su entrada en el palacio.

—¡Esto es infernal! murmuró el Americano; ¡naufragar en el puerto! ¡Apostaría la cabeza á que están los diamantes en ese cofre!

—Naturalmente, apoyó con tristeza Bibandier; tan buena cerradura debe servir de algo.

Blas volvió la cabeza por casualidad, y sus miradas se fijaron en una de las ventanas.

—¡Mirad! dijo con terror.

Las miradas de Roberto y Bibandier siguieron la dirección de su mano estendida.

A pesar de la luz de la lámpara, se veían por las rendijas de las maderas dos ó tres puntos luminosos de los que anuncian el brillo del sol.

—Es preciso acabar, dijo Roberto.

Retrocedió hasta el otro extremo de la habitación, y tomando carrera, fué á dar con toda su fuerza al pequeño mueble.

El choque del tacon de su bota produjo un sonido seco y débil; esto fué todo.

El armarito estaba intacto.

—¡Bajo la madera hay hierro! murmuró dejando caer sus brazos.

Nuestros tres caballeros en el colmo de su turbación se miraron en silencio durante un minuto.

—Señores, dijo al fin Roberto, es preciso jugar el todo por el todo. Las gentes de la casa van á despertarse si es que ya no lo están; no nos restan mas que cortos instantes: no los perdamos en esfuerzos inútiles. Recuerdo haber visto un hacha en la estancia en que Nawu nos entró primero; con su ayuda no tardará en ser nuestra la cerradura.

—Voy á buscarla, exclamó Blas.

—Vamos los dos, añadió Bibandier.

Reflexionaba que en caso de peligro era mas fácil la fuga salido ya de la estancia del nabab.

Solo Roberto tomó la lámpara, acercándola á la cerradura para examinarla mejor. En torno de los adornos de oro cincelados habia un arabesco muy elegante.

En medio de las líneas de éste distinguió Roberto un botoncito de plata.

Su corazon palpité como si tuviera ya en la mano la famosa caja de diamantes.

Al momento tuvo la feliz idea de adjudicarse para sí solo el tesoro.

El menos torcido de los instrumentos fué introducido de nuevo en la cerradura, y Roberto la hizo girar al mismo tiempo que oprimia el resorte.

La tapa del mueble se abrió.

Roberto lanzó un grito de loca alegría al ver los diamantes, que reflejaban la luz de la lámpara.

Cogió la caja y se lanzó hácia la puerta.

Pero en lugar de pasar su dintel se detuvo como herido por el rayo, y la caja se escapó de sus trémulas manos.

Tenia ante sí dos fantasmas, Diana y Elena con pistolas del nabab en las manos, y que firmes en el dintel dirigian los cañones contra el pecho de Roberto.

Este se llevó la mano á la frente, inundada de sudor. ¡Otra vez!... ¡otra vez! balbuceó con voz ahogada.

La verdadera significacion de esta palabra no debió ser comprendida por las jóvenes, que no sospechaban el reciente peligro que habian corrido con la operacion de Nawu.

En efecto, mientras esta última, despues de haber echado el veneno se alejaba precipitadamente para tirar el frasquito acusador, habia entrado Seid sin causar ruido en la habitacion de Blanca, y habia vertido en la ceniza el licor empozoñado, y llenado de agua pura la cafetera.

De modo que Nawu en vez de su veneno malayo habia servido buen té á las dos jóvenes.

Estas velaban en su habitacion esperando la vuelta del nabab. Blanca dormia al lado de su hijo Diana y Elena salian á intervalos al corredor para escuchar.

Al menor ruido anunciando la vuelta de milor, querian precipitarse á él para suplicarle que viviera y vencer su fatal resolución á fuerza de caricias.

Oyóse un ruido; fué la patada que Roberto dió para romper el armarito.

Elena y Diana atravesaron al punto el corredor. En un segundo se encontraron en la puerta de Montalt.

Esta entrada de que hablamos, y que comunicaba con la habitacion dada á Blanca, estaba situada junto á la cabecera del lecho.

En el momento en que llegaron allí las dos jóvenes, salian Blas y Bibandier para buscar el hacha.

Roberto no podia ver entrar á las dos jóvenes, que estaban ocultas por el espeso brocado de la colgadura.

Cuando se adelantaron y podia verlas, le absorvia ya el descubrimiento del secreto.

Estaba dedicado á su trabajo.

Diana y Elena permanecieron primero admiradas á la vista de un desconocido. No habian sospechado que aquel hombre fuese un ladrón.

Gracias al ruido que Roberto causaba al trabajar en la cerradura, pudieron ellas, sin llamar su

atencion, descolgar dos grandes pistolas inglesas colocadas á los lados del escaparate y llegar á la puerta principal.

No conocieron á Roberto hasta el momento de volverse hácia ellas para salir.

—Sois nuestro prisionero, Mr. de Blois, dijo Diana. No intentéis huir. No hagais el menor movimiento, porque sois muerto.

El Americano miró sucesivamente las dos pistolas, cuyas bocas le parecian enormes.

—No esperábais encontrarnos aquí, prosiguió Diana; sin embargo, habeis habitado la Bretaña bastante tiempo para conocer nuestras antiguas leyendas.

Las Hijas de la Luna viajan en las alas del viento. Ayer atormentábamos á la marquesa de Urgel en Paris.

Esta noche hemos dormido en nuestra fosa del cementerio de la aldea de Glenac. Y esta mañana, Mr. de Blois, nos hemos asido al último rayo de nuestra madre para venir á presentaros las pistolas al pecho.

—¡Hermana mia! ¡hermana mia! dijo Elena con tono mas sarcástico; ¡no se debe insultar así al vencido! Estoy convencida de que si dejáramos pasar al pobre Mr. de Blois, nos daria en este momento su palabra de honor de convertirse y hacer penitencia. Pero los muertos conservan rencor, Mr. de Blois, y vamos á guardaros hasta la vuelta de milor.

El Americano tenia miedo.

—Escuchadme, dijo á la aventura. Sé muy bien que podeis perderme; pero tambien sé que vuestro corazon es generoso; tened piedad de mí.

—¡Piedad! replicó Diana; hay mucha agua en la Dama Blanca.

—Y las piedras eran pesadas, añadió Elena.

Las miradas de Roberto se iluminaron rápidamente mientras las niñas hablaban así, encendiéndose en la pupila un rayo.

—¿De modo, murmuró con mas humildad, que no teneis piedad de mí?

Su mirada, que se levantó, adquiria en ese momento una espresion tan estraña, que Elena y Diana se volvieron con vivacidad para descubrir la causa de este cambio.

Roberto soltó la carcajada.

Diana estaba prisionera entre los brazos de Bibandier, y Elena en los de Blas.

Las dos pobres niñas bajaron la cabeza sin intentar siquiera defenderse.

—Ira de Dios, señoritas, dijo el Americano, mucho hay que estudiar para pelear con vosotras. Por hoy, añadió, vamos únicamente á trataros del mismo modo que tratásteis á Lola, porque aun no estamos en la puerta de este maldito palacio.

El Americano no habia acabado su frase, cuando por tercera vez cambió su fisonomía.

La aparicion de las jóvenes y la de nuestros dos caballeros se habian sucedido rápidamente.

La tercera peripecia fué aun mas veloz.

En el momento en que Roberto ataba su pañuelo retorcido sobre la boca de Diana, se abrió repentinamente la puerta que habian dejado entreabierta Blas y Bibandier, dando paso á la luz que habia en el exterior.

La elevada estatura de Berry Montalt, que llevaba en la mano dos espadas de combate, se dibujó en silueta sobre el dintel.

Enrique y Roger observaban, presas de la sorpresa y una emoción contagiosa.

Vicente permaneció separado y sombrío.

Nehemías Jones envainaba con método los aceros, cuidadosamente limpiados.

Apenas comenzaba el segundo minuto cuando se sublevó Luis contra lo que él llamaba su debilidad. Secáronse bruscamente sus lágrimas, se separó de los brazos del anciano y su rostro recobró de nuevo aquella glacial frialdad que por tanto tiempo había conservado.

El primogénito de Penhoel había vuelto á ser el nabab Berry Montalt.

—¡Luis! murmuró el tío Juan, que no se apercebía aún de este cambio, ¡mi querido hijol ¿cómo has podido permanecer lejos de nosotros tantos años?

—Como ya no había asiento que yo pudiera ocupar en la casa de mi padre, dijo con amargura, he buscado la fortuna fuera de ella.

El tío Juan le miró, y entonces vió únicamente arqueadas sus cejas y su lábio levantado por el mas cruel sarcasmo.

—¿Por qué dices eso?

—Mr. Juan, interrumpió Montalt, durante veinte años se han pasado sin mí en Bretaña, y os juro que en ese tiempo tampoco yo he pensado en los que me olvidaban.

El anciano breton bajó la cabeza.



XIV.

FELICIDAD.

La emoción repentina é irresistible que se había apoderado en el bosque de Boloña de Berry Montalt, ó por mejor decir, del primogénito de los Penhoel, y que había arrancado la espada de sus trémulas manos, no duró mas que un minuto.

Estaba vencido por uno de esos irresistibles movimientos del corazón, cuyo ímpetu no puede destruir la voluntad humana. Todos sus proyectos de cólera y de venganza se habían desvanecido á la vez. Durante un momento tuvo Luis los ojos humedecidos por las lágrimas, y su corazón latió contra el pecho del anciano Juan.

—Acabemos, prosiguió Montalt; vuestras hijas están en mi casa; venid á buscarlas.

—¡Mis hijas! exclamó el tío Juan estupefacto; ¡las que yo llamaba mis hijas! Han muerto.....

—Viven, dijeron juntos Enrique y Roger.

—¿Será posible? balbuceó el anciano..... ¡Diana!..... ¡Elena!.....

—Son dos niñas graciosas y bellas, prosiguió Montalt en vez de responder. Deseo que no posean un alma tan ingrata como todos los que llevan el nombre de Penhoel.

El tío Juan no escuchaba ya; lloraba.

—¡Oh! ¡si supieras!... ¡Luis! quiso decir.

Montalt le interrumpió otra vez.

—Nada quiero saber, dijo. El cariño y el ódio cansan igualmente á los que se han hecho prudentes. Ni amo ni ódio ya.

Señores, añadió volviéndose hácia Enrique y Roger; estais interesados en todo esto; vuelvo á mi palacio; si quereis, seguidme.

Ninguna esplicacion se cambió entre ellos, y sin embargo, los jóvenes no dudaban ya. El mismo Roger olvidaba sus celos, admirándose de haber dudado.

Dieron un paso hácia el nabab.

Solo Vicente permaneció detrás.

—¿Y yo? dijo.

—¡Y el Angel! exclamó el tío Juan. Tienes razon, hijo mio; por Blanca de Penhoel he venido yo aquí.

—¡Blanca de Penhoell repitió el nabab; no conozco ese nombre.

Vicente se acercó á su vez.

—¿Estais seguro de ello? dijo, roja la frente y apretados los dientes. Milor, para negar es preciso que tomeis mejor vuestras precauciones. Afirmo que en la noche de ayer habeis hecho robar á mi prima Blanca de Penhoel.

—Vicente, replicó el nabab, estoy cansado y no tengo ya ganas de batirme. Podeis dirigirme esas audaces miradas impregnadas de ódio. ¡Valor! me obligais á reconocer por mi sobrino. ¡Ah! ¡ah! joven, añadió con amargura, ¿cuántas veces deberé dar la vida por tí para tener derecho á tu gratitud? Valor, te digo, sobrino Vicente. ¡Llevarás cual corresponde el nombre de Penhoell

Y se dirigió al carruaje, que esperaba.

Enrique y Roger le seguian.

—Sabid, les dijo.

Los jóvenes obedecieron.

La portezuela se cerró tras ellos. El tío Juan, que se dirigia tímido y triste, subió en el fiacre con Vicente.

Los otros dos carruajes emprendieron el camino de Paris.

Montalt y sus dos compañeros guardaban silencio.

Enrique y Roger tal vez anhelaban pedirle perdón, porque sus ojos estaban llenos de esperanza y

alegría; pero no se atrevían, porque el semblante de Montalt era severo y sombrío.

Montalt meditaba.

—Pobre tío Juan, se decía. Este al menos es siempre el digno corazón de otro tiempo. ¡Oh! no es de él de quien necesito vengarme! ¡pero mi hermano, pero Martal! ¡no se ha atrevido á pronunciar sus nombres delante de mí! ¡Qué loco estoy! ¡ayer hubiera dado mi fortuna por esa carta en que esperaba hallar una palabra de compasión ó de sentimiento, tal vez una palabra de amor! ¡Loco! ¡miserable loco! ¿Ignoro acaso desde hace veinte años que el corazón de una mujer no encierra nada?

—Milor, dijo en este momento Enrique con timidez, mi corazón se negaba á odios; durante los felices días que he pasado en Penhoel oía pronunciar vuestro nombre por todas las bocas; antes de conoceros había aprendido á amaros.

—Si gustais, caballero, dijo secamente el nabab, podeis dejar en paz á Penhoel.

Roger, que iba á hablar, bajó la cabeza en silencio.

—Estais irritado con nosotros; prosiguió el joven pintor.

Os hemos dado derecho á ello; pero suplicamos al respetable tío de las que amamos que abandone su cólera.

El nabab le miró como distraído.

—No estoy enojado, caballero, dijo; únicamente me enoja y repugna lo que veo aquí.

Y añadió entre dientes:

—¡Pobre mundo! ¡pobre gente! creo que me voy á volver á la India.

Enrique, á falta de su amigo, quiso insistir; pero el nabab hizo un movimiento de cansancio, recostándose muellemente en el cojín del carruaje.

No se habló mas durante el camino.

El carruaje del nabab llegó primero delante del palacio. El fiacre que conducía á Vicente y al tío Juan se habían quedado un poco detrás.

Las ventanas de la alcoba tenían, como ya lo hemos dicho, cerradas las maderas. La estancia estaba solo alumbrada por la luz de una lámpara. En el momento en que Montalt abrió la puerta, sus ojos, habituados á la luz del día, pudieron distinguir los objetos á duras penas. Vió únicamente una escena confusa, dos jóvenes tendidas en el suelo, y tres hombres á quienes su súbita presencia parecía llenar de estupor.

Elena y Diana se levantaron arrojando un grito de alegría, y se lanzaron á su cuello.

Uno de los tres hombres, aprovechándose de ese momento, recogió la caja de sándalo, que permanecía tirada, y se deslizó como una culebra entre la puerta y el nabab, desapareciendo en el corredor.

Enrique y Roger no sabían lo que pasaba en el interior de la estancia, por lo que no pensaron en detenerlo.

—¡Padre! decían las dos jóvenes. ¡Nuestro buen padre! Dios nos lo envía. ¡Oh! mucho hemos llo-

rado esta noche, porque temíamos no volverlo á ver mas.

Roger estrechó la mano de Enrique.

—Le llaman padre, murmuró. ¿Si saben lo que hemos hecho nos perdonarán?

Los lábios de Montalt habian rozado la frente, pálida aún, de las niñas.

—¿Qué significa todo esto? exclamó sin conmoverse.

—¡Oh padre! exclamó Diana; esos hombres, que tantas veces han querido asesinarlos, han venido á robaros vuestro tesoro.

Montalt miró con atencion.

—Me parece que antes eran tres, dijo.

Diana y Elena se volvieron.

Solo estaban allí Blas y Bibandier, que procuraban ocultarse al otro extremo de la habitacion. Los dos jóvenes se lanzaron hácia la ventana y abrieron las maderas, y los rayos del sol inundaron la estancia.

—¿Ha huido? dijo Diana, cuya penetrante mirada reconocia todos los rincones de la habitacion.

—Con los diamantes, añadió Elena.

—¡El señor baron de Bibandier! murmuró Montalt mirando á nuestros dos caballeros aterrados. ¡El señor conde de Monteiro venir aquí para robarme! ¿Quién era el otro?

Antes que hubieran podido responder se levantó un vago rumor en los corredores, que fué acercán-

dose por momentos, dejándose oír la voz del tío Juan, demudada por la cólera.

Decia:

—A pesar de tu disfraz te reconozco, como he reconocido tu letra en esa pérfida carta que ha armado mi mano contra mi sobrino Luis. ¡Tú eres el ángel malo de nuestra familia!

En ese momento llegaba delante de la puerta arrastrando al caballero de Las Matas, á quien tenia sujeto por el cuello de la levita.

Y con un movimiento vigoroso lo empujó al centro de la habitacion, diciendo:

—Voy á espachurrarte, vivora.

Roberto estaba lívido.

Temblaba.

Cada vez que intentaba levantar la vista veia en torno suyo el círculo de sus acusadores.

Elena y Diana estaban en los brazos del tío Juan; pero sus miradas se volvian llenas de ternura hácia el nabab, porque estaba realizada su esperanza.

Aquel pensamiento que habian acogido con tanta desconfianza á pesar de la predisposicion romancesca de su naturaleza, era una realidad.

Las últimas palabras del tío Juan hacian desaparecer sus dudas.

Su buen génio se llamaba Luis de Penhoel.

Aparentaban no ver á Enrique y Roger, que buscaban sus miradas.

Estos estaban cerca de Roberto, y con ellos el tío Juan, Vicente y las dos pobres niñas.

Todos los que el Americano había robado ó vendido, á escepcion de Marta de Penhoel.

—Luis, dijo el tio Juan, este hombre es la causa de que los Pontalés manden en la casa de tu padre.

La fisonomía del nabab sufrió una ligera contraccion, pero permaneció fuera del círculo.

—Nuestro padre, dijo Diana, porque tambien le llamamos padre, añadió dirigiéndose á Juan de Penhoel, sobre quien parecieron causar estas palabras una estraña emociion, nuestro padre no ignora nada de cuanto ha pasado en el castillo; ha oido á ese hombre referir él mismo sus infames hazañas.

Blas y Bibandier, como puede conocerse, tenian los mayores deseos de huir; pero en el dintel de la puerta veian entonces las negras cabezas de Seid y de su compañero.

—Lo que milord no puede saber, dijo Enrique, es que este hombre, en quien reconocemos el fatal huésped de Penhoel, es la única causa de nuestra loca ira y de nuestro error. El es quien hizo nacer nuestras sospechas, él quien nos facilitó la entrada en la casa de juego donde ayer os hablamos.

—El quien me ha llevado de la mano hasta vos, añadió Vicente.

—El quien ha pagado á Nawu para que envenenara á las señoritas, pronunció detrás de la puerta la voz gutural de Seid.

—El quien lo ha hecho todo, añadió el tio Juan, cuya mano se estendió sobre la cabeza de Roberto,

nuestra desgracia y nuestra ruina. Sobrino mio, es forzoso que sea castigado ese hombre.

El nabab no habia pronunciado una palabra desde la entrada de Roberto. Su cabeza estaba inclinada sobre el pecho; parecia no escuchar.

En ese momento se adelantó hácia el Americano, y el círculo se abrió para darle paso.

Todos se preguntaban lo que iba á hacer, porque en su palacio éra rey, siendo obedecidas sus órdenes ciegamente.

Sabíase que su única regla era su capricho, y que la ley comun no tenia freno para su voluntad.

Puso su mano sobre el hombro de Roberto, que se estremeció á ese contacto, como si un peso terrible gravitase de pronto sobre él.

Montalt se inclinó hácia él: tal era el terror de Roberto, que sentia perder el aliento.

—Señor caballero de Las Matas, dijo Montalt con tono dulce y casi cariñoso, lo que estas gentes afirman me importa poco. Estais en mi casa bajo mi proteccion, y no se os causará el menor daño.

En la estancia hubo un murmullo de estupor.

El mismo Roberto se negaba á dar crédito á sus oidos.

Presentó á Montalt la caja de sándalo, murmurando:

—Milord, estoy á merced de vuestra generosidad.

Montalt tomó los diamantes y su boca se acercó al oido de Roberto.

—Señor caballero de Las Matas, le dijo, si que-

reis, creeré que habeis venido á mi casa para responder á mis repetidos mensajes.

El Americano se irguió repentinamente; osó mirar á Montalt de frente, desvaneciéndose su terror como por encanto.

Montalt tenia los ojos bajos.

—¿Me traeis la carta? dijo.

—Milord, replicó Roberto, que creía haber recobrado toda su ventaja, nada puedo negar á vuestra generosidad; pero la carta....

—Si la habeis dejado en vuestra casa, replicó Montalt, dad una orden y la tendremos dentro de cinco minutos.

—Es que....

Las cejas de Montalt se arquearon ligeramente.

—¿La teneis ó no? murmuró sin perder aún su acento de cortesía.

Y como Roberto vacilase, le oprimió el hombro repentinamente con una fuerza que le hizo retroceder y palidecer.

—Estoy seguro de que la teneis, prosiguió Montalt. ¿Quereis dárme la, caballero? ahora mismo, ó tendré que haceros morir á palos!

—¡Milord! replicó Roberto asustado.

Bibandier y Bias temblaban como la hoja en el árbol.

—Seid, dijo tranquilamente Montalt.

El negro entró en la habitación.

Roberto abrió su levita con precaución y sacó de su bolsillo una cartera.

—Si os la doy, dijo Roberto, ¿me dejareis partir sano y salvo?

—¿Y nosotros con él? balbucearon á la vez Blas y Bibandier.

Montalt fijaba sobre la cartera una mirada ávida; temblaba su mano convulsivamente y deteníase la respiracion en la garganta. Hizo un movimiento de cabeza afirmativo, como si no hubiera podido responder á sus palabras.

La carta salió á medias de la cartera de Roberto.

Montalt se apoderó de ella.

—¡Salid! dijo.

Nuestros tres caballeros se lanzaron á la puerta, desapareciendo como por milagro.

Nadie habia osado impedirles el paso.

El nabab estaba en medio de la estancia teniendo en la mano la carta abierta; pero no podia leer, porque ante sus ojos habia un tupido velo.

Todas las miradas estaban fijas en él, reinando en la asamblea un silencio profundo.

Al cabo de algunos minutos dejaron correr gruesas lágrimas de alegría los ojos de Montalt.

Vaciló y cayó de rodillas.

—¡Era ella! murmuró sonriendo como un niño bajo sus lágrimas; ¡me amaba! ¡Oh Dios mió! ¡qué corazón me habeis dado! ¡Lo habia adivinado, casi lo sabia! ¡Y me obstinaba en no creerlo! Me complacia en aborrecer y maldecir.

Juan de Penhoel y las dos niñas se le acercaron. Se levantó, estrechando contra su pecho al anciano.

—¡Padre mío! exclamó, os amaba mucho, y el recuerdo de vuestra ingratitud me volvía loco.

—¡Nuestra ingratitud! repitió el tío Juan; ni una sola vez durante veinte años se han elevado á Dios nuestras plegarias sin que le habláramos de tí, hijo mío.

Montalt lo estrechó contra su corazón, dando sus manos á las dos niñas, que las cubrieron de besos.

—Lo creo, prosiguió; soy feliz como no creí poderlo ser nunca sobre la tierra. Marta, ¡oh Marta!

Enrique y Roger no comprendían tal vez todos los detalles de aquella escena, pero se sentían profundamente conmovidos. Solo Vicente permanecía sombrío y libre de la emoción general.

No tenía más que un pensamiento, Blanca, Blanca, de la que nadie hablaba, y que seguía perdida.

Repentinamente se separó Montalt del triple lazo que lo sujetaba y dió un paso atrás.

El carmin que cubría sus mejillas dió paso á una palidez mortal.

—¡Oh! balbuceó estremeciéndose; he meditado esto durante todo un día. Dios me castigará por tan horrible idea. Este duelo.

—¡Hijo mío! interrumpió el tío Juan, tú me creías culpable y me querías matar.

—Quería vengarme, replicó Montalt, pero vengarme más cruelmente todavía. Quería entregar

mi pecho á tu espada y decirte mi nombre al caer herido de muerte.

El tío Juan se cubrió el rostro con las manos; tenía helada la sangre en las venas.

El silencio reinó en torno de Montalt.

Vicente se aprovechó de este momento, adelantándose hasta el centro de la estancia.

—¿Nadie pronuncia aquí el nombre de Blanca de Penhoel? preguntó.

Elena y Diana, á quien Vicente al entrar dió un frío beso, le cogieron de la mano, arrastrándolo hácia la puerta que comunicaba con el interior del palacio.

Mientras se alejaban, las seguía Montalt con entristecida mirada.

—¡Dios es justo! murmuró; padre mío, tu buena y noble conducta tiene una brillante corona. ¡En nombre de tus hijas te pido perdón!

El tío Juan se acercó como para abrazarle y pronunció á su oído algunas palabras.

Montalt retrocedió, llevándose las dos manos al pecho como si hubiera experimentado un choque terrible. Era la felicidad que le anonadaba.

Una expresión de estática ventura se extendió por su hermoso rostro.

—¡Yo, yo! murmuró; ¿me habrá reservado Dios tanta felicidad? ¡Diana! ¡Elena! ¡las dos hijas de mi corazón! los dos ángeles que encantaban mi agonía. ¡Pardiez! añadió con esa risa franca que hace asemejar la alegría del alma á un ímpetu de

placer. ¡Pardiez! acercaos, mis jóvenes camaradas. Razon teniais para estar celosos de mí, porque estoy seguro de que las quiero mas que vosotros! Enrique, vuestra mano; sois un buen muchacho. La vuestra, Roger, aunque seais por demás impetuoso.

Los dos jóvenes no se lo hicieron repetir.

—Enrique, replicó Montalt, empañando su alegría una nube de melancolía, serás el marido de la bella Diana y Roger obtendrá mi dulce Elena. Señores, que sean felices... ó nos volveremos á batir.

—Por nuestro honor, replicaron los dos jóvenes estrechando sus manos, os juramos que no nos batiremos mas, milord.....

Todos los personajes que hemos dejado en la habitacion del nabab estaban reunidos en torno del lecho de Blanca.

Habia un velo de severa tristeza en las hermosas facciones del tio Juan, cuya mirada se deslizaba furtivamente á intervalos hácia la cuna donde dormia el niño. Reinaba allí una especie de retraimiento, y solo Montalt habia conservado su alegría.

No era el estado de la jóven enferma el que podia explicar esa inquietud ó tristeza; al contrario, Blanca habia recobrado sus delicados colores, y su hermoso rostro sonreía dulcemente como si la presencia de los que amaba la hubiera curado súbitamente.

El nabab no podia menos de sonreir, mirando á Vicente á hurtadillas.

—Sobrino mio, dijo, ya veis que razonablemente no podia contestar á vuestras preguntas, á pesar de la insistencia que poniais en formularlas. Estas dos niñas eran segun parece mas dueñas de mi palacio que yo mismo. Sin saberlo habia dado hospitalidad á nuestra querida Blanca.

—Tio, dijo Vicente ruborizándose, os pido perdon.

—Hijo mio, hay aquí de una y otra parte tantas cosas que perdonar, que se embrollan las cuentas si no proclamamos una amnistía general.

Se acercó al tio Juan.

—Oid, mi querido y anciano amigo, le dijo en voz baja. En vez de fruncir el entrecejo, procurad mas bien sonreir, porque si perdeis vuestras dos hijas encontráis uno en esa cuna.

—¡El honor de Penhoel! murmuró el anciano.

—El honor de Penhoel importa á Penhoel, replicó alegremente Montalt. Cuando se ha viajado mucho se saben muchas historias.

Yo he aprendido una muy linda á bordo de cierto buque inglés, llamado *El Erebo*. ¿Quereis que os la cuente, sobrino mio?

Vicente, sonrojado, se puso de rodillas junto al lecho de Blanca y llevó la mano de la jóven á sus lábios.

—Ahora que como yo es pobre, dijo con grave

emocion, puedo confesar que la amo y prometo ante Dios ser su marido.

—No tal, pardiez, sobrino mio, dijo Montalt; es rica y tambien tú, sobrino mio. Estas niñas tienen en el bolsillo con que comprar á Penhoel, y el resto que poseo es vuestro, hijos mios.

—Penhoell repitió Diana; para llegar á Bretaña necesitamos tres dias, y dentro de ese término espira el plazo.

—Tenemos tiempo, replicó el nabab. Haz enganchar, Vicente. Ahora lo primero que necesitamos es encontrar á Marta y á mi hermano.... Para ello volveré á ver á nuestros tres bribones, llevándoles argumentos irresistibles. Venid conmigo.

Enrique y Roger besaron dos lindas manos que no se les disputaron mas que á medias, y siguieron al nabab, que subió en un carruaje acompañado del tío Juan.

Los caballos marcharon al galope hasta la fonda de las Cuatro Partes del Mundo.

Pero cuando Montalt preguntó por el caballero de Las Matas, se le respondió que ese noble personaje y sus dos compañeros habían partido hacia media hora para no volver.

XV.

MESA REDONDA.

El duelo de la puerta de Orleans habia tenido lugar el miércoles: es sábado por la noche.

La principal posada de Redon, *el Carnero Coronado*, que ya no tenia por dueño al pobre maese Gerard, antiguo cocinero de larga carrera, hacia hoy notables preparativos.

A la hora de comer habia dispuestas dos buenas mesas redondas, la una compuesta de tragineros reneses de Salier, de Guerende y de las cercanías, la otra ilustrada por la presencia de la *sociedad de aldeas vecinas*, que iba para la solemnidad del dia siguiente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

emocion, puedo confesar que la amo y prometo ante Dios ser su marido.

—No tal, pardiez, sobrino mio, dijo Montalt; es rica y tambien tú, sobrino mio. Estas niñas tienen en el bolsillo con que comprar á Penhoel, y el resto que poseo es vuestro, hijos mios.

—Penhoell repitió Diana; para llegar á Bretaña necesitamos tres dias, y dentro de ese término espira el plazo.

—Tenemos tiempo, replicó el nabab. Haz enganchar, Vicente. Ahora lo primero que necesitamos es encontrar á Marta y á mi hermano.... Para ello volveré á ver á nuestros tres bribones, llevándoles argumentos irresistibles. Venid conmigo.

Enrique y Roger besaron dos lindas manos que no se les disputaron mas que á medias, y siguieron al nabab, que subió en un carruaje acompañado del tío Juan.

Los caballos marcharon al galope hasta la fonda de las Cuatro Partes del Mundo.

Pero cuando Montalt preguntó por el caballero de Las Matas, se le respondió que ese noble personaje y sus dos compañeros habían partido hacia media hora para no volver.

XV.

MESA REDONDA.

El duelo de la puerta de Orleans habia tenido lugar el miércoles: es sábado por la noche.

La principal posada de Redon, *el Carnero Coronado*, que ya no tenia por dueño al pobre maese Gerard, antiguo cocinero de larga carrera, hacia hoy notables preparativos.

A la hora de comer habia dispuestas dos buenas mesas redondas, la una compuesta de tragineros reneses de Salier, de Guerende y de las cercanías, la otra ilustrada por la presencia de la *sociedad de aldeas vecinas*, que iba para la solemnidad del dia siguiente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fado. 1625 MONTERREY, MEXICO

En efecto, eran los últimos días del mes de noviembre.

La *sociedad* acababa de sentarse en torno de la mesa redonda, donde humeaba una cena bastante suculenta; los manjares exhalaban un olor bastante agradable y capaz de abrir el apetito á las personas mas desganadas. Los tragineros de la otra mesa no hubieran renunciado seguramente esa cena.

Pero éstos comían en sus platos de estaño, mientras que la *sociedad* usaba el servicio de loza y cubiertos de plata.

Además, había algo de noble, digno y respetable en ver ante cada convidado una botella de vino llena de sidra del país.

Esas botellas estaban allí por la pura etiqueta, tan cara á los caballeros de la pobre Bretaña.

Allí hubiéramos encontrado á todos nuestros charlatanes conocidos del salon de césped de Penhoel, las tres Gracias Babouin-des-Roseaux-de-l'Etang, el caballero adjunto, su esposa Kerbichel, la viuda Clara Levinihic con sus tres queridos vizcondes, y hasta el buen Chauvette, maestro de escuela de la aldea de Glenac.

Podrían ser las ocho de la noche, y la *asamblea* hubiera estado completa sin la tardanza del jóven Numa, hermano de las tres Gracias, cuya silla estaba vacía.

—¡Cómo pasa el tiempo! dijo la Romanza, primogénita de las tres Gracias Babouin, aceptando una nata de pavo de manos del caballero adjunto Ker-

bichel; apenas hace dos meses y medio que estábamos sentados á la mesa el 15 de agosto con los Penhoel.

—Es verdad, dijeron todos.

—¡Pobre Señoral murmuró la Chauvette; ¡pobre tío Juan! ¡qué buenos y queridos eran!

—Eso no impide, dijo la Cavatina con su voz agrídulce, que el actual señor de Penhoel, el marqués de Pontalés, sea mucho mejor para el país, Mr. La Chauvette.

La *asamblea* aprobó estas palabras con la cabeza.

—No quiero hablar mal del antiguo señor de Penhoel, prosiguió el caballero adjunto Kerbichel, bebiendo un buen trago de vino; pero era notorio que aquel buen señor se entregaba demasiado á los licores alcohólicos.

—Y luego, añadió el Aria, cuya amable travestura no hubiera hecho esperar reflexiones tan profundas, era tan jugador como las mismas cartas.

—Yo digo una cosa, añadió gravemente la esposa del caballero adjunto: cuando un hombre se arruina es un mal hombre.

El marqués de Pontalés tiene ahora ochenta mil libras de rentas. Esto hace honor al país. Además, siempre se hubiera dicho que no había personas capaces de honrarnos.

—¡Ah! eran muy bellas, exclamó la viuda Clara de Levinihic con sentimiento; eran muy bellas las fiestas de Penhoel.

Los tres vizcondes repitieron tambien:

—Eran muy bellas las fiestas de Penhoell. Las tres Gracias Babouin formaron parte de la opinion de la viuda Clara Levinihic, y la Romanza añadió:

—Sin embargo, se bailaban allí bailes tan indecorosos é impropios, que se ruborizaba una al verlos. Esa Lola, que no tenia amante y que recibe ahora los obsequios del jóven Pontalés, Mr. Roberto de Blois, que miraba á la Señora á hurtadillas, y que dirigia sus miradas hácia Blanca....

—¡Hermana mial interrumpió la Cavatina bajando los ojos, caridad.... Se han visto jóvenes hidrópicas, segun el médico de La Gacelly, que aparentaban....

Dudó....

—¡Bien, bien! replicó la viuda Clara Levinihic; yo he advertido que de cuando en cuando alargaban sus vestidos.... Y el desmayo durante el baile.... Ya sabemos todos lo que quiere decir.

Los tres vizcondes la miraron con admiracion.

—¿Y las dos hijas del tio Juan? replicó la Romanza, el tio de las albarcas; si se pudiera hablar sin mover las cenizas de los muertos....

—Advertid, señorita, interrumpió uno de los vizcondes, que las gentes sencillas dicen que todas las noches vuelven al castillo, y por muy bien cerrada que estuviera vuestra alcoba, no seria un obstáculo para que las Hijas de la Luna os hicieran una visita.

—Entonces, dijo la viuda, ¡ay de vosotras, señoritas!

Los dos vizcondes, que no habian hablado, se desahogaron lanzando un grito de alegría.

La Romanza estaba pálida.

—Dios me libre, murmuró; ya sé lo que una cristiana debe á los difantos, y me parece muy inoportuna y sin gracia esa chanza.

—Vamos, vamos, basta, dijo la esposa del caballero adjunto; no olvidemos que nos hallamos en un sitio público. Volviendo á Penhoell, parece que ese pobre muchacho Vicente ha sido guillotinado en Paris.

—¡Guillotinado! exclamó La Chauvette dando un salto.

—Siempre me habia parecido su rostro muy malo, dijo la Cavatina; pero no es así. He aquí mi hermano que viene á comer con nosotros.

—*Tarde venientibus ossa*, exclamó el caballero adjunto, lo que quiere decir que se guardan los huesos para los enamorados que acuden tarde á comer por andar corriendo aventuras, Mr. de-l'Etang.

Numa Babouin tenia el rostro grave, leyéndose en él el orgullo de una noticia.

Se sentó en silencio.

—¿Sabeis algo de nuevo, Mr. Numa? exclamó Clara Levinihic, cuyos ojillos brillaban de curiosidad.

—¿Traeis noticias de la inundacion? preguntó Kerbichel.

—La inundacion ha debido verificarse esta tarde, respondió Numa; lo mismo sucede todos los

años; pero pudiera suceder que ocurrieran acontecimientos inesperados en el país.

Aguzáronse todos los oídos.

Todos devoraban al joven Numa Babouin, que había recobrado su actitud solemne y reposada.

—Pero en fin, dijeron juntas Romanza, Aria y Cavatina.

El joven Babouin dirigió al caballero Kerbichel una mirada llena de dignidad.

—Tanto como vos corro yo detrás de aventuras, señor caballero, dijo; pero procuro averiguar cuanto sucede. Y lo que pasa, añadió moviendo lentamente la cabeza, es muy extraño, señores, muy extraño, muy extraño.

—Nos estais atormentando, hermano mio, exclamó la Romanza impaciente.

Numa apoyó los dos codos sobre la mesa.

—Sabeis que la escritura de venta del castillo tiene una cláusula de término dado y condicion, comenzó.

—¡Pardiez! dijo Kerbichel.

—Hoy es el último día, señor adjunto.

—Ya lo sabemos, Mr. Babouin, y no habrá una persona que preste los quinientos mil francos para comprarlo.

—Eso es lo que no podreis afirmar.

—¿Cómo?

—Juzgad vos mismo. En este momento he entrado en la sala donde están comiendo esas pobres gentes. Sospeché que estaban hablando de Penhoel,

pero no pude sospechar lo que iban á decir. Vos, que lo sabeis todo, Mr. Kerbichel, decid, ¿qué es?

—Renuncia, dijo en coro la asamblea.

—Vamos, decid.

—No, no.

—Pues bien, señores; haceis muy bien en renunciar, porque no os lo pudiérais haber figurado nunca. René de Penhoel y la Señora están aquí en esta posada.

—¿Será posible?

—Ignoro si es ó no posible, replicó Numa Babouin, pero es cierto.

—Tal vez, dijo Kerbichel, hayan logrado encontrar dinero. Nadie ha pretendido negar nunca que Penhoel fuese un hombre honrado.

—Ciertamente, dijo la asamblea.

—He aquí la historia, prosiguió el hermano de las tres Gracias. ¿Os acordais de aquel aventurero que se hacia llamar Roberto de Blois?

—Un bribon.

—De él hablamos.

—Pues bien, parece que ese Roberto de Blois es el que los ha traído, y el que ha prestado fondos á Penhoel.

—¡Oh! exclamaron todos.

—Positivamente. Ha traído en su coche al señor de Penhoel y á la Señora. Le acompaña tambien su criado Blas y otro, un pobre diablo que nosotros hemos conocido de enterrador de la aldea de Glenac.

—¿Bibandier?

—Bibandier... Dicese que traen un millon de francos.

—¡Un millon! exclamó el caballero adjunto. Ved lo perjudicial que es juzgar á las personas por las apariencias. Ya ha habido aquí persona que ha llamado á Mr. Roberto aventurero.

—Yo no he sido, respondió la Romanza.

—Ni yo, dijo la Cavatina.

—Ni yo, añadió Aria.

—¡Ni yol ni yol ni yol

No era nadie.

—¡Ah! replicó Mr. Kerbichel, ¿no podriamos ser presentados á Mr. de Penhoel para ofrecerle nuestros respetos?

—Guarda el mas severo incógnito.

—Comprendo; ¿pero Mr. de Blois?

—Está ya en camino para el castillo, ocompañado de sus dos acólitos.

Hubo un momento de silencio, despues del cual la mayor de las tres Gracias tomó la mano de su jóven hermano.

—He aquí lo que yo llamo un feliz acontecimiento, dijo. No tengo ninguna prevencion contra el marqués de Pontalés, pero siempre he deseado desde lo mas íntimo de mi corazon la vuelta de esa querida familia de Penhoel.

—Y nosotros, dijeron todos.

Luego cada uno añadió una palabra.

—¡Tan buenos señores!

—Tan generosos!

—¡El nombre mas antiguo del parlamento!

—Honra de la comarca.

Se hacia hacer un mal papel á la Chauvette, que no se regocijaba en voz alta.

Por fuera se dejó oír un ruido y todos se precipitaron á las ventanas, porque estaba escitada la curiosidad en el mas alto grado.

Era simplemente un hombre que montaba á caballo delante de la puerta de la posada, partiendo despues al trote.

—Apostaria cinco francos contra diez cuartos, dijo la viuda Clara Levinihic, que ese hombre es Penhoel y que está beodo.

—¿Beodo Penhoel? repitió escandalizada la asamblea.

Pero no era ocasion de llevar mas adelante el proceso, porque el ruido exterior se cambió en estrépito, y dos sillas de posta desembocaron por el camino de Rennes.

Se detuvieron delante de la posada. La *sociedad* se habia convertido en ojos y oidos.

El jóven Mr. Babouin se deslizó por la escalera para buscar su provision de noticias.

Un hombre á quien nadie conocía, habia echado pié á tierra, llamando al posadero.

Le dijo algunas palabras en voz baja, y luego volvió hácia la silla de posta, cuya portezuela se abrió de nuevo para dar paso á un anciano de cabellos blancos.

—¡Que me descuarticen si no es el anciano Juan de Penhoel! exclamó la Romanza.

El anciano había entrado en la posada.

Nadie se movía en el interior de las sillas de posta, cuyos caballos arrojaban por las narices nubes de humo.

El desconocido hablaba con el posadero.

Al cabo de media hora el anciano, que se había tomado por Juan de Penhoel, se dejó ver de nuevo. Ayudado por un criado de posada llevaba una mujer que parecía enferma y de una debilidad estremada.

—La Señora, murmuraron en las ventanas.

Añadian:

—¿Qué quiere decir todo esto?

La mujer enferma fué introducida en una de las sillas de posta, subiendo tras ella el tío Juan.

Oyóse al desconocido preguntar al posadero:

—¿Cuánto tiempo hace que ha partido?

—Una media hora.

—Haced que me ensillen un caballo.

—Es imposible, señor; en todo el pueblo no encontrareis uno. Las gentes de que os hablamos han hecho retener, Dios sabe por qué, los caballos de todas las posadas.

—Que desenganchen uno de mi silla, dijo el desconocido.

Su orden fué ejecutada al momento.

Montó á caballo, é inclinándose á una de las portezuelas de la silla, dijo:

—Pasareis el puente de Los Houssayes; yo llegaré al castillo antes que vosotros.

Clavó las espuelas en el animal y partió á galope. Los carruajes se alejaron á su vez. Un minuto despues no había nadie en la calle.

La *sociedad* tenía fiebre, y las noticias que le dió el jóven Numa no eran por cierto para curarla.

Numa se había deslizado hasta la puerta de la calle; había dado la vuelta á los carruajes, procurando que sus miradas penetraran dentro de ellos.

—¡Jesus! dijo al entrar en el comedor; es preciso haberlo visto para creerlo.

—¿Qué? ¿qué?

Numa recobró aliento. Las tres Gracias estaban orgullosas de ser sus hermanas.

—¿Qué? repitió al fin. Dentro de esas sillas van vivos, enfermos y muertos.

—¡Muertos! exclamó la asamblea.

—Por lo menos aparecidos. He mirado bien los dos carruajes, y á escepcion de un par de pícaros negros como la tinta, he creído reconocer á todos los que van dentro.

La *sociedad* no preguntaba ya, pero el jóven Numa Babouin estaba entonces en el centro del círculo, que amenazaba ahogarle.

Era un hermoso momento para el jóven jefe de la casa de Babouin-des-Roseaux-de-l'-Etang; no se apresuraba á satisfacer aquellos curiosos apetitos que le daban tan alta importancia.

—Dejadme respirar, por Dios, señores, prosiguió.

Contemos por los dedos. En el primer carruaje he reconocido á Vicente el guillotinado, al antiguo dueño de la posada, ya sabeis, á maese Geraud.

—Sí, sí.

—Y al tío Juan.

—¿Era él?

—Si me interrumpís no podré deciros nada. En ese carruaje ha sido en el que se ha hecho subir á la Señora. En el otro, ¡qué diablo! he visto á las dos hijas del tío Juan con sus antiguos amantes Enrique y Roger de Launoy.

—Advertid, Mr. Babouin, dijo Kerbichel, que el entierro se hizo llenando las formalidades prescritas.

—Me lavo las manos, caballero. No seria la primera vez, sea dicho sin ofender á nadie, que haya hecho barbaridades el estado civil. En fin, en el mismo carruaje va también el Angel, Blanca, que lleva un niño en los brazos.

—¿Lo veis? exclamaron á la vez las cinco mujeres, triunfantes de alegría.

—¡Pobre Angel!

—¿Pobre Angel, murmuró el joven Babouin, cuando tal vez va á ser la heredera mas rica de todo el país?

Los miembros de la sociedad se miraron sin reir, y el caballero adjunto Kerbichel replicó con acento penetrado:

—A escepcion de Mr. Chauvette, que parece por demás frio é indiferente, todos aquí profesan el ma-

yor cariño á los Penhoel. Propongo brindar á su feliz regreso, que tanto anhelábamos, y que nos causa tan estremado júbilo.....

Roberto, Bibandier y Blas habian llegado á Redon á eso de las tres de la tarde. Lola no formaba parte de la expedicion esta vez. Nuestros tres caballeros no llevaban consigo mas que al señor de Penhoel y á la Señora.

René habia recobrado la fuerza, pero su inteligencia estaba cada vez mas confusa, no haciendo mas que beber por el camino.

Marta al contrario, comprendia perfectamente el papel que se obligaba á hacer á su marido; sentíase prisionera entre manos enemigas, pero no se reanimaba su valor. No habia en ella mas que indiferencia y apatía; no hubiera movido el brazo para separar el cuchillo que amenazara su corazon. Esperimentaba además tan gran debilidad, que hasta su voluntad era impotente.

Durante el camino la habia abismado su fatiga en una especie de sueño pesado y continuo.

Importábale poco lo que iba á pasar.

Esperaba que Dios no la hiciera esperar mucho el momento en que habia de reunirse á sus hijas.

Diana y Elena, que dos veces habian bajado del cielo para aliviar su sufrimiento.

Sobre la tierra no echaba de menos á nadie mas que á Blanca.

Al llegar se echó en el lecho en que tres años an-

tes habia reposado Lola, mientras que Blas y Roberto hacian su primer comida en la posada del *Carnero Coronado*.

Nuestros tres caballeros y René de Penhoel se establecieron esta vez como la anterior. Se hizo beber á René cuanto pudo, y no se dejó de brindar por su próxima vuelta á la casa de sus padres.

Hácia las cuatro y media montaron á caballo Roberto, Blas y Bibandier.

Antes de partir dijeron á René:

—Ahora, Penhoel, tendreis confianza en nosotros. Ya sabeis cuáles son vuestros amigos y cuáles vuestros enemigos. Nos vemos obligados á abandonaros para ir al castillo á prepararlo todo. De aquí á las ocho pasad el tiempo en hacer lo que mejor os plazca; pero á esa hora es preciso que os encontréis en el camino de Penhoel.

René permaneció solo con su mujer, que dormía; sus antiguas ideas de venganza no se apoderaron de él. Su caballo era el único disponible que habia en todas las posadas de Redon, porque Roberto habia tomado esta precaucion para evitar contratiempos.

Habiale llenado de oro los bolsillos y tenia aquel dia un vino muy alegre: á las ocho en punto salió de la posada, siguiendo las instrucciones de nuestros tres caballeros.

Roberto temia vagamente ser perseguido por el nabab.

Este habia perdido todo el dia en buscar por

Paris á Marta y á René de Penhoel. Al partir le llevaban de delantera Roberto y sus amigos mas de doce horas; pero ese largo intervalo se habia ido aminorando poco á poco en el camino durante el viaje, y las dos sillas de posta del nabab pisaron el empedrado de Redon cinco horas despues de la llegada de los fugitivos.

El dueño de la posada le dió todas las señas apetecibles acerca de los cinco viajeros apeados en el *Carnero Coronado* despues de mediodía. El tío Juan fué el encargado de avistarse con Marta. Al verla tan débil, debió dudar y preguntarse si podría sufrir las fatigas del viaje desde Redon al castillo. Pero no se la podia dejar en aquella habitacion de una posada espuesta á merced de los acontecimientos.

Juan de Penhoel se hizo conocer y pronunció algunas palabras de esperanza, pero sin aventurar los nombres de Diana, Elena y Blanca, porque temia que la emocion fuese escesivamente fuerte y súbita para la pobre enferma.

Colocósela lejos de sus hijas en el carruaje en que iban Vicente y maese Geraud.....

.....

A una legua de Redon, René de Penhoel, que vacilaba al trote de su montura, siguiendo maquinalmente el camino del castillo, oyó tras sí el galope de un caballo.

La noche era húmeda y sombría. En el fondo de

ese valle poblado de malezas era donde Bibandier formaba su fantástico ejército.

Penhoel volvió la cabeza y vió en medio de las tinieblas una forma negra que avanzaba rápidamente.

Era un caballero cuya figura y rostro desaparecían bajo los anchos pliegues de su capa.

—¿Quién eres? gritó el antiguo señor del castillo con voz vinosa.

El caballero no respondió.

—¡Yo soy Penhoel! prosiguió René. Voy á rescatar el castillo de mi padre, y á arrojar de él á Pontalés, á ese infame, perro como su padre.

El caballero prosiguió guardando silencio.

A pesar de su embriaguez, sentía René oprimido su corazón por un vago terror.

Puso su caballo al paso.

El caballero le imitó. René le miraba á hurtadillas, midiendo su elevada estatura, que se desarrollaba confusamente en la sombra.

Clavó las espuelas en el vientre de su montura, que partió al galope.

El caballo del desconocido galopó también.

—¿Quién eres, quién? balbuceó Penhoel.

Igual silencio por parte del incógnito.

René temblaba.

Al cabo de una hora de marcha, durante la cual su embriaguez hizo pasar ante sus ojos terribles visiones, se detuvo de pronto su caballo.

Una sábana de espumosa y agitada agua se es-

tendía por el camino delante de él. A la izquierda los pantanos de Glenac prolongaban su inmensa superficie, en cuyo centro balanceaba la Dama Blanca los pliegues de su vaporoso traje.

A la derecha la doble colina daba paso al torrente.

Delante se distinguían vagamente en la cima de la montaña los paredones del castillo.

No había mas que una luz en las ventanas.

Pero en la falda se distinguía un resplandor incierto que brillaba á través de los castaños en la cabaña de Benito el barquero.

—¡Ah de la barca! exclamó René con toda su fuerza.

Su voz debió morir antes de llegar á la mitad del río.

Ningun movimiento se advirtió en el modesto albergue.

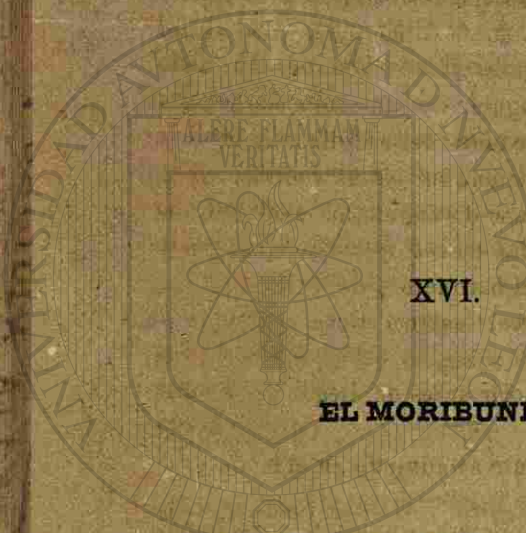
El desconocido puso las dos manos en torno de su boca y gritó con voz vibrante que resonó en medio de la noche como el eco de una trompa:

—¡Ah de la barca! ¡ahl... ahl...

La luz se apagó en la cabaña.

René se estremeció, sintiendo deslizarse por sus venas un frío glacial.

ALFONSO REYES,
BIBLIOTECA DE MONTREY, MEXICO
MEXICO DE CALIFORNIA



XVI.

EL MORIBUNDO.

Al dejar la posada del Carnero Coronado, que debía recordar á Blas y Roberto multitud de incidentes, habían emprendido nuestros tres caballeros el camino de la Gacelly.

Pero en lugar de seguir directamente hasta el castillo, se detuvieron á la altura de la aldea de Bains, penetrando por las malezas.

Los tres se apearon.

Hasta entonces habían caminado en medio del mas profundo silencio, presa al parecer cada uno de ellos de las mas graves meditaciones.

—Vamos á hacer una buena, dijo Roberto echan-

do la brida sobre el cuello de su caballo; vamos á jugar el todo por el todo, y estas partidas se suelen ganar con mas facilidad de lo que se piensa.

—Nos persigue la desgracia, suspiró Bibandier.

—Calla, dijo Blas; sin tu estupidez estarian las muchachas en el fondo del rio. Ya nos has dado bastante que hacer.

Si hubiesen muerto las tales chiquillas, tendriamos ahora los bolsillos llenos de diamantes.

—Zalamero, amigo mio, replicó Bibandier, no tienes derecho para hablar; tu veneno ha surtido los mismos efectos que mi primera tentativa.

—¡Inbécil! murmuró Blas.

—Basta, dijo Roberto; no estamos ahora para disputar. Si trabajamos con fe puede que tal vez consigamos enmendarlo todo. Lo que me agrada en esta partida es que no será muy larga.

—Pero, dijo Blas, si perdemos...

—Como el diablo quiera. Si perdemos nada nos resta ya que hacer en Francia. Tú desfilas por un lado y yo por otro. Bibandier sigue otro camino y comenzamos otra vez nuestros trabajos.

Se detuvo delante de las malezas que daban frente á la aldea, y prosiguió:

—¡Qué triste es esto! Pasan los años y tan mal nos encontramos al fin como al principio.

¡Bahl todos los hombres encuentran en su vida la ocasion de hacer fortuna; no se trata mas que de asirla. Amigos míos, tal vez recobre esta noche nuestra estrella su puesto en el cielo.

—Diablo, dijo Blas.

—¡Te vas á morir! añadió Bibandier.

El Americano hizo un gesto.

Despues, levantando la cabeza y señalando con el dedo la última casa de la aldea:

—Si Mr. Protasio Le-Hivain no ha perdido sus antiguos hábitos, replicó, vamos á verle salir ahora mismo y venir hácia aquí á fumar una pipa.

—Pero ¿qué diablo quieres hacer con Mr. Protasio Le-Hivain? preguntó Blas.

Roberto se encogió de hombros.

—Piensas, prosiguió, que el marqués de Pontalés vendría gustoso á una cita que nosotros le diéramos en medio del campo despues de caída la tarde?

—¡Es verdad, es verdad! dijo Blas. Macrocéfalo nos servirá de escudo. Tal vez sea chistosa la aventura, dándonos motivo para reir.

—¡Bien sé yo que no se reirá éll dijo el Americano, frunciendo el entrecejo. El ladronazo de Pontalés consentirá y seremos ricos.

Bibandier se irguió de pronto.

—Ese sí que lo descuartizaria yo, dijo gravemente. Hasta aquí siempre he sido la víctima; pero ya es tiempo de que cese de serlo.

—Silencio, murmuró Roberto, y atención.

Inclinó la cabeza para ocultarse detrás de las malezas. Sus dos compañeros le imitaron.

La casa del abogado acababa de abrirse y Mr.

Protasio Le-Hivain, llamado Macrocéfalo, se dirigió en persona hácia la espesura.

Su larga cabeza estaba cubierta con un gorro de lana; pero llevaba la levita y el resto del traje de un hombre de importancia.

Paseábase tranquilamente con las manos á la espalda fumando su pipa como de costumbre y meditando á placer algun embrollo.

Comenzaba la noche á hacerse sombría cuando pasó cerca de una maleza.

—Adelante, dijo Roberto dando un salto.

El pobre abogado quiso exhalar un grito al ver aquellas tres fisonomías sobradamente conocidas que de improviso le rodeaban; pero Bibandier le puso su enorme mano sobre la boca.

—Por Satanás, Mr. Le-Hivain, dijo terriblemente, si dais el menor suspiro os estrangulo.

Le-Hivain temblaba.

—Mis buenos señores, balbuceó al fin, mis dignos y queridos amigos, soy muy feliz con volver á veros. Pero la admiracion, el sobresalto, el placer.....

Sus ojos vagaban de uno en otro.

—Vamos, vamos, dijo Bibandier, que estaba ébrio de alegría por causar miedo á alguno; ya sabemos lo mucho que nos apreciáis; pero dejaos de esas frases sonoras y al caso, porque os necesitamos.

—Os seguiria al fin del mundo, mis queridos amigos, replicó el desgraciado Macrocéfalo; pero sin embargo.....

—¡Venid! interrumpió Roberto.

Le-Hivain no aventuró palabra mas, dejándose conducir al interior del bosque. Volvieron á montar á caballo, colocando al abogado á la grupa de Bibandier.

—Marchemos, dijo Roberto, que se colocó á retaguardia para poder hablar con el abogado.

—Si os dirigís al castillo, hizo observar tímidamente éste, os aconsejo que tomeis por el puente de los Houssayes, mis dignos señores, porque desde ayer hay inundacion, y la barca de Port-Corbeau no sirve para maldita la cosa.

—¿Ha muerto Benito Haligan? preguntó Roberto.

—Todavía no, mi buen señor de Blois. Ya sabéis que el pobre loco cree adivinar lo futuro. Hace mas de seis meses que está agonizando y ha predicho que la muerte entraria esta noche en su cabaña.

—¿Y Pontalés? preguntó Roberto.

—¡Oh! está muy bueno, gracias á Dios! Siempre tan astuto como una docena de normandos, siempre severo con la pobre gente. Jesus, mi digno señor de Blois, soy un hombre extraordinariamente pacífico; pero cuando le ví echaros de Penho el, ¡oh! lo confieso francamente, me entraron des eos de romperle el baston en las costillas.

—¿De veras? dijo Roberto. ¿Hasta ese estremo?

—Mis excelentes amigos, dijo, mi digno señor de Blois, mi querido señor Blas, y tambien vos, mi va-

liente señor Bibandier, no podeis comprender el sincero é inmenso afecto que os profeso. Dejaría que me descuartizaran por cualquiera de vosotros.

Bibandier soltó la carcajada.

—¡Esperaba esa salida! exclamó. Pues bien, Mr. Le-Hivain, ya veis que pagamos vuestro leal afecto, puesto que hemos andado mas de cien leguas únicamente por haceros una visita.

—¿Me será permitido preguntaros..... comenzó el abogado.

—Ya tendreis tiempo de eso, Mr. Le-Hivain, interrumpió Roberto. La cuestion importante ahora es saber si estais de nuestra parte ó contra nosotros.

—¡Jesus! exclamó el abogado; ¿yo contra vos?

—Para hablar con franqueza, prosiguió Roberto, queremos acabar con Pontalés.

—¿Supongo que por vias legales?

—Muy legales.

—Pues bien, mi digno Mr. de Blois, mi querido Mr. Blas, mi valiente Mr. Bibandier; soy vuestro, todo vuestro.

En ese momento caminaban á través de los campos, siguiendo sobre poco mas ó menos el camino que Diana y Elena habian recorrido la noche de San Luis, al volver de su expedición á la casa del abogado.

Atravesaron el puente de los Houssayes, cuyos pilares de madera temblaban bajo el creciente es-

fuerzo de la inundacion, y luego siguieron el rio hasta el paso de Port-Corbeau.

Al llegar casi al pié del castillo, Roberto, que marchaba delante, detuvo su caballo.

—Mr. Le-Hivain, dijo, no creais que trabajais en balde, pues pagaremos cada uno de vuestros pasos á un precio fabuloso.

—No obro por interés.

—Escuchad. No teneis que hacer mas que subir al castillo.

—Con mucho gusto. ¿Para qué?

—Para ir á buscarnos á Mr. de Pontalés, con el cual quiero tener una entrevista.

El abogado movió la cabeza.

—Con el mayor gusto subiré al castillo, respondió, pero no creais que adelantareis gran cosa. Pontalés es muy solapado. Vive en el otro castillo para hacer decir por las cercanías que guarda las consideraciones debidas, y que la casa de los Penhoel espera aún á sus antiguos señores en el caso que éstos quieran pagar el precio del rescate.

—¿Y no hay nadie en el castillo?

Macrocéfalo señaló con el dedo la fachada, en que no brillaba mas que una luz.

—Nadie, respondió, á no ser un antiguo criado encargado de la barca, y que ocupa las habitaciones inferiores. Todo es pura farsa. La puerta del castillo permanece abierta, y Pontalés repite á quien quiere oírsele, que espera ver á los señores de Penhoel entrar en la casa de sus abuelos.

Roberto no escuchaba, aparentando reflexionar sobre ese contratiempo.

—Pero si quereis, añadió Macrocéfalo, tomaré uno de vuestros caballos y no dejaré de galopar hasta Pontalés.

—Es preciso que la entrevista se verifique aquí, dijo Roberto.

—Bien; os traeré á ese hombre.

El Americano observaba cuidadosamente al abogado, que conservaba su fisonomía tranquila ó inocente.

—Zalamero, dijo, aun no deben haberse acostado en la próxima granja. Vé á buscar al muchacho Francin, y si te preguntare algo dí que se trata de los intereses de Penhoel.

Bias se internó en los senderos que conducian á la granja.

—Mi buen señor Le-Hivain, prosiguió Roberto, depositamos toda nuestra confianza en vos; pero se necesita mas de una hora para ir y volver de Pontalés, y pasan tantas cosas por la imaginacion durante ese tiempo! Quedaos con nosotros; Francin llevará la carta que vais á escribir á Pontalés.

—¿La carta? repitió Le-Hivain. ¿Cómo quereis que escriba entre estas malezas?

Roberto indicó con el dedo el resplandor que brillaba á través de las ramas de los castaños.

—La cabaña del viejo Benito nos servirá para esto; no se necesitan testigos.

Estaban á unos cincuenta pasos cuando mas de

la cabaña. Bibandier se deslizó entre las ramas de la espesura y desapareció para volver al momento.

—¡El pobre anciano no nos molestará! dijo desde lejos.

¡Ha muerto!

—¡Tomaos el trabajo de entrar! Somos los dueños de la cabaña.

Los tres se introdujeron en la cabaña, cuyo interior sombrío y ahumado no estaba alumbrado mas que por una pequeña resina situada á la cabecera del lecho.

El anciano Benito estaba tendido boca arriba con los brazos en cruz, los ojos abiertos y frio. No respiraba.

Roberto fué á tomar la resina, colocándola cerca del agujero que servía de chimenea.

—Enciende lumbre, Bibandier, dijo, porque Mr. Le-Hivain parece que tiene frio.

En efecto, el abogado temblaba. La aventura iba siendo algo lúgubre, y se preguntaba cuál sería el desenlace.

Estaba sentado lo mas lejos posible del lecho, volviendo la espalda al muerto.

Bibandier echó en el hogar un haz de leña seca. Cuando se levantó la llama clara y brillante, acercó el Americano su escabel con un movimiento de bienestar no equívoco.

—Refrescan las noches, dijo, y el fuego comienza á ser muy agradable. ¿Teneis con qué escribir, Mr. Le-Hivain? Yo no tengo mas que papel sellado.

Macrocéfalo le dirigió una mirada de sorpresa.

—¿Os admira eso? prosiguió el Americano. Esta noche vamos á tratar un negocio muy formal. Pontalés nos ha jugado en otra ocasion una mala pasada, pero nunca falta la revancha con que poder desquitarse. Colocaos lo mejor posible y procurad escribir sobre las rodillas.

Le-Hivain habia sacado de su bolsillo tintero, pluma y papel.

—Os aseguro, replicó Roberto, que por un momento he pensado visitar yo mismo á ese bribon de Pontalés. Seria mas sencillo. Pero tal vez pudiera entrar en ese endiablado castillo y no salir de él. Prefiero tratar los negocios por correspondencia. Escribid.

—Estoy á vuestras órdenes, dijo Macrocéfalo.

—¿Qué vamos á decirle?

—Si fuera un hombre de vuestra edad, insinuó Bibandier, pudiéramos hablarle de amores.

—Cállate, interrumpió Roberto. Escribid. "Señor marqués..." ¡Qué diablos! Mr. Le-Hivain, no sois ya un niño; escribid de manera que se pueda leer.

El abogado se frotó la oreja.

—¡A estas horas! murmuró, y el dia que espira el plazo! El marqués se dirá, y con razon: ¿por qué no viene Mr. Le-Hivain?

—Es preciso encontrar un medio.

—Yo, dijo Bibandier....

—Calla; Mr. Le-Hivain, dijo Roberto, sois un hombre de recursos.

—Sois muy galante, mi digno amigo; pero es tan desconfiado Pontalés! Esperad, replicó de pronto golpeándose la frente; creo haber hallado....

—Decid.

—Hay una cosa que haria á Pontalés levantarse de la cama aun cuando estuviera agonizando, dijo el abogado; el nombre del primogénito de Penhoel.

—¡Es verdad! observó Roberto sonriendo.

—Justamente se habla en el país desde hace dos ó tres meses de la vuelta de Mr. Luis, prosiguió Macrocéfalo; ya comprendéis, uno de esos rumores que se estienden sin saberse por qué ni cómo. Voy á decirle que se trata de sucesos graves en que se halla mezclado Luis de Penhoel.

—Decid eso, Mr. Le-Hivain, replicó Roberto, y tal vez no mintais tanto como creéis.

La pluma del abogado, que ya corria por el papel, se detuvo.

—¡Cómo! balbuceó, sabreis....

Blas volvió con Francin.

—¡Acabad la carta!

El abogado cerró su misiva, entregándosela al aldeano, que partió á galope creyendo servir los intereses de los antiguos señores de Penhoel.

En cuanto se hubo alejado, púsose Roberto pensativo, y Macrocéfalo intentó en vano reanudar la conversacion.

Era una noche de noviembre negra y fria; oíase

gemir el viento entre las malezas, y el agua, saliendo de su cauce, pasaba con estrépito lamiendo la cabaña.

En el interior de ésta reinaba el silencio.

Macrocéfalo, que tenia el oido atento, se levantó aterrorizado, creyendo oir un débil gemido exhalado en el lecho mortuorio.

Pero nuestros tres caballeros le obligaron á sentarse de nuevo.

El pobre Benito Haligan seguia inmóvil en su lecho con los brazos cruzados y la mirada fija.

Al cabo de una hora oyóse á lo lejos el ruido de dos caballos.

Nuestros tres caballeros se ocultaron precipitadamente detrás de la puerta, y el abogado permaneció solo cerca del fuego.

Un momento despues entró en la cabaña el anciano marqués de Pontalés.

Habia depuesto su habitual sonrisa, y parecia estar de un humor detestable.

—¿Qué significa esto? esclamó desde el dintel; ¿por qué esta entrevista, y desde cuándo no quereis molestaros en ir á buscarme?

Macrocéfalo hacia grandes saludos. Tal vez se hubiera visto embarazado para contestar, si nuestros tres caballeros no le hubiesen evitado este trabajo.

En efecto, Pontalés cesó de preguntar, porque la puerta se habia cerrado violentamente tras él.

Se volvió sobresaltado y reconoció de una ojeada á las personas con quienes iba á tratar.

—¡Un lazo! murmuró.

Luego añadió sin saber que hablaba:

—Ayer me escribía mi hijo que estaban todos en Paris.

—Vaya una reflexion pobre para un hombre de vuestro talento, replicó Roberto riendo. ¿No sabeis que un cuarto de hora antes de morir vivia aún Mr. de la Palisse? Pero olvidábamos estrecharos las manos, mi querido marqués, é informarnos del estado de vuestra salud.

Pontalés parecia una zorra cogida en la trampa; bajo sus párpados medio bajos veíanse sus pupilas agitadas vivamente.

Roberto, Bas y Bibandier se dirigieron á él sucesivamente, tendiéndole la mano. Respondió maquinalmente á esta irónica atencion.

—Señores, balbuceó, vosotros sin duda habeis inducido á Mr. Le-Hivain á darme esta cita.

—Si nos hubiérais dejado nuestro hermoso castillo de Penhoel, querido marqués, replicó Roberto, no nos veriamos obligados á recibirlos en tan miserable albergue.

¡No hicisteis entonces mala jugada! Lléveme el diablo si en mi vida he visto nunca tanto aplomo. Los gendarmes, la filiacion en la policia, todo estaba admirablemente combinado. Pero tomaos la molestia de sentaros, señor marqués; tenemos muchas cosas que deciros y podriamos cansaros de pié.

Pontalés se sentó.

—Procedamos sin plan ni método, prosiguió el Americano, cuyas libres maneras contrastaban con la turbacion del marqués; no me disgusta ese desorden que hace hablar tan pronto de una cosa como de otra. Hablávais de vuestro hijo; apreciable jóven que se divertia mucho en Paris. Ayer habeis recibido carta suya; nosotros podremos daros noticias muy recientes.

—¿Lo habeis visto despues? preguntó el marqués, procurando tranquilizarse.

—Ignoro cómo deciros, añadió Roberto, que un contratiempo horrible.....

El marqués era padre y levantó la cabeza con inquietud.

—Cuando los jóvenes son valientes, prosiguió el Americano, suelen tener querellas, duelos.

—¡Un duelo!

—Un duelo extraordinariamente desgraciado, mi querido marqués de Pontalés. El primogénito de los Penhoel le introdujo en el pecho tres pulgadas de acero.

El marqués se levantó de pronto como si hubiera experimentado un choque galvánico. Macrocéfalo no pudo menos de imitarle.

Nuestros tres caballeros, sentados juntos, mecian sus piernas cruzadas, conservando una calma perfecta.

—¡El primogénito de Penhoel! repitió el marqués con voz trémula, ¡el que desapareció hace

veinte años! ¿No me engañan mis oídos? ¿Hablaís de Luis de Penhoel?

Al pronunciar este nombre se escapó un suspiro del lecho.

Macrocéfalo vaciló.

—¡El muerto se despierta! dijo.

Bibandier y Blas estaban pálidos; Roberto se encogió de hombros.

—Cuando quieran los vivos, dijo lentamente, volverán á dormir los muertos.

Todos, sin embargo, dirigieron hácia el lecho estraviadas miradas.

Como si el anciano Benito hubiese querido protestar contra esta amenaza, se le vió agitarse entre las ropas para incorporarse un poco.

—Hoy es, dijo con cavernosa voz. Muchos días y muchas noches hace que esperaba este momento. La mano de Dios pesa sobre mí; ¡no veré la vuelta de Penhoel!

Todos guardaban un silencio glacial. El mismo Roberto, á pesar de su estremo valor, no lo tenía para desplegar los labios.

—¡Había contado mis horas! prosiguió el anciano. Sabía que la enfermedad no tendría tiempo de darme la muerte. ¡Lo había dicho! ¡lo había dicho! El desconocido vino en una noche sombría y de inundación..... en otra noche sombría y de inundación volverá..... ¡Penhoel! ¡Penhoel! el que matará tu cuerpo y tu alma va á robarme la vida.

Cada una de sus palabras salía de la boca con mas trabajo.

No habia en la cabaña un solo pecho que no estuviera oprimido.

—¿Quién ha dejado abiertas las puertas del castillo? prosiguió el anciano barquero, cuya voz se hizo mas vibrante. Veo entrar por ellas á los que nunca debieron salir. Las que se creían muertas tienen en torno de sus lábios la sonrisa de la vida.

“Penhoel no busca sus niñas entre las Hijas de la Luna que se deslizan bajo los sauces.

“¡Y cómo palpita el corazón del ausente al respirar el aire del querido país!

“Las lágrimas se han secado en los ojos de la santa mujer. Hay un recién nacido en una cuna adornada de flores.”

Una estraña sonrisa animó su fisonomía; balbuceó aún algunas palabras que no se pudieron entender, y su pesada cabeza volvió á descansar sobre la almohada.

Un prolongado silencio reinó en la cabaña; luego el Americano acercó su escabel al del marqués.

—Cuanto ha dicho ese viejo loco es verdad, señor marqués. La obra que tan penosamente habéis edificado á costa de traiciones y mentiras, está minada por su base. Marqués, tal cual me veis vengo á traer os la ruina ó la salvación. A vos toca escoger.

XVII.

EL CASTIGO.

La lucha era entre Roberto y el marqués; Blas y Bibandier callaban. Macrocéfalo dirigía estraviadas miradas hacia el pobre lecho de Benito.

—Si no se tratara mas que del rescate de Penhoel, prosiguió Roberto, no me hubiera cuidado de molestaros, señor marqués; pero teneis que temer otras muchas cosas.

¡Ya sabeis que ese Luis de Penhoel es un adversario terrible!

—¿Lo habeis visto? prosiguió Pontalés.

—¡Como á vos!

—¿Y es siempre el mismo?

—Siempre, siempre valiente, siempre jóven. El día en que vuestro hijo cayó atravesado por su espada, habia salido vencedor Luis de Penhoel de cuatro desafíos.

—¡Pobre hijo mió! murmuró Pontalés, que habia olvidado algo su paternal dolor. Decís que no ha muerto y á su edad vuelve de tan lejos.

Vamos, señores, añadió dando á su fisonomía esa espresion de honradez que ya le conocemos; mucho siento haberme separado de vosotros. Pasado el primer momento de sorpresa, estoy mas satisfecho que descontento de volver á veros.

Roberto le tendió la mano.

—Eso se llama hablar, Pontalés, exclamó, tanto mas cuanto que vuestra sinceridad está al abrigo de toda sospecha. Puesto que os explicais así, voy á deciroslo todo. Primero traemos de Paris á René de Penhoel y su mujer.

—¡Ah! dijo Pontalés; ¡vienen con vosotros!

—¡Naturalmente! Necesitábamos un arma contra vuestra inmensa habilidad, señor marqués. De una manera ú otra Penhoel posee los medios de rescatar su propiedad.

Además (no quiero ocultároslo), el día que Penhoel entre en su castillo, os vereis casi obligado á abandonar el vuestro, con mas los magníficos dominios que lo acompañan.

—¿Cómo?

Roberto sacó el reloj.

—¡Las diez! murmuró hablándose á sí mismo.

Dentro de media hora estará aquí René. Dispensadme si no entro en esplicaciones detalladas, porque el tiempo vuela y apenas tenemos el necesario para estender las actas que debemos firmar.

Pontalés no respondió, pero dirigió una mirada en torno suyo.

—Sin duda..... ¡sin duda! prosiguió Roberto, que interpretaba esa mirada furtiva; somos tres contra uno, porque Mr. Le-Hivain permanecerá neutral en caso de que llegue á declararse la guerra. Podremos usar de la violencia á nuestro capricho; pero no temais nada, señor marqués; no tendremos necesidad de ello.

Nuestro interés requiere que se forme entre nosotros una estrecha alianza, alianza sólida esta vez, y que no pueda romper ya vuestro capricho.

Volvióse hácia el abogado, que se calentaba los zapatos en un rincón del hogar.

—Preparad la pluma y el tintero.

—Mr. Le-Hivain, prosiguió, he aquí dos hojas de papel sellado. Tened la bondad de redactar una escritura entre el marqués de Pontalés por una parte y nosotros tres de la otra, por la que se dividan en cuatro partes iguales los antiguos dominios de Penhoel.

—¿Y no me queda á mí mas que la cuarta parte? murmuró el marqués.

—Cada uno de nosotros, replicó Roberto, conservará una de las otras tres restantes.

—Prefiero sufrir el rescate.

Roberto dió el papel sellado.

—Permitid, dijo haciendo á Pontalés un movimiento de cabeza amistoso, no teneis derecho á elegir; si no estais de nuestra parte, estaremos nosotros contra vos.... ¿no es así, compañeros?

Blas y Bibandier se agitaron en sus escabeles.

—Y si estamos contra vos, prosiguió Roberto, recordaremos ciertas antiguas cuentas que os causarán algunos perjuicios. Mr. Le-Hivain, escribid mas ligero.

—¿Para qué? dijo Pontalés; no firmaré.

—Firmareis, amigo mio. Reflexionad que el diablo se mezcla en nuestros asuntos: las hijas del tío Juan no han muerto como se creía.

Pontalés se estremeció.

—El anciano Benito acaba de decirlo en su original lenguaje. Están llenas de vida y no ignoran nada de vuestra buena voluntad con respecto á ellas. Pero lo curioso es que Luis de Penhoel ha hallado su familia por mediacion de las muchachas. Las ama con delirio, y os aseguro que como llegue á pasar el rio por Port-Corbeau, no tardareis mucho en tener noticias suyas.

—He aquí una copia, dijo Macrocéfalo.

Roberto le dirigió una rápida mirada.

—Sacad otra, dijo.

Le-Hivain comenzó á escribir.

—Pero en fin, murmuró Pontalés, que parecia dudar, ¿en qué puede protegerme la firma de ese documento?

—Dentro de un cuarto de hora, prosiguió Roberto, pedirá la barca René.

Estamos armados, y para vos traigo aquí un puñal.

—¿Para mí?

—Para vos, porque esta vez todos tendremos nuestra parte de trabajo; seremos cinco, contando con Mr. Le-Hivain, que no nos negará su ayuda.

—Soy un hombre pacífico, balbuceó Macrocéfalo.

—Aumentareis el número y no seréis inútil, porque tendremos que combatir mas de un adversario.

—¿Luis de Penhoel? preguntó Pontalés en voz baja.

—Luis de Penhoel, repitió el Americano. Hablaba contra su convicción.

Segun él, el nabab debía permanecer aún en París, ó cuando mas en el camino de Bretaña. Pero necesitaba otro objeto mayor de terror que René.

Pontalés dudaba.

Macrocéfalo acabó la copia de la escritura.

—Señor marqués, dijo Roberto, es preciso que os decidais. Si no firmáis, haremos nosotros mismos el oficio de barqueros y pasaremos á los dos Penhoel. Es forzoso que comprendais vuestra posicion: tratáis con tres hombres que nada tienen que perder, y que tal vez os conserven algunas prevenciones. Estos hombres están habituados á anteponer su interés á cualquiera otra idea de venganza. Creed me; aprovechaos de sus consejos, porque si perdeis esta noche la ocasion, estos hombres servirán ma-

ñana de testigos en la causa de robo y asesinato que los dos Penhoel pretenden formaros.

Pontalés estrechó su calva frente entre las manos.

Un grito se dejó oír fuera en direccion del camino de Redon.

Decia:

—¡Ah de la barca!

El anciano barquero se agitó por segunda vez bajo su cobertor, como si ese grito hubiese hecho terminar su agonía.

—¡Hele ahí! murmuró con voz profunda y anhelosa; ¡lo conozco! ¡Dios mio, concededme una hora de vida para que el criado pueda saludar á su señor antes de comparecer ante vos!

Pontalés tomó una de las copias, estampando en ella repentinamente su firma.

Todos se levantaron.

Roberto apagó la resina.

La voz del agonizante se elevó en medio de la noche.

—¡Ha firmado! murmuró. ¡Asesinos, asesinos! ¡ay de vosotros!

La puerta habia sido abierta. Bibandier, Pontalés y el abogado estaban ya fuera de la cabaña.

—Hace tres meses que está agonizando ese viejo, murmuró Blas, y su testimonio seria terrible en un caso desgraciado.

—Sal, dijo Roberto.

Blas salió.

El Americano en vez de seguirle se dirigió á tientas hácia el lecho del moribundo.

Con un brusco movimiento retiró la almohada de paja que sostenia la cabeza de Benito.

Este exhaló un débil grito; deteníasele la respiración en la garganta.

—Lo habia dicho, balbuceó luchando contra la muerte; lo habia dicho, no era tuyo.... Dios y la Virgen tengan piedad de mi alma.

El silencio reinó en la cabaña. Roberto, cuya frente pálida se inundaba de un sudor frio, se habia unido á sus cuatro compañeros. Los cinco entraron en la barca. Pontalés y Macrocéfalo estaban armados con puñales que les habia dado Roberto.

El cuerpo de Pontalés era presa de un estremecimiento nervioso; fué el primero que saltó á la barca.

—Todos los que pasen en la barca hasta las doce deben morir.

El marqués parecia exaltado extraordinariamente; la fiebre le quitaba esa cautelosa prudencia que habia conservado tantos años.

Roberto se reia al verle ocupar la proa y blandir el puñal.

Bibandier habia cogido el gancho: Mr. Le-Hivain permanecia en la popa experimentando los tormentos de un hombre pacífico lanzado de pronto en medio de una batalla.

Se detuvieron en el centro del rio. La oscuridad

de la noche no permitia ver á nadie en la orilla opuesta.

—Echaos en el fondo, dijo Roberto. Solo Bibandier debe dejarse ver.

Unió la accion á la palabra, y no se vió ya en la barca mas que la enmarañada cabeza del antiguo bandido.

Al cabo de un minuto se detuvo.

—¡Está solo! murmuró.

—¡A bordo! dijo Roberto.

Luego añadió oprimiendo el brazo á Pontalés:

—Se dice que entre Penhoel y vos existe un ódio profundo desde hace un siglo. Teneis derecho á vengaros, señor marqués. Pasareis el primero.

El barco tocó la orilla, y casi al mismo tiempo saltó René de Penhoel sobre sus planchas.

No se pudo distinguir las facciones de su rostro, pero revelaba una agitacion extraordinaria.

—¡Pronto, pronto! balbuceó; ha desaparecido con su caballo negro, pero tal vez no tarde en presentarse de nuevo. Interponed entre los dos el rio.

Nuestros cuatro compañeros se habian levantado, pero René no los veia. Su mirada permanecia clavada en la orilla con indecible terror.

Pontalés estaba como fuera de sí; veíase obligado Roberto á detenerlo para evitar que se lanzara sobre su enemigo.

—¡Ahor! murmuraba el Americano, ahora.

Pontalés forcejeaba.

El barco habia cedido á la corriente durante los

cortos minutos en que el gancho de Bibandier había permanecido ocioso.

Encontrábanse entonces cerca de una pequeña isleta en que crecían sauces, los mismos sauces que habían servido de abrigo á Roberto y Blas la noche de su llegada al castillo.

—¡Viral! exclamó el Americano; vamos á encallar!

En el momento en que Bibandier, obedeciendo, fijaba el gancho en la tierra, lo agarró una mano invisible, atrayendo violentamente la barca.

El antiguo bandido dió un grito de terror. Sus manos abandonaron el gancho. El barco había chocado contra la isleta, y había allí un hombre de elevada estatura surgido de la tierra como por encanto.

—¡Luis de Penhoel! exclamó Roberto, soltando el brazo de Pontalés.

—¡Mientes! gritó René; no hay mas que un Penhoel; el otro era un cobarde y un traidor.

Detúvose su voz en la garganta, porque el marqués de Pontalés, libre ya, acababa de herirle por la espalda.

René cayó pesadamente, permaneciendo atravesado sobre la banda de la barca.

Pontalés se lanzó blandiendo su puñal ensangrentado y gritando:

—¡Al otro, al otro!

El desconocido, que en efecto era Luis de Penhoel, no había visto el golpe que hirió á su herma-

no. Tiró su capa y rompió en la rodilla el palo del gancho.

La barca se deslizaba hácia los pantanos.

El anciano Pontalés cayó, detenido en su carrera por un fuerte golpe en la cabeza.

Luego se empenó una corta lucha entre el nabab y los otros tres asesinos, porque Bibandier, viendo que los sucesos tomaban un giro trágico, se había colgado de los sauces, alejándose de allí por el camino de Redon.

Los puñales no servían de nada para la terrible arma del nabab.

Cayó una, dos y tres veces.

A cada golpe se oía una imprecación.

Después del último golpe reinó el silencio en la barca.

Luis de Penhoel tiró su arma.

La noche era sombría; sin embargo, distinguió á su hermano sobre la banda.

—René, dijo, estamos salvados.

El señor de Penhoel permaneció inmóvil.

El nabab separó los cadáveres para acercarse á él.

En el momento en que se bajaba para acercarse á él, René, que estaba en equilibrio, hizo un movimiento convulsivo y se deslizó al agua, en que desapareció.

El nabab exhaló un grito; su pié se había deslizado en el mar de sangre que había bajo el cuerpo de su hermano.

Se arrojó al agua vestido, mientras que la bar-

ca, cargada de cuatro cadáveres, proseguía bogando hacia el torreón de la Dama Blanca.

Permaneció largo tiempo bajo el agua, sondeando las profundidades sombrías de los pantanos. Tres veces se pudo verle aparecer y otras tantas oír su sonora voz pronunciar el nombre de su hermano.

Luis desapareció bajo el agua por última vez, ganando en seguida á nado la orilla.

En ese momento tocaba la barca el torrente y desaparecía bajo los velos de vapor y bruma que formaba el ropaje fantástico de la Dama Blanca.

La barca hizo un molinete con violencia, crujiendo sus maderas; los cadáveres se chocaron.

El abismo se cerró.....

Las dos sillas de posta que hemos visto detenerse delante de la posada del Carnero Coronado, sobre el puente de Redon, habían pasado el río Onst por el puente de los Houssayes, y llegado al castillo de Penhoel por el camino practicable á los carruajes.

Las puertas estaban abiertas. Pontalés había querido desafiar los sucesos y proclamar en alta voz que esperaba á pié firme á sus adversarios.

Nada había cambiado en el interior del edificio desde hacía tres meses. Durante ese espacio de tiempo había continuado Pontalés habitando su castillo, no queriendo gozar aún de unos bienes que definitivamente no le pertenecían.

Pasado una vez el término prescrito, contaba tomar la revancha.

Los viajeros de las dos sillas de posta estaban reunidos en el salón.

Habíase acostado á Marta en un ancho sillón, rodeándola todos. Estaba tan pálida como una muerta; sus hermosas facciones, ajadas, revelaban largos días de sufrimiento y tortura. Tenía los ojos cerrados, era su aliento débil, y parecía como que la iba á abandonar la vida.

El tío Juan tenía una de sus manos buscando en ella imperceptibles pulsaciones. Diana y Elena intentaban calentar su otra mano á fuerza de besos.

Blanca estaba de rodillas á sus piés.

En torno suyo se encontraban Enrique, Roger, Vicente y el buen anciano Geraud.

A lo lejos se oyeron gritos agudos y prolongados.

Marta experimentó un débil estremecimiento y agitáronse sus párpados para volver á cerrarse.

Encontrábase en esa triste situación desde su salida de Redon. Sobrados sufrimientos habían desgarrado su corazón de madre. Durante el camino había intentado el tío Juan hablarle y prepararla; pero sus oídos habían permanecido cerrados.

Ignoraba cuanto había sucedido desde algunos días antes.

No tenía esperanza alguna, y su corazón permanecía presa de la desgracia que ya no existía.

Todos en el salón de Penhoel tenían el mismo

pensamiento, sin embargo de que ninguno se atreviese á decirlo en alta voz.

Se decian:

—¡Si muriera antes de ser feliz!

Porque sus mejillas iban poniéndose cada vez mas pálidas, y el aliento que de sus lábios entrea-biertos salia, se debilitaba por momentos.

—¡Madre mía! dijo el Angel con las lágrimas en los ojos, ¿no quereis despertar?

Marta no escuchaba.

Elena y Diana levantaban al cielo sus hermosos ojos húmedos, rogando á Dios con todo el poder de sus almas.

Repentinamente se levantaron las dos á la par; el amor habia hecho nacer la misma idea en el fondo de sus corazones.

En un rincon del salon se ocultaban bajo las colgaduras de una ventana las dos arpas, mudas desde hacia mucho tiempo.

Diana y Elena las llevaron en silencio hasta el centro de la estancia.

Luego preludiaron dulcemente.

Despues sus frescas y puras voces se unieron repitiendo aquella cancion bretona que en otra época gustaba tanto Marta oír.

Los testigos de esa escena tenian sus miradas fijas en Marta, conteniendo la respiracion.

La primera estrofa terminó sin que Marta hiciera un movimiento.

Las manos de Diana y Elena temblaban al pul-

sar las cuerdas de sus arpas. Sus voces se confundian con su llanto.

A la segunda estrofa se escapó del pecho de Marta un débil suspiro. Uniéronse todas las manos; sinceros votos subieron al Señor.

Diana y Elena cantaron la tercera estrofa.

Marta abrió los ojos; una vaga sonrisa se advertia en sus lábios.

Elena y Diana abandonaron sus arpas para lanzarse á sus piés.

En ese momento se abrió la puerta del salon, apareciendo en el dintel Luis de Penhoel.

Su hermoso rostro estaba grave y triste; sus negros cabellos, empapados de agua y de sudor, caian en desórden sobre su traje.

La mirada de Marta se fijó primero en Diana, luego en Blanca y Elena: impregnábase su sonrisa de una ternura feliz.

Eleváronse entonces sus párpados, recorriendo sus ojos el círculo de amigos que la rodeaba.

Nadie osó hacer un movimiento ni pronunciar una palabra.

Cuando los ojos de Marta se fijaron en Luis de Penhoel, que permanecia inmóvil en el dintel de la puerta, se estremeció vivamente, coloreando sus mejillas una nube rosada.

—¡Oh! murmuró, ¡los que tanto amo! ¡Diana, Elena, Blanca! ¡queridas hijas mías! ¡Luis, mi pobre Luis! ¡Henos aquí á todos reunidos y felices!

Una espresion de duda é inquietud se estendió por su rostro.

—¡Felices! replicó. Así os encuentro siempre en mis sueños.

Cerráronse de nuevo sus ojos y su cabeza cayó sobre el respaldo del sillón, mientras que sus manos se unían con reconocimiento.

—¡Dios mío! añadió con voz tan débil que apenas podia oírse, si esto es un sueño, haced que no despierte jamás!

.....

.....

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

